

Regina y Fernanda son mejores amigas desde pequeñas y han compartido las aventuras y trances más significativos de su vida. Ahora que están acabando la preparatoria traman audaces planes antes de su graduación, sin saber que la salud de Regina está cayendo en picada debido a su obsesión con las dietas y la delgadez. En estas páginas presenciamos el proceso con los ojos de Fernanda, en un recuento de días de relaxo y noviazgos que es al mismo tiempo la historia de una amistad a toda prueba.

MÓNICA B. BROZON es popular entre los lectores jóvenes gracias a su talento para hablarles en su propio idioma y sobre los temas que les interesan. Ha sido ganadora en dos ocasiones del premio El Barco de Vapor México por sus novelas *¡Casí, medio año!* y *Las princesas siempre andan bien peinadas*. En dicha colección tiene publicados también *Godofredo* y *Un ángel en la azotea* y otros cuentos de Navidad.

36 kilos
M. B. Brozon



sm

36 kilos

M. B. Brozon

M 28

ISBN 978-970-688-864-8



9 789706 888648

Ga
GRAN ANGULAR

36 Kilos

M.B. BROZON

PREMIO DE LITERATURA JUVENIL
GRAN ANGULAR 2008-MÉXICO



Brozon, M. B.

36 kilos / M. B. Brozon. – México : Ediciones SM, 2008

[reimp. 2013]

169 p. ; 21 x 13 cm – (Gran angular ; 28)

ISBN : 978-970-688-864-8

-1. Literatura mexicana. 2. Amistad – Novela juvenil. 3. Anorexia – Novela juvenil. 4. Autoestima – Novela juvenil. I. t. II. Ser.

Dewey M863 B46

Coordinación editorial: Laura Lecuona

Fotografía de portada: Álvaro Alejandro López de la Peña

Primera edición, 2008

Octava reimpresión, 2013

D. R. © SM de Ediciones, S. A. de C. V., 2008

Magdalena 211, Colonia del Valle,

03100, México, D. F.

Tel.: (55) 1087 8400

Para conocer SM, su fondo editorial y sus servicios: www.ediciones-sm.com.mx

Para andar entre, hacia y con los libros: www.andalia.com.mx

Para comprar libros de SM en línea: www.libreriasm.com

Página web de la autora:

www.mbbrozon.com

ISBN 978-970-688-864-8

ISBN 978-968-779-177-7 de la colección Gran Angular

Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana

Registro número 2830

La marca **Gran Angular**® es propiedad de SM de Ediciones, S. A. de C. V.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, o la transmisión por cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Impreso en México / Printed in Mexico

Uno

Principios de agosto, 2006

Ya han pasado más de ocho años de eso, pero me acuerdo muy bien. Sé que empezó en la escuela, en la clase de Español, un día que a la maestra le dio por hablar sobre las prioridades. No fue allí donde Regina y yo discutimos más largo y tendido sobre el tema, sino después, cuando llegamos a su casa. Me invitaba muy seguido a comer, casi siempre cuando sus papás comían fuera. Si a las dos nos daban permiso me quedaba a dormir, y a veces, en las vacaciones, hubo semanas enteras en las que me la pasé ahí, cuando sus papás salían de viaje y nos dejaban con su abuelita o con la muchacha. Aunque Regina es hija única, sus papás le compraron una recámara doble, y muchas, muchísimas noches, yo la compartí con ella. Ahora no tanto, por tres razones: la primera, que ya no hay sobrepoblación en mi casa y desde hace casi un año mi cuarto ahora sí es mío: dos camas para mí sola. No es que mi hermana y yo fuéramos precisamente sobrepoblación, pero en una recámara de seis por cuatro y con unos gustos tan distintos, la convivencia podía llegar a ser muy desgastante. La segunda, porque, al revés que yo, ahora Regina no tiene la misma recámara. Hace seis meses decidió cambiar sus camas gemelas por una matrimonial, que es menos cómoda para dormir con

Brozon, M. B.

36 kilos / M. B. Brozon. – México : Ediciones SM, 2008

[reimp. 2013]

169 p. ; 21 x 13 cm – (Gran angular ; 28)

ISBN : 978-970-688-864-8

1. Literatura mexicana. 2. Amistad – Novela juvenil. 3. Anorexia – Novela juvenil. 4. Autoestima – Novela juvenil. I. t. II. Ser.

Dewey M563 B46

Coordinación editorial: Laura Lecuona

Fotografía de portada: Álvaro Alejandro López de la Peña

Primera edición, 2008

Octava reimpresión, 2013

D. R. © SM de Ediciones, S. A. de C. V., 2008

Magdalena 211, Colonia del Valle,

03100, México, D. F.

Tel.: (55) 1087 8400

Para conocer SM, su fondo editorial y sus servicios: www.ediciones-sm.com.mx

Para andar entre, hacia y con los libros: www.andalia.com.mx

Para comprar libros de SM en línea: www.libreriasm.com

Página web de la autora:

www.mbbrozon.com

ISBN 978-970-688-864-8

ISBN 978-968-779-177-7 de la colección Gran Angular

Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana

Registro número 2830

La marca **Gran Angular**® es propiedad de SM de Ediciones, S. A. de C. V.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, o la transmisión por cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Uno

Principios de agosto, 2006

Ya han pasado más de ocho años de eso, pero me acuerdo muy bien. Sé que empezó en la escuela, en la clase de Español, un día que a la maestra le dio por hablar sobre las prioridades. No fue allí donde Regina y yo discutimos más largo y tendido sobre el tema, sino después, cuando llegamos a su casa. Me invitaba muy seguido a comer, casi siempre cuando sus papás comían fuera. Si a las dos nos daban permiso me quedaba a dormir, y a veces, en las vacaciones, hubo semanas enteras en las que me la pasé ahí, cuando sus papás salían de viaje y nos dejaban con su abuelita o con la muchacha. Aunque Regina es hija única, sus papás le compraron una recámara doble, y muchas, muchísimas noches, yo la compartí con ella. Ahora no tanto, por tres razones: la primera, que ya no hay sobrepoblación en mi casa y desde hace casi un año mi cuarto ahora sí es mío: dos camas para mí sola. No es que mi hermana y yo fuéramos precisamente sobrepoblación, pero en una recámara de seis por cuatro y con unos gustos tan distintos, la convivencia podía llegar a ser muy desgastante. La segunda, porque, al revés que yo, ahora Regina no tiene la misma recámara. Hace seis meses decidió cambiar sus camas gemelas por una matrimonial, que es menos cómoda para dormir con

huésped. Y la tercera, porque a partir de que entramos a la preparatoria a Regina le dio por tomar mucho más en serio la escuela. Desde que empezó este año yo estoy tratando de que las cosas se acerquen a como eran antes. Al fin y al cabo es el último, y después nuestras vidas tomarán rumbos diferentes. Muy diferentes tal vez. Para empezar, porque yo ni siquiera sé si quiero ir a la universidad. Ella no sólo está segura de que sí va a ir, sino que ya sabe a cuál y qué va a estudiar.

Por eso he tratado de ir más a su casa, pero la última vez que fui me tuve que regresar con todos los honores porque cuando llegué, ella tenía a Manolo de visita. Desde que Manolo entró a la escuela en quinto, Regina ha babeado por él sin tregua. No ha sido muy correspondida, porque Manolo es el típico guapito que tiene a media escuela detrás de él. Y sin embargo, esa vez Manolo le llamó y le dijo que quería ir a verla. Ella se arregló y le ofreció galletas y unos Alfonso XIII (una bebida cursi que Regina descubrió hace poco en una de las sesiones de canasta de su mamá). Luego resultó que las intenciones de Manolo no eran muy románticas que digamos. Se besaron un rato y luego él trató de meterle la mano debajo de la blusa. Lo logró parcialmente, pero Regina le insinuó que esos privilegios eran exclusivos del novio-novio. Entonces él se separó y le dijo que estaba bien, pero que si no iban a hacer eso tal vez ella podía ayudarle a hacer la tarea de Derecho. Regina se decepcionó, pero le ayudó igual. Luego me llamó por teléfono y regresé a su casa a prestarle mi hombro para llorar un rato. Me invitó unos Alfonso XIII a mí y le recordé las prioridades que teníamos a los ocho años; le dije que debíamos volver un poco a eso y dejar de preocuparnos por los hombres. Nos reímos mucho. No era para menos. Me imagino a la Regina que fue entonces, chimuela, gordita y con ese sonsonete fresa que ha tenido siempre porque su mamá habla igual, diciéndome su pequeña lista de prioridades:

—Comer, dormir, estar calientita y ver la tele.

Así, en ese orden. Seguramente yo había pensado en algunas también, pero me pareció que las de Regina eran insuperables y le dije que ésas serían también mis prioridades en la vida.

No nos duraron mucho. Ya en la secundaria una de las prioridades de las dos eran los seres humanos del sexo opuesto. Como decía mi mamá, "llegando a la secundaria todas las niñas se abocan al acecho y captura del *homo sapiens*". Sí, nosotras también. Y es muy triste decirlo, pero no tuvimos lo que se llama un éxito rotundo en esa área. Por razones distintas: yo siempre he sido más bien tosca. Parece que entre mis programas preinstalados no venía uno sobre sensualidad. Esas cosas no se me daban entonces ni se me dan ahora. Claro, tuve que llegar a cierta madurez para admitir, sin hacer demasiado ruido, que soy mucho menos sexy de lo que quisiera. Regina tampoco tenía cúmulos de pretendientes detrás de ella, porque desde siempre ha sido más bien rolliza, pero cuando entramos a la secundaria —creo que fue culpa de que le llegó la adolescencia— se le despelotaron las hormonas y entonces sí se convirtió en la típica gordita. No era un tonel tampoco, de hecho ni siquiera estaba demasiado gorda del cuerpo, pero a pesar de que tiene una cara muy bonita y el contraste entre sus ojos verdes y el pelo negro siempre se lo han chuleado bastante, los cachetes como que la hacían ver más del tipo buena gente que del sexy. Y eso definitivamente no es de gran ayuda en el terreno romántico. Desde entonces ha intentado con dietas, ejercicios, milagros, y todo le ha servido a medias y a ratos. Yo también he intentado de todo, básicamente por solidaridad, aunque cuando me dedico a la comedera siempre es necesario un poco de control y ejercicio.

No es que esperara que mi mejor amiga, a nuestra edad, conservara las mismas prioridades que a los ocho años (yo

he tomado para la actualidad sólo dos de aquéllas, pues ver la tele no me entusiasma mucho y aunque estar calientita está bien, creo que no califica como prioridad), pero las tuyas han cambiado mucho. Al día siguiente del desaire de Manolo llegó a la escuela muy enojada, agitando un recorte de periódico.

—¡Mira, Fernanda! —me dijo, y lo tomé. Era un artículo donde contaban que a Paris Hilton le habían pagado no sé cuántos miles de dólares por ir a una fiesta. ¡Por ir a una fiesta, de invitada nomás! No iba a cantar ni a hacer su legendario show porno ni nada. Me pareció una exageración, porque no se ve que la chica tenga ya no digamos una plática interesante, sino una dosis mínima de simpatía; sin embargo, leer el recorte me dejó más bien indiferente: si esos dólares no se los tengo que pagar yo a Paris Hilton, la noticia es incapaz de arruinarme el día como a Regina.

—¿No te parece que la vida es injusta? A esta zonza le pagan por ir a las fiestas y a nosotras no nos dejan entrar si no llevamos botana —me dijo suspirando.

—Así es la vida, injusta —le contesté con mucha resignación.

Regina y yo hemos cambiado, es verdad. Y peor este año. Como que hasta ahora llevábamos un caminito ya muy trazado, fácil de seguir, que no implicaba grandes decisiones (al menos en la vida profesional), pero este año, para empezar, tuvimos que escoger área. Ella escogió la tres porque va a estudiar administración. Yo no sé qué voy a estudiar, pero como soy medio torpe para las matemáticas escogí la cuatro. Fue como un paso adelante para definir el resto de nuestras vidas, qué horror.

Si nuestras prioridades siguieran siendo esas que enumeró Regina hace más de diez años, bastaría con trabajar de lo que fuera y rentar un cuartito soleado con televisión y un buen refrigerador. Pero no. La vida lo va cambiando a uno y ahora yo no sé qué quiero, aunque Regina sí: además de

estudiar en una universidad *nice*, tal vez querría que le pagaran por ir a las fiestas, o por lo menos que la invitaran a algunas, a las que reseñan en las revistas de temas sociales donde salen fotos de pura gente de alcurnia a la que sólo conocen en sus casas. Ahora ella y yo sabemos que para eso no se necesita estudiar nada en particular, siempre y cuando los papás tengan la solvencia y la buena voluntad suficientes para pagarle a una la carrera en una universidad supercara. A mí me queda muy claro que ése no será mi caso, porque mis antepasados no han tenido nunca la habilidad de amasar grandes fortunas. Mi mamá se las vio y se las sigue viendo negras para pagarme la escuela, no heredó ni medio centavo de mi abuelo (que era despilfarrador y medio borrachín), y no sólo no recibió jamás un peso de parte de mi papá, sino que no lo volvió a ver desde aquella vez que fue a Acapulco a tomar medidas de un terreno que iba a vender. Eso pasó antes de que yo cumpliera cuatro años. Así que digamos que es una gran ventaja que yo no tenga interés en salir en una revista de las altas esferas sociales.

Como ocupante de ese lugar privilegiado que es el de mejor amiga, sé que Regina quisiera estudiar actuación y dedicarse al teatro. Pero sus papás nunca la dejarían, eso también lo sé.

Una de tantas veces que me quedé a dormir en su casa, durante la cena mencionó sus inquietudes artísticas. Ni siquiera lo afirmó, fue una insinuación más bien tímida. El discurso de sus papás podía habernos obligado a permanecer ahí toda la noche (e indigestarnos la cena), pero sólo alcanzaron a decir dos cosas. La mamá, que ése no era un trabajo serio, que el ambiente estaba lleno de payasos y que además ahí había de dos sopas: o te andabas acostando con medio mundo para conseguir papeles, o te morías de hambre. Su papá le recordó por enésima vez que ella era la única heredera de su empresa, que cuando él muriera o es-

tuviera demasiado viejo para administrarla (es una fábrica de champús, cremas y esas cosas) iba a necesitar a alguien que lo hiciera. Pues sí, pero pobre Regina. Está bien tener un padre con una empresa y un futuro asegurado, pero sería aún mejor si todo eso viniera acompañado de algún hermano. Tener hermanos puede ser una real monserga muchas veces, pero a Regina le vendría bien uno para que se hiciera cargo de ProBeauty, S. A. de C. V., y ella pudiera dedicarse a lo que en realidad quiere.

Pero igual, así es la vida: injusta. Sé que es una frase hecha, pero la uso mucho últimamente porque tengo ese sentimiento muy alborotado. Y es que hace unos días, sin siquiera dejarnos aclimatar un poco en este último año de preparatoria, tuvimos las primeras noticias del Comité Organizador de la Graduación Escolar. El comité lo conforman Sandra, Ana Lucía, Armando y José Ramón, que obviamente son los lidercitos de todo sexto. Por supuesto que el término *escolar* resultaba innecesario, pero también fue obvio que no iban a perder la oportunidad de usarlo para completar las siglas que hacen el comité mucho más divertido: el COGE.

A un año de que ocurra el famoso evento, votamos por fiesta de graduación en lugar de viaje, porque en la secundaria escogimos viaje. Entonces el COGE (que ya había sospechado que la elección se iría por la fiesta) nos informó sobre los varios presupuestos que solicitó tanto de salones como de anillos, fotógrafos y floristas; nos propuso varios menús para la cena, y a pesar de que al final se votó por el más barato, lo que va a costar por boleto es una cantidad que no tengo. Y por supuesto no voy a pedírsela a mi mamá. Es mi graduación, se supone que yo debería invitarla. Así es que me temo que no me va a quedar otro remedio que conseguir un trabajo para poder pagar los dos boletos. A Claudia la invitaré si consigo uno donde paguen muy bien, cosa que dudo seriamente. Digo, ella no es mi

mamá, sólo mi hermana. Y además, no sé si el protocolo indicaría que si la invito tengo que invitar también a su concubino (Claudia detesta que le diga así a Mauricio, pero pues cómo le voy a decir, la decisión de no casarse fue de ellos, y decir "su pareja" siempre me ha sonado un poco gay o un poco policial). Bueno, si no, les haré un bonito álbum con las fotos.

A mí no me interesa mucho la graduación. Graduarse de preparatoria no me parece muy emocionante y sí demasiado caro. Pero ya muchas veces, por no ser discreta con mis opiniones tan nerds, he quedado muy mal con el grupo. Así es que durante toda la deliberación sobre el arreglo de las mesas, el tipo de vajilla y el repertorio del conjunto, yo decidí callarme la boca e imitar el voto de Regina, que fue por el menú de filete en lugar del de pollo, por las rosas en lugar de los claveles, y en lugar de DJ, por un grupo que además de la música en vivo lleva sombreros, maracas y güiros para que los asistentes hagan ruido y se diviertan más. Entonces los votos de Regina fueron muy aristócratas y los míos, en consecuencia, también. Por suerte la mayoría del grupo parece tener apuros económicos y ganó el voto por el pollo, los claveles y el DJ, de modo que tendremos una graduación relativamente modesta (y para mí, de todos modos carísima). Tendré que ver dónde consigo el dinero que necesito. Al menos se organiza con suficiente tiempo. Me quedan meses para pensar y ejecutar algo.

Dos

Mediados de agosto, 2006

Caí como idiota. Es que el anuncio en el periódico sonaba muy bien. Decía: "Invierta cuatro horas contestando teléfonos, trabaje en casa, cuatro mil pesos semanales. Buena presentación". Cuatro mil pesos semanales no sólo resolverían mi precaria situación, sino que me convertirían en una persona muy adinerada. Sin duda tengo cuatro horas libres todas las tardes para contestar teléfonos, y no hay nada mejor para mí que trabajar en casa. Era mi trabajo ideal. Lástima.

Llegué a la dirección que ahí decía y estaba lleno de gente. Por un momento pensé que me había equivocado y había llegado a una especie de boda, porque todos los hombres iban de traje y las mujeres con falda, medias y tacones. A mí no me hacen ponerme unas medias ni muerta. No fui de jeans, pero llevaba un conjunto café que es lo más cercano que tengo a la "buena presentación" que pedían en el anuncio. Una señorita me aclaró que estaba en el lugar correcto y me llevó a sentar. La que estaba junto a mí me miró de arriba abajo y puso cara de que mi presentación no le parecía muy buena que digamos. Y eso que no había visto mis calcetines de santaclosetes. Son muy bonitos, porque los santaclosetes están tejidos en el calcetín y las barbas les salen como pelos de verdad. Aunque también

es cierto que estamos en verano. Regina siempre me critica eso; dice que el día que sorpresivamente me encuentre en una situación de riesgo con un fulano, va a ser muy vergonzoso que a la hora de desvestirme se tope con mis calcetines navideños (y peor, claro, si me desviste en fechas como éstas). Yo dudo muchísimo que algún día me vaya a encontrar en una situación tan embarazosa, porque Pablo, que es el único con quien desearía verme así, ni siquiera está enterado de que me gusta. Tengo unos gustos muy raros, ya lo sé. Pablo es ratón de biblioteca y conocido como "el Cerebelo". Me imagino que debe de tener la misma experiencia con el sexo opuesto (al suyo, claro) que yo, si no es que menos, así que es poco probable que algún día vea mis calcetines de monitos.

No hablé con nadie, pero el ambiente estaba muy animado. Un rato después pasó un tipo al frente y calló a los que platicaban. Empezó a hacer preguntas que sólo admitían respuestas muy obvias, como: "¿Quién de aquí quiere tener muuuucho dinero?" "¿A quién le gustaría ser dueño de este automóvil?" (Aquí enseñó una foto de un coche rojo muy interesante.) Luego preguntó lo mismo con la foto de una casa enorme con piscina. Pues claro que todos levantábamos la mano y gritábamos "¡Yoooo!"

Se tomaron horas para al final decir que si queríamos tener todo ese dinero (y la casa y el coche) debíamos empezar por comprar un *kit* que consta de catálogos, muestras y un bonito maletín para iniciarse en la venta de un menjurje mágico importado de Hawai, que sirve para todo, desde los juanetes hasta la insuficiencia cardíaca. Está bueno, eso sí, dieron a probar en un vasito como de tres mililitros —porque es muy caro—, y sabe como a nopal. El *kit* cuesta la módica cantidad de dos mil cuatrocientos pesos. Una vez que se adquiere, hay que hacer dos cosas: por un lado, vender el jarabito, y también ir por todos nuestros círculos sociales invitando gente a que haga lo mismo. Es decir, que

compre el *kit* y venda menjurje hawaiano. En tres meses te puede llegar, ya sin hacer gran cosa, un cheque por doscientos mil pesos.

Sé que cuando las cosas parecen demasiado buenas hay que sospechar. Y más si hay un tipo trepado en una tarima alborotando a una multitud que grita enardecida "¡Sííí, todos queremos ser millonarios!" Y yo sospeché todavía más cuando reflexioné que en el anuncio pedían buena presentación para trabajar contestando teléfonos en casa. Así es que mejor me paré y me fui.

Regina se rió muchísimo de mi aventura con el menjurje hawaiano. Ella toma los asuntos económicos más a la ligera porque evidentemente a su papá le va mucho mejor de dueño de la fábrica de champús que a mi mamá de asalariada. Para compensar mi frustración, Regina me invitó a Ixtapan de la Sal, porque sus papás tienen una boda allá y no quiere irse sola con ellos. También me dijo que quisiera que fuéramos en bola algunos del salón. Como en lugar de viaje de graduación escogimos fiesta, ella no se quiere quedar sin esa oportunidad.

—Mis papás me enseñaron un folleto del hotel, se ve superbién, como todo acogedor, y no está tan caro.

A Regina se le ocurrió que convocáramos a un grupo del salón para ir el mismo fin de semana a Ixtapan de la Sal, donde no hay mar, sino un balneario con grandes toboganes y un hotel donde podíamos aprovechar para deshacernos de la virginidad de una vez por todas. Eso dice siempre, pero sé que a ella la virginidad le estorba tanto como a mí: o sea, nada. Mencionó a un "grupo selecto", pero grupo selecto, mangos; obviamente lo que quiere es que vaya Manolo. Ahora, no me hago la santa, la verdad es que si fuera Pablo, yo también tendría sucias intenciones con él. Pero Pablo es igual o más nerd que nosotras. Y tampoco creo que pudiera ir. Obviamente no lo sé, pero no tiene un tipo muy independiente que digamos.

—¡Sería nuestra gran oportunidad para el Plan!

Ese Plan, así con mayúscula, es uno que tenemos hace tiempo, con el que hemos fantaseado muchas veces y cada una de ellas le agregamos algún detallito romántico. También hemos intentado llevarlo a cabo, pero a última hora —o a primera también, por qué no— hemos tenido que cancelarlo por diferentes motivos. El Plan consiste en que alguna de las tantas noches que los papás de Regina se vayan de fin de semana o de viaje largo, invitemos a nuestros galanes. El ambiente está muy platicado: unas bebidas sofisticadas (los Alfonso XIII no, porque ésos nada más empalagan y luego tanta cafeína no deja dormir), la chimenea encendida, una cena sugerente (que dadas nuestras capacidades para cocinar es obvio que tenemos que comprar hecha), una lista de reproducción de puras rolas cachondas, y lo que resulte de todo eso. No se nos ha hecho porque nunca han coincidido todos los elementos necesarios, empezando por el más importante: los invitados.

—En serio, no sabes qué padre está el hotel, es como si lo hubieran construido exactamente para eso; tienen chimenea en los cuartos, y bien harías en aprovechar la oportunidad ahora, ya que no pudimos en...

No terminó de decirlo, pero sé que esa última frase terminaba con "el viaje a Vallarta". O sea, el de la graduación de secundaria. Hacía tiempo que no mencionaba eso. Bueno, ahora tampoco lo mencionó propiamente, pero estoy segura de que lo estaba pensando. Y yo no desaproveché el viaje: simplemente, a la mitad deshice el pacto que habíamos hecho antes de irnos. No sé por qué en aquel momento sí pensábamos que la virginidad estaba empezando a ser un lastre. Quizá porque a esa edad uno hace lo que sea para dar la impresión de poseer una actitud vanguardista ante la vida, y yo seguía esa corriente, aun cuando ni siquiera había alguien en el salón que me gustara. En cambio Regina llevaba medio año con su primer novio.

Fue un gran acontecimiento. Julio era de un tipo muy distinto al de Manolo. No era muy guapo, ni del grupo de los populares, pero era muy buena onda, muy diferente. Y ella estaba en verdad enamorada.

La segunda noche del viaje me arrepentí cuando por alguna misteriosa razón acabé besándome con uno que se llamaba Fermín y que sólo estuvo en la escuela ese año. No me gustó nada porque Fermín tenía unos frenos muy rasposos y me lastimó los labios. Llegué al cuarto esa noche con la boca floreada y le dije a Regina que, con la pena, iba a echarme para atrás en el pacto, y que durante todo el viaje no volvería a buscar un encuentro cercano con nadie.

Al final regresaríamos las dos con nuestra anatomía completa. Incólumes, como decía "el Bolillo", que era nuestro tutor en tercero de secundaria y a quien le tocaría la pésima suerte de acompañarnos en ese viaje. Pronto se convirtió en un recuerdo borroso; nadie quiso hablar de eso durante mucho tiempo. Regina había reservado la última noche para, por fin, perder su virginidad con Julio. Estaba muy resuelta. Tal vez porque era como una modita. Algunas del salón ya lo habían hecho —o eso decían al menos—; para muchas había sido espantoso y para otras, regular. Hasta la fecha no me he encontrado con alguien que me cuente de esa primera vez como algo maravilloso, como se ve en las películas, en las que parece francamente entretenido. Bueno, pues Regina no me pudo contar nada acerca de su primera vez porque un acontecimiento trágico impidió que se llevara a cabo. Un acontecimiento del que siempre nos ha costado trabajo hablar.

Fue la última noche. Nos habíamos portado bastante bien hasta ese momento, pero como ya al día siguiente nos íbamos, a Emiliano y a José Miguel se les ocurrió ir a comprar una botella de ron y, sin que "el Bolillo" se diera cuenta, rellenaron con cuba unas botellas de Coca. Y pues

nos las fuimos tomando entre todos. No era la primera vez que yo bebía, porque mi mamá siempre ha sido de la idea de que beber es como una disciplina que se debe llegar a dominar para no andar haciendo ridículos por la vida, así que desde chiquitas mi hermana y yo hemos tomado rompopo, vino y cerveza (o sea, es como si mi casa tuviera licencia tipo "A"). Hasta la fecha no he logrado dominar mucho el asunto. Algunas bebidas ni siquiera me gustan, pero hay que admitir que a veces sirven para quitarse de encima la timidez y también para sacudirse un poco la imagen de inadaptada. Aquella vez Regina tuvo la idea de hacer una fogata en la playa. Hacía un calor endemoniado, pero ella pretendía llevar a cabo sus planes allí mismo, cuando todos se hubieran ido a dormir. La fogata quedó muy a medias: otra vez, nada que ver con las de las películas.

Serían ya como las ocho de la noche cuando de pronto, mientras "el Bolillo" se iba a arreglar nuestra salida del día siguiente, varios se metieron al mar. Puros hombres. Se quisieron hacer los valientes, aunque la mayoría apenas dejaron que el agua les mojara las rodillas. Pero otros se fueron metiendo más y más; se clavaban en las olas y gritaban pura estupidez muertos de risa. Nosotras nos aburríamos rápido de verlos y nos pusimos a platicar alrededor de la fogata. A cada momento Regina me echaba miraditas de complicidad. Su plan nada más lo conocía yo. Al rato empezó a soplar el aire y los nadadores se salieron poco a poco. La playa estaba iluminada a medias por las luces del hotel, y la fogata ya nada más echaba un humito maloliente. Cuando parecía que habían salido todos, nos dimos cuenta de que faltaban dos. No venían ni Emiliano ni Julio.

—Se han de haber salido antes, igual y están en el cuarto —dijo alguien, y nosotras quisimos pensar lo mismo, pero nos parecía muy raro no haberlos visto. Regina y yo nos fuimos al hotel a buscarlos.

Corrimos de nuevo a la playa y a partir de ahí mi recuerdo aparece como una serie de fotos movidas y oscuras. Está la de los llantos, la de las lanchas con torretas, la luz de las linternas apuntando hacia la oscuridad del mar; está en la que aparecen los papás de los desaparecidos, que llegaron casi a la madrugada, y estamos todos al amanecer del día siguiente, en la playa, temblando de frío y de nervios, con los ojos rojos y las caras hinchadas, algunos reprochándole a José Miguel la idea de haber ido a comprar el ron con Emiliano, que más tarde apareció vivo. Lo encontraron en la playa de un hotel cercano al nuestro. A Julio tuvieron que buscarlo dos días más. Ya estábamos de regreso en la ciudad cuando nos avisaron. Emiliano estuvo en el hospital unos días, y por mucho tiempo dejó de hablar.

Algunos meses después corrió la historia de que Emiliano había sido quien se había dado por vencido. Cuando se dieron cuenta de que la corriente los había alejado tanto que apenas veían las luces de la costa, y por más que se esforzaban no podían regresar, Emiliano supo que se iba a morir y se despidió de Julio; los dos lloraron, pero Julio dijo que ésa no iba a ser su última noche, que él iba a llegar a la playa. Emiliano respiró hondo y, resignado, se quedó flotando. Tampoco se dio cuenta del momento en que la corriente lo dejó de nuevo en la playa, medio inconsciente.

Emiliano no se inscribió a la escuela el siguiente año. Supimos que se había ido a vivir a otra ciudad y que le costó mucho tiempo y terapias sobreponerse, porque siempre se sintió culpable de la muerte de Julio.

Regina y yo hablábamos sobre eso, y al principio a ella le dio por creer que en parte había sido su culpa. Pensaba que Julio había bebido porque necesitaba valor para lo que sucedería después. Yo traté de quitarle esa idea, absurda en realidad, porque Julio y los demás bebían con cualquier

pretexto. Sé lo repetí todas las veces que creí necesarias, que fueron muchas. Yo y nadie más, porque nadie más sabía que Regina pensaba perder su virginidad con Julio esa noche, y nadie lo sabría tampoco después. Han pasado tres años y cada uno de ellos, un par de días antes del 3 de agosto, que fue cuando pasó, nos llega un mail con el recordatorio de la misa de Julio. Regina y yo fuimos a la primera, pero a ella se le vino encima de nuevo toda la tristeza (a mí también), se deprimió varias semanas, y al año siguiente le sugerí que mejor no fuéramos. Y claro que recién ocurrido no volvimos a probar ni media gota de alcohol, pero pasó el tiempo y se nos olvidó. Bueno, no se nos olvidó. La angustia de esa noche no la vamos a olvidar nunca, estoy segura.

Regresando a lo de Ixtapan de la Sal, le dije a Regina que ahora sí no tenía ni un peso. Me dijo que yendo con sus papás no necesitaba llevar dinero. Eso ya lo sé, la verdad es que ellos siempre han sido muy generosos conmigo.

—Pero además —completó Regina—, ¡pronto tendrás dinero!

—¿Ah, sí? ¿Por?

—Agradéceme primero.

—¿Qué?

—Agradéceme y te digo.

—Bueno, gracias.

¡Tengo trabajo! En realidad se lo ofrecieron a ella, pero como está obsesionada con terminar el año con buenas calificaciones y poder aspirar a una beca para la costosísima universidad a la que quieren mandarla, me lo pasa a mí. Se trata de cuidar al hijito del gerente de producción de la empresa de su papá, al cual importaron recientemente de los Estados Unidos. La mamá del chavito va todas las tardes a dar clases de inglés y tomar de español, así es que necesitan a alguien que se haga cargo de él hasta las siete que ella vuelve. Y pagan bien, porque a las niñas les

pagan mucho mejor en Estados Unidos que aquí y ellos trajeron consigo esa buena costumbre. Lo acepté de inmediato, claro, y también la invitación al viaje, que será como un descanso anticipado por lo que vendrá después.

Tres

Principios de septiembre, 2006

Pensé que no habría nada mejor que un fin de semana de viaje con mi amiga para antes de empezar con mis labores de niñera. Relajado, sin tener que estarme preocupando todo el tiempo por si ya me salieron pelos en las piernas otra vez (o si se me salieron del traje de baño) y si se me ve la panza muy grande o muy guanga o muy lo que sea.

Eso fue lo que yo pensé. Pero ahora a Regina le dio por estarme fastidiando todo el tiempo con mi panza. La verdad es que sí se me veía hinchada, pero es que estaba a punto de bajarme, y en esos días la panza se me hincha. Todavía lo está, pues, no quiero decir que tengo panza plana, pero el resto del mes no suele estar tan redonda como esos días. Regina me estuvo molestando a mí, pero nada comparado con lo que ella misma se estuvo automolestando. A propósito llevó unas fotos de Vallarta que tenía guardadas bajo su colchón y no había querido volver a ver. Desde entonces no habíamos ido juntas a un viaje que se prestara para ponerse traje de baño, así es que una vez rasuradas y cambiadas, en nuestra acogedora y desperdiciada habitación del hotelito en Ixtapan de la Sal, nos pusimos frente al espejo y procedimos a hacer un estudio comparativo con nuestro pasado. Me di cuenta de que tres años no nos han

hecho cambiar tanto. Yo tengo el pelo un poco más largo ahora, pero ni me han crecido las bubis (y creo que a estas alturas ya no puedo esperar que me crezcan más, a menos que tenga un hijo), ni he crecido gran cosa en estatura. Eso en realidad no lo sé con seguridad, porque no me he ocupado en documentarlo, pero supongo que no. Y sí, hay que admitir que aunque no sé tampoco la diferencia en kilos, viendo la foto sí me doy cuenta de que las dos estamos más jamonas ahorita que cuando fuimos a Vallarta. Claro que para ese viaje nos pusimos una megadieta que evidentemente funcionó.

—Pues claro que Manolo nunca podría hacerme caso con este tamaño. ¡No manches, soy una ballena!

—No exageres.

—Los niños como él no se arriesgan a que se burlen de ellos.

Desde el chistecito que nos hicieron los del COGE, Regina resolvió que ahora sí se va a poner a dieta rigurosa de nuevo. Fue una tontería que al principio ni entendimos, pero a todo el mundo le hizo mucha gracia. Estaban hablando de la graduación, y Rosa María, que es medio torpe, levantó la mano para preguntar si la fiesta era de parejas. Armando dijo:

—No, y qué bueno, porque si no, nada más podrían ir Fernanda y Regina.

Hasta ahí nadie se rió y así hubiera quedado, pero yo, torpe también, le pregunté qué quería decir con eso, si nosotras no teníamos pareja. Él contestó:

—No tienen pareja, claro, ¡pero *están!*

Y muy gráficamente describió nuestros cuerpos que no tienen ni media curva mientras todo el salón se carcajeaba.

—Qué idiota —dije yo. Regina me pidió en secreto que para la otra me callara la boca y se le cortó un poco la voz. Sí, la verdad es cagante que hagan sus bromitas estúpidas, y más cuando todo el salón se las festeja. Yo me fijé en

Pablo, y él no se estaba riendo. Pero Manolo sí. Idiota, también.

Regina dice que es imposible que vayamos a la graduación con estos cuerpos. Y aunque falta mucho, tuve que admitir que sí nos hacía falta una dieta medio urgente y quedamos en que a nuestro regreso haríamos una dieta seria. Allá no, porque era un hotel con plan todo incluido y no había salido a fin de cuentas tan barato como para desperdiciarlo comiendo pepinos y consomé.

La pasamos bien, la verdad. De eso sí nunca me he quejado. Es increíble cómo dos personas pueden estar tanto tiempo juntas y no aburrirse a pesar de no estar haciendo gran cosa. Fueron dos días completitos de echar la flojera, nada más. Los papás de Regina se fueron el sábado a la boda y volvieron en la madrugada, así que esa noche nos bajamos a pedir martinis en el bar, aprovechando que en muchos lugares vacacionales no piden identificación. Y que había barra libre, claro. Sabe asqueroso el martini, la verdad, y es demasiado emborrachante, pero suena elegantísimo pedirlo. Durante los dos primeros martinis tocamos temas muy serios y profundos, como siempre. Ya después, cuando se baja el efecto del alcohol y nos acordamos de todo, hasta pena nos da tanta filosofía, pero en medio de la nube martinera, y supongo que después de ver tantas fotos donde aparecía Julio —y también Fermín, el que me floreó la boca—, le salieron otra vez a Regina los rollos culpígenos. De la culpa pasó a la tristeza y hasta se nos salieron unas lágrimas.

—Julio me quería un chorro. Es el único que me ha querido un chorro.

De ahí brincamos a la desgracia mucho menos acongojante que representaba no tener a Manolo y a Pablo ahí a la mano para cometer actos pecaminosos. Yo le dije que Pablo me gustaba, pero en serio, no como para un *fling* nomás. Me dijo que ya lo sabía, pero que no comprendía muy bien

cómo era eso porque a ella, como a todo el mundo, Pablo le parece medio teto. Muchas veces yo misma me he preguntado por qué me gusta. Es cierto que no es guapo. Es más bien muy estándar. Mediano de estatura y de complejión, usa lentes y se peina para atrás con gel, muy a la Eddie Monster. Digo, la verdad es que de gustarme como para verlo, pues sí, está mejor Manolo. O Armando, o José Ramón, que gracias a ese buen aspecto que tiene se ha ganado fama de metrosexual. Pero a mí, no sé por qué, los guapos me dan cierta desconfianza. Será porque mi papá era más bien galanzón y le hizo ver su suerte a mi pobre madre; desde que se fue, ella siempre ha dicho que si andas con un guapo sufres mucho. Cuando se lo contó a Regina, ella dijo:

—Bueno, quizá sí, pero yo anduve una vez con uno muy feo y sufrí un chorro también —y siguió defendiendo su gusto por los guapos.

El feo con el que anduvo se llamaba Rodrigo González. Las dos lo recordamos muy feo, pero todo sucedió cuando íbamos en tercero de primaria, así que es muy difícil acordarse exactamente de los rasgos. Y también, como hemos comprobado, sucede que uno que era muy feo de chico luego se puso guapo y al revés. Rodrigo González era muy chaparro y tenía boca de holán. Eso es lo que yo recuerdo. Ella dice que también era un poco bizco y que no sabe qué la llevó a ofuscarse de esa manera. Es que, además, Rodrigo González le dio su primer beso. Y yo sí que fui cómplice en ese asunto. No fue idea mía, Regina me pidió ayuda. Tampoco fue una gran ayuda en realidad, simplemente me senté un recreo con Rodrigo y le dije que si se le declaraba a Regina, ella le iba a decir que sí y que luego podía darle un beso. Él lo dudó un poco, pero al final fue y se le declaró; ella, como estaba planeado, le dijo que sí. Para la hora de la salida Rodrigo ya le había contado a media escuela que le iba a dar un beso a Regina y afuera del salón se con-

gregaron todos para presenciarlo. Y tal cual, Regina recibió su primer beso con dos docenas de espectadores. Después me contó que Rodrigo González había tratado de meterle la lengua.

—Qué puerco —le dije yo.

Por supuesto no teníamos ni idea de lo que se trataba, pues en los besos que salían en los programas de televisión y en las películas que nos era permitido ver entonces, no figuraban las lenguas. No de forma muy evidente al menos.

Rodrigo González era feo con ganas, pero muy autosuficiente y seguro de sí mismo, y a raíz del beso su éxito con las niñas se multiplicó. Él quería besarlas a todas y les mandaba recados con bonitas ilustraciones. De ahí el sufrimiento que Regina recuerda tanto.

—Nunca troné con él, ¿te das cuenta? —me dijo, ya arrastrando un poco las palabras—. O sea que si ahorita anduviera con Manolo o con quien sea, sería bí-ga-ma.

Y las dos nos reímos muchísimo, hasta que el barman nos dijo que bajáramos la voz porque había gente dormida en el hotel.

—Pues qué aburridos —susurró Regina un poco menos discretamente de lo que creyó hacerlo.

—Pues sí —dije yo sin poder aguantar las carcajadas.

Pedimos un martini más para cada una y nos los dieron en vasitos desechables, lo cual insinuaba de forma muy clara que ya querían que nos fuéramos. Y como decidimos que no impondríamos nuestra presencia a los turistas viejitos canadienses que estaban ahí, nos subimos al cuarto. Pero apenas llegamos, aterrizamos como tablas en las camas y ni siquiera nos dio la vigilia como para despin-tarnos. Los martinis se quedaron intactos, y yo, tarada, al día siguiente, cuando me desperté con una sed del diablo y me encontré ese líquido transparente (nos habíamos comido la aceituna, eso sí), creyendo que era agua me lo tomé de un trago. Lo devolví inmediatamente sobre el piso

de la habitación. Regina se despertó y muy amodorrada me ayudó a limpiar el escupitajo. Nos deshicimos de toda evidencia y bajamos a la alberca a planear nuestra dieta. Yo no quería ponerme al sol; sentía los latidos de mi corazón en la cabeza y quería tirarme en una sombra y tomar dos litros de agua. Regina es mucho más valiente para soportar las crudas. Ella, muy ordenada, hasta se bajó un bloc chiquito y una piuma del hotel y se puso a pensar en menús. A mí por la vomitada me dio mucha hambre, así que mientras ella hablaba de jícamas y lechuga, yo pedí unas papas fritas para acompañar mi agua y me las comí ante su mirada de desaprobación.

—¡No manches, yo vomité, me dio hambre! —me justificué.

—No manches tú, vomitaste martini, no comida.

—Pues sí, pero igual quedamos en empezar la dieta regresando, no ahorita.

Al final no lo pudo resistir y acabamos comiéndonos las papas entre las dos. Estaban muy buenas. Para medio compensar nadamos un rato y luego nos fuimos al gimnasio del hotel. Pero como no habíamos considerado nuestra reciente preocupación por la figura al hacer las maletas, no metimos ropa deportiva y no nos dejaron subirnos a los aparatos en traje de baño.

—Ni hablar, ya será de vuelta —dijo Regina—; ¡vamos a tener muuucho que hacer!

Desde hace rato que llegamos, Regina me ha llamado dos veces para que planeemos la cena vía telefónica.

—En mi casa no hay nada muy dietético que digamos, voy a tener que ir al súper mañana —le dije, en parte porque era cierto; lo único dietético que encontré fue un pedazo de papaya medio viejo, apio y limones. Imposible elaborar una cena decente con eso. Y en parte también porque mi mamá compró unos waffles congelados que en la foto de la cajita aparecen con chocolate, crema batida y

nueces y se me antojaron salvajemente desde que los vi. Pero también, según mi parecer, las dietas deben comenzar un lunes, no un domingo en la noche. Sobre todo un domingo que cierra un fin de semana de puros excesos como el que vivimos en Ixtapan de la Sal.

Cuatro

Principios de octubre, 2006

Definitivamente esto de aspirar al poder adquisitivo no me está resultando nada fácil. Hoy que me dieron mi primera paga abrí el sobre, pensé en todas las dificultades de la semana y no me pareció equitativo. Sobre todo porque se fue íntegro al cajón (es provisional: cuando junte un poco más pienso meterlo en el banco). Aunque ese cajón tiene llave y a veces me he demostrado a mí misma que puedo tener voluntad de hacer algunas cosas aunque no me guste —entre ellas ahorrar—, prefiero no tener tentaciones tan a la mano.

También hay que admitir que una de las cosas que han agregado mucho estrés a mi vida es la dieta. La estoy haciendo, tal y como le prometí a Regina. Fui al súper con mi mamá (que también se apuntó para hacerla, dijo que hacía tiempo sentía que la necesitaba y que era más fácil hacerla en equipo conmigo) y compramos frutas y verduras, pescado, cereales y puras cosas saludables.

Y, debo decirlo también, yo no tengo nada, por ejemplo, contra una jícama con limón y chile. Me gusta, incluso. Me gusta mucho. Pero la perspectiva de cenar eso después de haber estado lidiando con un demonio como Joey toda la tarde es muy desalentadora.

Joey tiene dos años y unos dientes muy filosos. Esos, claro, no se los vi cuando me lo presentaron; sus papás sólo dijeron cosas buenas de él. Y sí, es cierto que tiene una sonrisa angelical, casi no se mea en los pantalones, y para todo dice "please". Yo pregunté lo que me pareció necesario saber de él. Qué come, qué no come, a qué hora se duerme, si es alérgico a algo, qué puede ver en la televisión, en fin. Por supuesto no se me ocurrió preguntar si mordía. Pero lo hace cada vez que se enoja, y se enoja por razones muy diversas: cuando no tiene un biberón listo en el momento en que le dan ganas de tomar leche, cuando no sale Winnie Pooh en la tele y también cuando me habla en su apenas masticado español y no entiendo lo que me quiere decir.

El primer día me sentía como en una cita a ciegas. Se fueron sus papás y ya no hallaba de qué platicarle. Claro, él es un niño de dos años y lo más seguro es que no esperara de mí una gran conversación. Sin embargo, le dije con mucha sinceridad que no estaba ahí por gusto, sino porque necesitaba el dinero para pagar mi graduación. No le dio mucha importancia y quiso dibujar. A los diez minutos se cansó y sacó todos los juguetes que posee, jugamos un poco con cada uno de ellos, y luego me arrojó un Buzz Lightyear de plástico en la cabeza. Me dolió mucho, pero calculé que en mi papel de niñera era muy incorrecto arrojárselo de vuelta, entonces nada más me hice la ofendida, le dije que esas no eran formas de tratar a una niñera nueva y dejé de hablarle. Al rato él se me acercó y empezó a jalarme de la manga. Pensé que era su particular manera de pedir disculpas, pero no: era su particular manera de avisarme que quería ir al baño, y como no le entendí, no lo llevé, se cagó en los pantalones y en venganza me mordió. Como si no hubiera sido suficiente venganza forzarame a limpiar semejante cochinerito.

Para colmo, los papás de Joey tienen unos hábitos alimenticios que incluyen cosas muy buenas. Como son grin-

gos, todo lo compran de allá, y bueno, los gringos tendrán sus cosas, y se irán a meter a Irak y a muchos otros lugares a donde no los llaman, tendrán mucha culpa del calentamiento global y todo, pero también hay que reconocer que son muy hábiles para inventar comida altamente engordadora y deliciosa. De modo que en el congelador de la casa Hamilton hay helado, pizza congelada, unos nuggets innovadores con relleno de queso y unos chiles jalapeños como empanizados que Nancy me dijo que por favor me comiera porque eran demasiado picantes para ellos. Así es que he tenido que redoblar mis esfuerzos para no caer en la tentación. Todas las tardes me llevo una barrita energética con mucha fibra y poca grasa (que parece ser la combinación triunfante en estas disciplinas) y me la tengo que comer a escondidas de Joey, porque el primer día la saqué y me la quitó. Le di un pedacito y dijo que la quería toda. No se la di, y lloró hasta que preferí no comer mi barrita que seguirlo oyendo. Es un chico muy voluntarioso él.

Regina dice que va muy bien con su dieta. Ella ya sabe qué vestido quiere para la graduación; es uno que traía puesto una chava en una película que vimos hace poco. Me dijo que va a mandar a su modisto a que la vea. El vestido está muy bonito, es verde. Pero le dije que para usarlo y que se le vea igual va a tener que bajar más kilos de los previstos.

—No he previsto cuántos kilos quiero bajar —me dijo.

—Pero bajar tantos está imposible, esa mujer tiene cuerpo de perchero.

—Sí, caray —suspiró—. Pero sólo en cuerpos como éstos se ve padre la ropa.

Mi opinión es que depende de qué ropa, porque los jeans y los suéteres se ven bien en casi cualquier cuerpo, siempre que la talla sea congruente. Yo aún no sé qué vestido quiero; quizá si Regina no hubiera escogido el verde de la película me gustaría a mí. El fin de semana iré a ver

algunas otras películas a ver si sale uno tan padre. Si no, intentaré con unas revistas. Las de la mamá de Regina, porque en mi casa las únicas revistas que hay son las del poder del consumidor y ahí es imposible encontrar un vestido glamoroso.

Le recordé a Regina lo injusto de la vida. Mientras yo tuve que aceptar este trabajo para pagar la tonta graduación, ella renovó su membresía en el club súper *fancy* en el que la inscribieron no sé cuando y al que nada más ha ido por ratitos. Le costó una lana la renovación porque hacía años que no iba, y el papá le dijo que esperaba que ahora sí lo aprovechara. Es un club padrísimo. Si el trabajo de contestar teléfonos en la comodidad de mi hogar y el sueldo hubieran sido ciertos, por supuesto que me alcanzaría para inscribirme en ese club, pero trabajando como niñera de Chucky, para nada.

A veces sí me da un poco de envidia Regina. Es una envidia absurda, porque desde que éramos chicas la situación económica de nuestras familias no ha cambiado. Y sé que ella no me cuenta las cosas por presumirme, sé que si pudiera pagarme el club lo haría. Pero ni modo que le pida a su papá que le mantenga sus lujos a esta especie de hija colada.

Una vez sí se lo pidió, cuando estábamos en primaria. Creo que fue en el verano del cuarto año. Sus papás querían una segunda luna de miel, y a ella la inscribieron para irse de campamento a Canadá. Cuando me enseñó el folleto a mí me dio mucha más emoción de la que ella mostraba. Había caballos. Y un lago, y grandes praderas con árboles y florecitas tipo película de Disney, y niños güeros y negros —muy cosmopolita el asunto—, y todos tenían aspecto de estar felices. Pues claro que ni en mis sueños más pachecos se me hubiera ocurrido que mi mamá podía pagar eso. Así es que viendo el folleto me puse a llorar. Regina le preguntó a su papá si podían invitarme. Él por

supuesto le dijo que no, y ella llegó a ponerse muy intransigente, a tal grado que le dijo: "Si no va Fernanda, no voy yo". Y entonces su papá le contestó que bueno, que mientras ellos se iban de luna de miel, ella podía quedarse en la casa de su abuela y quizá alguno de esos días la llevaría al parque o por un helado. Al final la solidaridad no fue para tanto y Regina se fue a su campamento sin mí. Sé que sus papás me estiman, pero pues no es para tanto.

La mamá de Regina no sabe mucho de mí. Ni de ella, en realidad. Nunca hablan de niños, por ejemplo. No le contó de su plan con Julio en Puerto Vallarta, claro, ni de su primer beso, ni nada que tenga que ver con eso. Quizá es normal, aunque yo sí más o menos hablo con mi mamá de algunas cosas. Lo que es más raro es que a Regina nunca le hablaron en su casa de sexo, ni de la menstruación ni de nada. A diferencia de lo que mi mamá hizo con mi hermana y conmigo, que una noche nos sentó a merendar y nos reveló los misterios de la reproducción humana frente a un plato de Corn Pops, a Regina no le dijeron nada. Bueno, por supuesto que eso me dio la oportunidad de ser yo quien le diera la primicia (como también le di la primicia de la inexistencia de Santa Clos, que aún no me ha perdonado). Nos pareció un proceso muy grotesco. Ése y también el del parto. Aunque no teníamos hermanos menores, ambas habíamos visto bebés, y el hecho de que una cabezota de tal tamaño tuviera que pasar por ese lugar nos parecía, más que una maravilla de la madre naturaleza, una tortura medieval.

Sin embargo, una vez enteradas del procedimiento, nuestros muñecos Ken y Barbie tuvieron mucho en que entretenerse. La trama era muy simple: tenían sexo y luego nacía un bebé que no tenía mucho que ver porque era un juguete de otra marca, casi del mismo tamaño que los papás, y así, de candente erotismo el argumento de nuestro juego pasaba a terror serie B y resultaba que el bebé no era hijo de Ken

sino de un *alien* (o del diablo, según como anduviéramos de humor).

También, a partir de eso nos empezaron a dar mucha más curiosidad los niños. Y pronto nos dimos cuenta de que no éramos las únicas depositarias de tan valiosa información. La mayoría de los compañeros ya estaban al tanto de todo, y un día Charlie, un niño que iba con nosotros en primaria, nos contó que había visto una revista de su papá en la que salían mujeres desnudas. Ni Regina ni yo tuvimos mucho que opinar al respecto. Luego Charlie nos preguntó si queríamos ver su cosa. Yo dije que bueno, pero Regina me vio con ojos de pistola y le dijo que no, de ninguna manera. Ya luego no supo decirme exactamente el porqué de su respuesta y durante mucho tiempo yo le reproché habernos negado esa oportunidad única.

Pasarían todavía un par de años para que en el programa oficial incluyeran un capítulo muy breve y conciso sobre educación sexual. Para entonces los papás de Regina seguían sin haber tocado el punto. Un día, por ahí de segundo de secundaria, su mamá le preguntó si ya sabía todo lo que había que saber sobre el sexo y ella, que naturalmente prefirió ahorrarse la plática, le dijo que sí. Hasta la fecha es la única conversación que han tenido al respecto. Y digo, no es que yo le platique a mi mamá cada vez que me besuqueo con alguien o cada vez que me entero de alguna interesante variedad para tener sexo, pero supongo que el día que planeo tener mi *première* mundial sí se lo contaré.

Cinco

Fines de octubre, 2006

No puedo. En serio que estoy tratando, sobre todo porque veo que Regina lo está tomando muy en serio: parece mentira, pero en poco más de un mes ya se le nota un buen. Yo, en el mismo tiempo, he bajado dos tristes kilos. ¡Dos!

Ahí está, una vez más, lo injusto de la vida. Un chocolate de los que me gustan (con relleno de cajeta, nueces y galleta crujiente) tiene 250 calorías. No suena mucho. Pero dice Regina que en su *fancy club* hay unas caminadoras-escaladoras que parecen equipo de la NASA y que cuentan las calorías que una va quemando. Para quemar las que tiene un chocolate de mis favoritos hay que subirse al mamotreto ese a buen ritmo durante ¡dos horas y media! Es decir, 100 calorías por hora. Una, si tiene suficiente hambre, se puede empacar el chocolate en seis minutos o menos. ¿Es injusta la vida o no?

En todo este tiempo no he comprado ni un solo chocolate ni he probado tampoco los helados de Joey. Pero en serio, una noche hasta soñé que me perseguía un waffle de los que están en el congelador. No fue un sueño categoría pesadilla, porque no era un waffle gigante ni arrojaba mengambreas mortales, no. Era un waffle común y corriente y me perseguía sobre un plato volador. Un plato normal, de

la vajilla que tenemos. Así que al día siguiente tuve que comerme un waffle. Es la única vez que he roto la dieta, pero es que me parece un poco prematuro todo este trámite. Para la graduación faltan como siete meses, y además se cruzará la temporada navideña. Y yo, si hay algo que respeto, es mi libre albedrío gastronómico en esas fechas. Ya en enero veré si me hace falta otra dieta o qué. Digo, tampoco pienso comerme todas las reservas alimenticias de la familia de aquí a fin de año. Por lo pronto estoy conforme con mis dos kilos menos.

Nos pesamos en casa de Regina, porque mi báscula no es tan confiable como la suya, que además del peso mide el nivel de grasa. Ella lleva seis kilos, más de uno por semana, y dice que quiere llegar a doce. Y con tanto ejercicio no sólo ha adelgazado, sino que hasta la panza se le empieza a ver menos aguada. La verdad es que si uno toma esas cosas en serio, funcionan. Y otra vez me dio un poco de envidia.

Le dije, claro, que se veía superbién.

—¿Tú crees? —me preguntó viéndose la nalga en el espejo.

—Güey, seis kilos en poco más de un mes, ¡está de pelos! —le dije, y luego me fijé en su nalga reflejada en el espejo—. Bueno, de ahí puede que te haga falta más ejercicio, es una parte muy difícil de moldear.

No se lo dije por molestar, pero dice mi mamá que esa zona es la más problemática del cuerpo de las mujeres. La grasa extra que uno se come se va acumulando especialmente allí, además de en la panza. Para quitar la panza hay abdominales que, aunque son un infierno de hacer, son posibles. En cambio, los ejercicios para bajar esa parte que está debajo de las pompas son difícilísimos y no dan muy buenos resultados. Mi mamá tiene varios aparatos de ejercicio que ha ido comprando por televisión en algunas noches de desvelo consumista. Todos están guardados debajo de la cama, porque ésa es una de las principales

características de los aparatos de ejercicio que venden por televisión: se pueden doblar y guardar bajo la cama; y no los usa, porque otra de las características de esos aparatos es que los modelos que los anuncian hacen parecer todo muy fácil, pero en la realidad no lo es tanto. Y por supuesto que guardados bajo la cama no sirven para tonificar los músculos ni para nada más.

—Bueno, tiene que haber algo para esta parte —me dijo Regina—, cuántas modelos y actrices no hay que lo tienen perfecto.

—Pues sí —opiné yo—, pero de eso viven. Y ganan como para hacerse liposucciones o cirugías.

—No creo que mi papá quisiera pagarme nada de eso —suspiró—. Ni modo, mientras seguiré con mis cuatro horas diarias de ejercicio.

Es que en serio no sé cómo le hace; digamos que yo también estoy cuatro horas diarias haciendo cierto ejercicio —mucho menos sofisticado—, que es cuidar a Joey. Porque sí corro tras él, y siempre quiere que le dé vueltas en el aire, que lo cargue, que lo lleve en hombros; en fin, es cansado. En este mes y cacho mi peso ha bajado poco, pero mi rendimiento académico bastante. Pues claro, llego a mi casa en calidad de bulto, con la espalda destruida y con un hambre atroz, me como una gelatina *light* que me deja en la boca un saborcito medio asqueroso hasta que me lavo los dientes, y por supuesto que no tengo energía ni ganas para hacer ni media página de tarea. Quizá se deba a que un club es menos agotador que un mocoso. No lo sé. Regina entrega todos los trabajos y se saca las mismas calificaciones de siempre.

Lo que pienso es que el entusiasmo de Regina tiene un solo nombre: Manolo. Pero francamente no sé si le resulte, porque él siempre ha sido un golfo de quinta. Y sí, es un hecho que Regina se empieza a ver mucho mejor ahora, pero no sé si ésa sea una razón suficiente para que

Manolo deje atrás su vida disipada y se convierta en su novio formal.

Regina me dijo que podemos aprovechar el último fin de semana de noviembre para llevar a cabo el Plan, porque sus papás se van de viaje otra vez. Me lo propuso con anticipación para que empiece a armar alguna estrategia que me acerque a Pablo.

A mí me parece muy bien. Ahora, el problema es que, pongamos que yo logro avances con Pablo de aquí a entonces, él y Manolo desde siempre se han llevado pésimo y creo que sería desastroso juntarlos. Manolo, justamente, fue quien le puso a Pablo el apodo de "el Cerebelo". Ya me imagino el prólogo. Porque así va el Plan: debe haber un prólogo de plática compartida, luego la cena y conforme la luz va bajando de intensidad, la música subiendo de volumen y los tragos sofisticados haciendo su efecto, ya cada quien se acomoda en su sillón y se dedica a lo suyo. Manolo hablaría de fútbol americano —un tema que a nosotras nos deja en la oscuridad y supongo que a Pablo también—, y Pablo del último cuento que escribió. Porque eso es lo que a él le gusta. Dice que quiere ser escritor, y una que otra vez me ha pasado sus historias. Creo que me empezó a gustar por eso: porque me gusta lo que escribe.

No me quiero imaginar la plática de prólogo, porque seguramente Manolo acabaría pitorreándose de Pablo como tantas veces ha sucedido en la escuela. Aunque si lo planeamos bien podríamos ir antes al cine o rentar una película para tener algún tema de conversación.

Y yo para qué me hago, la verdad. Desde que me di cuenta de que Pablo me gusta, me cambió el carácter con él. Antes éramos como amigos; no uña y mugre, pero por ejemplo, cuando se trataba de hacer equipos para un trabajo o lo que sea, siempre me escogía, o yo a él. En ese entonces me caía bien pero nada más. Al principio de quinto, sin embargo, tuvimos que hacer equipo en un concurso de

obras de teatro que debíamos adaptar nosotros mismos a partir de un texto de literatura mexicana que escogieramos. Regina y yo quedamos en el mismo equipo que Pablo —porque eso sí, ella también tiene claro que para asuntos escolares neurona mata carita—; él escogió el texto, hizo la adaptación, actuó en el papel principal, escogió la música, inventó el vestuario (nosotras lo cosimos y nos quedaron prendas de muy discutible calidad) y así ganamos el primer lugar. El premio era el puro honor y un diploma que necesariamente Pablo tuvo que quedarse.

Entonces me gustó de otra manera y empezó a costarme un poco de trabajo hablarle. No sé por qué. Siempre que lo vi en plan de amigo la conversación entre nosotros fluyó de lo más fácil. Cuando supe que me gustaba ya no encontraba de qué hablar con él, y si se me llegaba a ocurrir un tema, la lengua era la que me traicionaba. Eso al principio. Con el tiempo me resigné a que soy una cobarde y nunca le haré saber mis sentimientos. Y él, como dice Regina, está en otro rollo, jamás se dará cuenta de que me gusta, y en todo caso quizá no le importe demasiado. Creo que lo más importante para él es lo que escribe.

—Pero mira —me dijo Regina, insistiendo—, si hacemos el Plan, a él no le va a quedar duda de que tú quieres con él, y si te manda al diablo y te dice que te quites de encima, pues ya, te resignas y a otra cosa mariposa. Ni modo que te pases tu último año de prepa sin galán. ¿Con quién vas a ir a la graduación si no?

De tanto preocuparme por el dinero y el maldito vestido, ni siquiera me había pasado por la cabeza la cuestión del galán. Quizá Regina tenga razón, ya es hora de que me consiga un novio, porque eso de nunca haber tenido uno despierta suspicacias. Muchas otras tampoco han tenido novio en serio y nada más en las fiestas se fajan con alguien. Yo también, pero las dos veces que lo hice tuve la pésima suerte de que nadie se enteró. La primera fue entrando a cuarto,

con el primo de un amigo de Daniel, que era dos años más chico que yo, durante una fiesta en el patio trasero de la casa de Regina. Nadie más que ella lo supo nunca. Bueno, el muchacho, claro está, y seguramente su primo y también Daniel, pero fue muy discreto; y según yo, nadie más. Y se me hizo un poco excesivo pedirle a Daniel que hiciera pública esa información nada más para alejarme un poco de mi imagen de nerd. La segunda fue en el cine, cuando el profesor de Historia nos mandó a ver la película de *La pasión de Cristo*. Eso fue muy, pero muy raro. Con otro nerd, por supuesto: Eduardo. Él es peor que yo y peor que Pablo, tanto que su sobrenombre es Nerduardo. ¿Por qué me besé con él en el cine durante la proyección de una película tan seria —y tan sangrienta—? No tengo ni la menor idea. Él después me confesó que se había sentido muy avergonzado, y que el único que se enteró del evento por su parte fue el cura de su parroquia, que lo regañó mucho. Por mi parte lo supo Regina y no me regañó, sino que se rió muchísimo de mí. Con razón. Cada vez que se burla por eso, yo le recuerdo su beso con el boca de holán Rodrigo González y le digo la sentencia de que todas las personas tienen al menos una mancha en su pasado.

Claro que me gustaría ir a la graduación con Pablo. Claro que me gustaría que fuéramos como novios. Así que le dije a Regina que sí, que hiciéramos el tan cacareado Plan con Manolo y Pablo a fines de noviembre. Espero que no resulte algo muy desastroso.

Ahora tendré que volver con la dieta. Cuando le conté a Regina mi sueño del waffle asesino y también que a la mañana siguiente me había comido uno, me regañó, pero luego le conté todo lo rico que había de comer en la casa Hamilton y admiró mi fuerza de voluntad. Me dijo que tomara lo del waffle como un tropezón (se interesó mucho en mi sueño, eso sí), y me pidió que siguiera la dieta, al menos hasta que llevemos a cabo el Plan.

—Mira, yo no sé si le gustes a Pablo. Ni siquiera sé si le gusten las niñas, hoy en día no se puede garantizar nada. Pero lo que sí te apuesto es que si tienes algún chance con él, se multiplicará si te deshaces de cuatro o cinco kilos.

Y, como de costumbre, debo admitir que mi amiga tiene razón.

Seis

Mediados de noviembre, 2006

Me pareció un poco difícil llevar a cabo el Plan sin prólogos, así que el viernes le pregunté a Regina si en la tarde tenía algo que hacer.

—No.

—Pues ya tienes. Por favor, por favor, por favor.

Regina no es muy amiga de los niños, pero la idea y la insistencia sobre el Plan en esta ocasión fue suya, así que su deber era apoyarme y sustituirme esa tarde en mis labores de niñera.

—¿Y el club?

—Pues no vas. Vas mañana.

Estoy segura de que no se lo pensó tanto por el hecho de no ir al club, sino por el de enfrentarse a un niño salvaje toda la tarde. Pero al final dijo que sí. Entonces yo le mandé un mensajito a Pablo para invitarlo al cine. Más bien para convocarlo, porque ni modo que en la primera salida fuera yo la que pagara. Fue muy incómodo lo del mensajito. Estábamos en clase de Filosofía y me di cuenta de que le llegó porque sacó el teléfono. Lo vio y se quedó muy pensativo. Me escribió de regreso: "Sí, vamos. ¿Quién eres?" O sea que a él lo que le gusta es ir al cine y lo de menos es la compañía. Le contesté que era yo (omití el "tarado" que me dieron

ganas de poner), y entonces ya volteó a verme y me hizo la típica seña del pulgar arriba con una risita silenciosa.

A veces no me explico por qué me gusta tanto.

Se nos hizo muy tarde porque Regina me detuvo un rato en el baño para aleccionarme. Me dijo que si después de esta cita no me daba siquiera un beso con Pablo, yo era un caso perdido.

Pues lo soy.

Número uno, no me parece que esté bien tomar la iniciativa. Número dos, ahora sé que si no la tomo, el torpe de Pablo jamás lo va a hacer.

Para empezar se nos hizo tarde y tuvimos que correr al cine; no había nada de cola porque la película la escogió él y por supuesto que era la menos popular de las que estaban, así que no tuvimos tampoco tiempo-cola para platicar. Cuando entramos ya había empezado la función, y Pablo me aclaró que no le gusta hablar *para nada* en el cine, ni en la película ni en los cortos.

—Si acaso en los anuncios —dijo. En el último aprovechó para contarme que le había tejido un gorro a su gato. Y yo, en un movimiento automático, le acaricié la mejilla y le dije “Ay, qué lindo”. Se puso rojo y no atinó a contestar nada. Por suerte para él (y para mí, porque ese silencio se estaba poniendo muy incómodo), en ese momento bajaron las luces y empezaron los cortos, así que lo siguiente era cosa de guardar silencio ab-so-lu-to. Se toma muy en serio Pablo lo del cine. Digo, yo también, pero me gusta de pronto comentar algo, o preguntar si no entendí —cosa que sucedió varias veces a lo largo de la película—, pero Pablo me sugirió que guardara todas mis dudas para el final.

La verdad es que por estar pendiente de mis movimientos y pensar en dónde poner mi mano al alcance de este zopenco para ver si se le ocurría tomarla, me fijé en el argumento sólo en parte. Sin embargo, Pablo usó las manos solamente para sus palomitas: una para detener su super-

bolsa y la otra para comérselas. Y yo al final no entendí gran cosa. Cuando salimos aquél se echó un mega discurso acerca del significado del sueño que cuenta el protagonista al final. Me dejó con cara de *what*, y aunque traté de disimularla, creo que se dio cuenta. Me acompañó hasta la puerta de mi casa, y en el camino no hablamos de nada. Fue uno de los trayectos más aburridos —e incómodos— de mi vida. Cuando llegamos me dio las gracias por la invitación (aunque, como dije, yo ni lo invité: cada quien pagó su boleto y él compró las palomitas porque fue su idea, y ya después me ofreció, pero le dije que estaba a dieta y sólo comí dos o tres puños chicos). Antes de irse me pidió mi dirección del Messenger.

—Nos vemos ahí —me dijo.

—Órale, va —le dije yo y nos despedimos de beso normal, en el cachete.

Llegando le llamé por teléfono a Regina y le conté a detalle cómo había estado todo. Tuvo que admitir que había sido un fracaso estrepitoso. De todos modos me exhortó para que siga intentando, a ver si en una de esas me da una señal y podemos llevar a cabo el Plan.

Mi amiga estaba de un ánimo muy lleno de empatía. Aunque me dijo que le había ido bien con Joey, que no la había mordido y que se había pasado la tarde enseñándole palabras en español, creo que también se dio cuenta de lo cansado y complicado que es cuidarlo.

También me dijo que si me quería comer otro waffle estaba bien. Porque en algún lado leímos que está científicamente comprobado que algo rico de comer disminuye la intensidad de las tristezas y los traumas. En realidad no tengo ni una tristeza ni un gran trauma. Total, es la primera vez que Pablo y yo salimos en plan de “cita”. De todos modos aproveché el permiso, me comí mi waffle, y me juré que al día siguiente desayunaría yogurt sin grasa, melón o algo así.

Más tarde entré en el Messenger y agregué a Pablo. Eran casi las doce y ahí estaba, muy disponible él. Pues lo saludé. Y luego le apliqué la encuesta que un día Regina y yo decidimos que era una estrategia muy buena para conocer algo más de una persona. Consiste en pedirle que haga una lista de cinco cosas que le gustan y cinco que odia. Pero no grandes cosas, no se vale poner en la lista de odios, por ejemplo, la hipocresía. Deben ser simplonas y cotidianas. Así es que le pregunté eso a Pablo, así a quemarropa.

YO: A ver, dime cinco cosas que te encanten y cinco que odies. Pero cosas comunes, simples.

ÉL: ☺ Me encanta dormir hasta tarde. Y sentir las sábanas frías en los pies. Y terminar una historia. Y cuando mi hermano chico se carcajea. Me encanta comer fruta con la mano.

YO: Wow.

Me quedé un poco con la boca abierta, porque no se tardó años en pensarlas, las puso en menos de un minuto.

ÉL: Odio la superficialidad, la estupidez, los moscos, la mayonesa de cualquier tipo y cavar.

YO: Mmm. No sé si la superficialidad y la estupidez cuentan. ¿Y por qué odias cavar? ¿Qué, cavas mucho?

ÉL: Procuero no. No me gusta.

YO: ☺ Ah, ok.

Ya no se me ocurrió qué más ponerle. Como a los ocho minutos, me escribió:

ÉL: ¿No se supone que ahora te toca a ti?

YO: Mmm. Pues no, no se supone, pero déjame pensar.

Me trabé. Si cualquiera de mis ciento once contactos del

Messenger me lo preguntara, hubiera contestado rápido lo primero que se me ocurriera.

YO: Bueno. Me gusta... leer.

ÉL: ¿Qué has leído últimamente que te haya gustado?

YO: Pues *El perfume*. Lo leí después de ver la película porque no entendí bien el final.

Le contesté un poco indignada porque lo sentí como interrogatorio. En realidad me gusta leer, pero no lo acostumbro mucho y lo había dicho más bien por adornarme.

Él no tuvo nada que opinar de mi última lectura, así es que seguí:

YO: Me encantan los chamoys, y el olor del suavizante en la ropa, y me encantan los mensajitos a media noche y también..

Juro, juro que estuve a punto de poner aquí un descarado "Me encantas tú", pero me acobardé.

YO: ...me encantan los celulares de colores.

ÉL: Mmmm.

Después pensé que quizá eso de los celulares le había parecido superficial y que era yo muy bruta por ponerlo, pues me acababa de decir que odiaba eso.

YO: Odio las guerras...

Digo, si él puso cosas viajadas por qué yo no.

YO: ...y también odio los moscos, no es porque lo hayas dicho tú, odio el aliento de algunos perros y que alguien me golpee los tobillos con el carrito del súper.

ÉL: Te falta una.

YO: Estoy pensando.

ÉL: Tengo tiempo.

YO: Odio... mmmm, bueno, ajá, odio ponerme a dieta.

ÉL: ¿No me dijiste en el cine que estabas a dieta?

YO: Sí. Pero eso no quiere decir que no lo odie.

Otro silencio eterno. Prefiero los silencios en persona que en la computadora, la verdad.

YO: Es que es muy raro, por ejemplo, a mí no me gusta nada un Gansito. Me parece empalagoso y horrible, y en un día normal jamás se me ocurriría comprar uno y comérmelo. Pero cuando me pongo a dieta, veo un Gansito o cualquier cosa que normalmente odio y se me antoja.

ÉL: En tus cinco opciones de odio podrías haber puesto el Gansito.

YO: Sí. Pero no me pareció tan importante.

Un silencio más.

YO: Bueno, ya me voy a dormir. Que estén frías tus sábanas.

ÉL: ☹ Sí, espero. Y que... no te fastidie ningún mosco.

YO: A ti tampoco.

ÉL: ☹

Yo no tenía el monito que dice *adiós*; se lo copié, se lo mandé de vuelta y me desconecté en un estado un poco cursi, tengo que admitirlo. Pablo me gusta. Me gusta muchísimo.

Al día siguiente llegué supernormal a la escuela; me lo topé en el patio y lo saludé. Me sonrió chueco, como con la mitad de la boca. Esa es una sonrisa que si uno la pesca bien, en serio que resulta muy sexy. Regina opina que no, que es una

simple sonrisa chueca. Cuando llegué al salón estaba vacío y en mi banca había nada menos que... ¡un Gansito! Me senté y me puse a sobarlo como si fuera un hijo de Pablo y mío, hasta que de pronto alguien me lo arrebató con violencia.

—Qué asco, ¿por qué trajiste un Gansito? ¿Te comiste el waffle anoche? —preguntó Regina.

—Sí, me lo comí. Y el Gansito no lo traje. Me lo dio Pablo.

—Qué tarado, ¿qué no le dijiste que estás a dieta?

Nada más me reí. Le conté la plática que había tenido con él vía Messenger. No todo. No le dije que en mi lista de odios había incluido la dieta.

—Esto es de lo peor que le puedes hacer a tu cuerpo —dijo agitando el Gansito, sin haber pelado mucho mi emocionante relato—. ¿Sabes que es pura grasa y azúcar? ¿Y sabes a dónde va a parar eso? Pues a tu lonja, que por si no te has dado cuenta sigue idéntica. ¿Ya viste? —me pellizcó la lonja y, sí, tuve que admitir que ahí estaba, en su tamaño original.

—En cambio ve, esto es el resultado de una disciplina. Ve, toca.

Mugre Regina. De la panza que tenía en Ixtapan de la Sal ahora sí ya no queda nada. En verdad, nada. Claro, dice que hace más de cien abdominales diarias (que fácilmente podrían entrar en mi lista de cosas odiadas), pues así quién no. Y en cambio lo único que yo logro con el ejercicio que hago es que me duelan los brazos todo el tiempo por cargar a Joey.

—Bueno, ok —le dije—, te falta poco para estar como Victoria Beckham, va, pero yo...

—Es como quieras —me interrumpió—. Cada quien. Pero esto —agitó el Gansito— puede querer decir que sí le gustas a Pablo. Vamos a hacer el Plan. Si te la tomas en serio durante el tiempo que falta de aquí al último fin de semana de noviembre, te juro que bajas.

Suspiré. En verdad estaba un poco harta de la idea de la dieta. Pero es cierto. Me sobran unos kilos y mi dieta ha sido más bien chabacana. Increíble: cuando la empezamos Regina estaba como nueve kilos arriba que yo, y ahora podría pensar que hasta pesa menos. No tengo más remedio que admirar su fuerza de voluntad, aunque me dé tanta lata. Así es que prometí que lo haría y saliendo de mi labor de niñera me fui al súper. Pensé: "Si voy a comer de dieta, por lo menos que sean cosas que me gusten". Así que ahora el refri está lleno de jícamas, pepinos (zanahorias no, dice Regina que tienen demasiada azúcar); puse a cocer frijoles, y compré más de mis barritas energéticas. No muchas, porque me salen muy caras. Además, Regina me ha pegado la costumbre de verificar los cuadritos de información nutricional. Lo importante es ver que no tengan grasas ni carbohidratos. Proteína y fibra sí. Las barritas prometen tanta fibra que uno va a ir al baño como marqués, pero tienen algo de grasa y carbohidratos. Me las iré comiendo poco a poco, en combinación con otras cosas que no los tengan.

Creo que será distinto ahora porque, según yo, voy avanzando un poco con Pablo. O sea que, como tengo una razón para ponerme a dieta, supongo que no me va a costar tanto trabajo.

Siete

Casi fines de noviembre, 2006

En los últimos días he tenido dos enojos con Regina. El primero no tuvo mucha importancia, pero por un ratito sí se me retorció un poco el hígado. Es cierto que gracias a ella conseguí mi chamba de niñera, pero eso no le da el derecho de ponerla en riesgo. El lunes en la tarde llegué a la casa Hamilton de lo más normal. Nancy iba de prisa como siempre y nada más nos saludamos. Pero ya cuando llegaron juntos Joe y ella en la noche, me llamaron a la sala con cara de funeral.

—Fernanda, queremos hablar contigo —dijo Joe. Nancy bajaba la vista. En ese momento repasé todas las necedades que había hecho a lo largo de los días pasados, como desportillar una taza de Mickey Mouse que decía "Joe" y haber dejado que Joey rayara un libro que Nancy estaba leyendo. Bueno, no exactamente *le dejé* hacerlo: él agarró su crayola y lo rayó mientras yo estaba pajareando en otra cosa.

—Es muy importante que tú moderes tu lenguaje cuando hables a Joey —dijo Joe. Nancy nada más asintió y yo hice cara de pregunta, pero ninguno de los dos la interpretó así, de modo que tuve que decirla en voz alta:

—¿Por?

Nancy llamó a Joey, que salió de su recámara brincoteando de muy buen humor.

—*Joey, do you want to go to the park?* —le preguntó Nancy. Joey contestó algo que no alcancé a oír porque estaba mirando una agujeta que se había quedado tirada en el suelo. Nancy repitió la pregunta, y entonces Joey levantó la vista y le gritó, ahora sí en un volumen muy audible:

—¡A huevou!

—¡Joey! —exclamé.

Ambos papás me miraron como comandos enemigos.

—Contesta eso para todou —explicó Nancy.

Yo les juré que no tenía ni la menor idea de dónde había sacado Joey esa expresión tan vernácula. Y en verdad, por un momento me puse a pensar en los canales de tele que yo veía de pronto con él, pero en los canales de tele en español no dejan decir "a huevo". Inmediatamente después me cayó el veinte. Sostuve con mis empleadores que no estaba segura de dónde lo había aprendido, aunque ya lo sabía. "Le estuve enseñando palabras en español a Joey". Claro.

—Bueno, quizá se me escapó una vez —dije—, y si lo aprendió con una sola vez es que es un niño muy brillante.

No resultó mucho la estrategia de adulación al hijo y me siguieron mirando con seriedad y algo de enojo hasta que me fui.

En cuanto puse un pie en la banqueta fuera de la casa Hamilton llamé a Regina y le conté lo que había pasado. Le dio tanta risa que me la acabó contagiando y ya ni le dije nada de lo que pensaba. Es que sí hay que admitir que el "a huevou" de Joey es genial, ya me lo imagino contestando así para todo. A mí no me lo había dicho porque no le pido su opinión casi para nada. Si es cosa de cenar, lo siento en la mesa frente al cereal (o la quesadilla o lo que se me haya ocurrido prepararle esa noche) y no le pregunto si quiere o no.

Bueno, en eso consistió el primer enojo, que en realidad nada más fue mío y no pasó a mayores.

El segundo fue el lunes siguiente. Habíamos llevado la dieta muy bien las dos. Como ya casi no nos vemos entre semana fuera de la escuela, nos hablamos a cada rato para darnos apoyo (sospecho que me voy a acabar mis ahorros de la graduación comprando tarjetas para el celular). Aunque es cierto lo que le dije a Pablo sobre mi odio a las dietas, como soy una persona solidaria y un poco gorda, pues la seguí. Toda la semana, muy rigurosa. Regina sabe que en las noches no me puedo resistir a comer algo viendo los capítulos de la serie que nos gusta, por eso me regaló una bolsa de semillas de girasol sin pelar. Son muy buenas. No de sabor, pero el sistema es excelente para la dieta. Hay que partirlas con los dientes como las pepitas normales, pero la cáscara es más dura y si no tienes cuidado, te pellizcas la lengua. Después de una hora de programa, has logrado comer una cantidad más bien ridícula de pepitas, ya te aburrirte y además te duelen tanto los labios y la lengua que no se te antoja comer nada más.

Todo iba muy bien y estábamos progresando mucho (bueno, yo, porque los progresos de Regina hace rato que se notan), pero el lunes, como a las cuatro de la mañana, me despertó un dolor horrible. Empezaba (según lo que recuerdo de las clases de anatomía) debajo del esternón, y luego se extendía hacia atrás, como espasmos. Me dio varias veces, pero como no era hora para un ataque de pánico, traté de volver a dormirme. Sí pude, pero me despertó de nuevo la misma cosa a las ocho, hora en que ya estaba yo meditando sobre mi testamento.

Entonces fui al cuarto de mi mamá y le dije muy preocupada lo que me pasaba. De inmediato llamamos a Enrique, mi pediatra de toda la vida. Él me hizo algunas preguntas, me pidió que repitiera los síntomas, y al final me dijo que era un caso de gastritis. Por un instante pensé que me lo

estaba diciendo para tranquilizarme, pero que en el fondo sabía la triste realidad.

—¿En serio?

—Sí, en serio. Y no es raro, si te pasaste el fin de semana comiendo jícamas con chile —esto me lo dijo en un tono medio regañón. Me dijo también que no comiera irritantes y me dio el nombre de unas pastillas que calman el dolor.

Fue una noche muy estresante. No me enfermo mucho, pero cuando tengo cualquier síntoma, lo primero que pienso es que se trata de algo horrible y que cuando vaya al médico me va a decir que me quedan tres meses de vida. Qué bueno que no. Tampoco es que me mate de emoción tener gastritis, pero al menos ya dejé de pensar en el testamento.

Y decidí dejar la dieta.

En la escuela se lo dije a Regina. Bueno, no tenía caso intentar ocultárselo, número uno, porque es mi mejor amiga, y número dos, porque llevaba yo una muy poco discreta torta de queso panela. *Light* el queso, eso sí. Se enojó poquito, pero con tamaño justificante médico, yo esperaba que no se enojara nada. Sólo me decía "Pues cada quien, cada quien", sin compadecerse de mí para nada por mi triste caso de gastritis. Le dije que no era voluntario, y le conté que mi mamá me había dicho que si uno no se cuida una condición así, pueden salir úlceras dolorosísimas e incurables en el estómago. Digo, me oyó y todo, pero sin quitar su cara de "Allá tú y tus cientos de kilos". En fin. Así como a veces puede ser súper buena onda, a veces se pone medio insoportable. Incluso le conté mi dramática madrugada; le dije que había pensado incluirla en mi testamento y dejarle mis DVD.

Regina no es tan fatalista como yo con las enfermedades, pero en algunas de nuestras pláticas étlicas profundas hemos hablado de la muerte. La verdad es que ni ella ni yo somos muy buenas para filosofar y no le entramos

muy seriamente al tema. No como Adriana Gámez, que era una niña que iba con nosotras en la escuela (no me acuerdo exactamente del año, pero debemos de haber sido realmente chicas); una vez Adriana dejó de ir dos o tres días, y cuando regresó y le preguntamos por qué había faltado nos dijo que porque se había muerto. Y que todo era muy bonito, que se la había pasado viendo televisión y libros de cuentos. Por supuesto que a partir de entonces nos pareció muy buena la idea de morir, hasta que alguien nos aclaró que uno no puede morirse unos días y volver a la escuela el lunes. Adriana Gámez era una farsante. Bueno, algunas pláticas étlicas han acabado en el "qué es lo que pasa cuando te mueres", y una vez hasta hicimos una lista de cosas que debíamos hacer *antes*. No me acuerdo muy bien, ni siquiera sé si habíamos bebido. Pero sé que en la lista estaban las típicas de "plantar un árbol, tener un hijo y escribir un libro". Yo además dije que quería ir en un crucero y ella dijo que aventarse en paracaídas, pero luego me confesó que lo había dicho porque era algo que se veía mucho en las listas de "cosas que hacer antes de morir" y no porque en realidad quisiera hacerlo. Dijimos las dos que queríamos ir a un hotel carísimo en Bora Bora, porque acabábamos de recibir un mail que hizo que se nos antojara mucho. Regina dijo que quería hacer una maceta con serpentinas y Resistol. Las habíamos visto en una tienda de regalos, pero estaban muy caras, y no nos pareció que fueran tan difíciles de hacer. A mí se me hizo que las macetas estaban padres y todo, pero era excesivo incluirlas en esa lista. Al último dijimos que haríamos nuestra grabación a dueto de "You're my best friend", la canción de Queen. Una vez una maestra de inglés nos la puso en la clase, la traducimos y la cantamos como cien mil veces hasta aprendérnosla. Desde entonces Regina y yo la escogimos como canción de mejores amigas. Ella no canta y yo menos, pero casi en todas las fiestas, cuando ya todo el mundo está en su rollo y no pela mucho

(y a nosotras se nos ha diluido la timidez en la bebida), la cantamos. No se oye muy bien, pero nos sale muy emotiva. Claro, si resolviéramos grabar un CD sería en completa sobriedad y supongo que ensayaríamos antes.

En fin, la cosa es que Regina se conmovió un poco al saber que pensaba incluirla en mi testamento, pero me siguió haciendo caras por abandonar la dieta. Sea cual sea el calibre de su enojo, espero que se le quite pronto. Y, bueno, tampoco tengo yo planes de subir los miserables tres o cuatro kilos que bajé, más bien voy a comer cosas ligeras que no me arruinen el estómago.

Ocho

Última semana de noviembre, 2006

Tantos años pensando y detallando el famoso Plan para que al final resultara un fracaso. Y, al contrario de lo que siempre imaginé (que si fracasaba sería por culpa de lo raros y poco confiables que son los hombres), se debió a la rara de mi amiga.

Hasta fuimos a comprarnos ropa; hicimos una lista de música cachonda y preparamos pizzas para cenar —las pizzas las preparó el fabricante en realidad, nosotras nada más las metimos al hornito eléctrico—. Y como se acerca la Navidad, tuvimos el plus del árbol. En casa de Regina acostumbran ponerlo desde principios de diciembre, pero ahora ella insistió en que se adelantaran unos días, porque el olor del árbol y los foquitos le dan un ambiente muy propicio a la sala, sobre todo con la luz apagada.

A comprar ropa yo fui medio a fuerzas. Le dije a Regina que no me iba a gastar mi sueldo miserable en ropa nueva, mucho menos para tratar de impresionar a Pablo, que será muy listo y me gustará mucho pero siempre anda hecho un chilaquil. Ella me sugirió que por lo menos me comprara una blusita mona, que siempre andaba con camisas o playeras. Que ella me la invitaba. Así las cosas, pues le dije que bueno y fuimos. Regina se compró una minifalda y

unos *leggings*. Cuando fuimos al probador, Regina se metió en un cubículo ella sola.

—¡Oye, qué te pasa! —le dije con la puerta en las narices y mis dos tallas de blusita en la mano.

—No me pasa nada, ahorita salgo para que me digas. Pruébate tú en el de al lado —me dijo tan campante.

Me desconcertó porque siempre hemos sido bastante desvergonzadas la una con la otra. Yo me he cambiado miles de veces frente a ella, y ella igual, así que me pareció un poco raro que a estas alturas de pronto se le hubiera instalado el pudor. No sé, a lo mejor si hubiera pasado cuando nos empezaron a crecer pelos por doquier y nos salieron bubis, ok, ahí habría una razón, pero llevábamos años con eso y seguíamos cambiándonos tan panchas una al lado de otra. Digo, tampoco me ofendí, si a mí me da igual verla sin ropa, pero no soy muy amiga de los cambios de costumbres que se dan tan de golpe.

Me probé la blusita talla 5 y sí cupe, pero parecía un embutido dentro de ella. Me probé la 6 y más o menos. Los botones parecían estar un poco asfixiados, pero menos que con la otra. Regina había tomado toda la ropa que se probó entre tallas 4 y 5. Yo seguía pensando ir por la talla 7 cuando me llamó. Si yo parecía un embutido dentro de la talla 5, ella parecía modelo. Cuando salió supe por qué se metió sola al probador, para darme la sorpresa. Y sí que me la dio, se veía en verdad muy bien. Hacía tiempo que no la veía con minifalda, porque a la escuela casi siempre llevamos jeans, pero ese día estaba impresionante, la verdad. Y bueno, para qué me hago, también me dio una envidia china su fuerza de voluntad.

—¡Güey, te ves súper bien! —le dije con admiración.

—Bueno, sí —me guiñó el ojo satisfecha—, me falta bajar todavía un par de kilos, pero ahí voy. Súper, ¿no?

—No creo que te sobre ni medio kilo, te ves de pelos así, en serio.

Después de verla me dio pena ir por la blusita talla 7 y sumé la panza para modelarle a Regina la 5. No me dijo nada, pero por su gesto supuse que opinaba que no me veía bien.

—Mugre gastritis que me hizo interrumpir la dieta, caray —dije.

Regina sólo se metió de vuelta a su probador para cambiarse.

Con todo y que a comprar ropa fui a fuerzas, salí con mi blusita. No con la que me probé, sino una más holgada y más baratona. Tampoco es cosa de encajarse con la buena voluntad de las amigas. En cambio, para el asunto de la cena y demás, la que parecía que iba a fuerzas era Regina. A pesar de que le recordé que el Plan originalmente llevaba una cena, ella insistió en que mejor compráramos cosas ricas para botanear. Me costó trabajo convencerla de que no podíamos darles pepinos y piña (la piña le pareció buena idea porque es tropical y según ella tropical = cachondo); usé toda clase de argumentos, desde lo poco atractivo que suena comer frutas y verduras como botana hasta que Manolo y Pablo eran jóvenes en crecimiento y necesitaban algo más sustancioso. Terminamos comprando las pizzas, que ya vienen hechas y nada más hay que calentarlas. Las cortamos en coquetos triangulitos y compramos aceitunas y palmitos para comerlos con palillo. Ya entradas en gastos, compré (eso sí bajo airada protesta de Regina) unos chicharrones. Quería llevar unas galletas en forma de muñecos de nieve que estaban de oferta y se veían muy buenas, pero eran del año pasado y ya habían caducado.

Lo que no nos costó ningún trabajo fue convencer a nuestros galanes de que fueran. Creo que a Pablo le pareció una invitación rarísima como para segunda cita. Porque aunque después del cine como que fluía mucho mejor la conversación escolar entre nosotros (y los mensajitos y las conversaciones por Messenger), no volvimos a salir.

No por falta de ganas mías, pero él no me invitó a ningún lado y me pareció que, según el protocolo, le tocaba. Quizá él ignora el protocolo, y a mí no me quedó más remedio que ignorarlo también: al Plan lo tenía que invitar yo. Lo vi un poco sacado de onda, así que no le dije que los papás de Regina no iban a estar, y tampoco mencioné el detalle de que los únicos invitados serían Manolo y él.

Pablo llegó antes porque sus papás lo fueron a dejar. No tiene coche, ni dinero para andar pidiendo taxis. Le sugerí que les dijera a sus papás que alguien podía regresarlo a su casa (ese alguien era Manolo, claro). Pero me dijo que no, que ellos irían al cine y a cenar y después pasarían a recogerlo. Con eso se enfrió un poco su atractivo, a decir verdad, pero pues ya estábamos ahí y preferí ignorar lo nerd que me había parecido. Regina se siguió arreglando y sólo bajó hasta que Manolo tocó el timbre. Él, que es más experimentado en estas situaciones (y que sí estaba al tanto de la naturaleza de la reunioncita), llevó dos *six*. Y sí, tal y como Regina y yo habíamos sospechado, al principio todo fue muy incómodo. Manolo abrió cervezas para todos y Pablo y él encendieron la chimenea. En realidad no hacía frío, pero era parte de la escenografía. Era muy raro ver a aquellos dos que en la escuela son antagonistas, apoyándose el uno al otro en la difícil y cavernícola labor de encender un fuego. Lo lograron a medias, y finalmente llegó el momento de sentarnos en la sala. Entonces me di cuenta con orgullo de que habíamos logrado lo que llevábamos años planeando. Ahí estábamos, en casa de Regina, con la chimenea, el arbolito, unas chelas, la música cachonda y los fulanos. Al mismo tiempo reflexionaba que por alguna extraña razón el resultado no me estaba pareciendo tan espectacular como había imaginado. Es más, estaba nerviosa. Número uno, tenía mucho tiempo de no besarme siquiera con nadie; y número dos, la conversación estaba muy aburrida. Como siempre pasa, conforme nos fuimos acaban-

do las cervezas nos pusimos más simpáticos. Regina hizo a un lado la segunda que le destapó Manolo y se sirvió un whisky con soda. Yo pensé que era para adornarse como con los martinis, pero dijo que eso era lo único que podía tomar por la dieta. Manolo la exhortó a que la siguiera, dijo que se veía muy bien así. Al ratito sacamos las pizzas, muy comerciales y todo, pero estaban buenísimas. Inventamos la gran mentira de que nosotras las habíamos cocinado y fue muy claro que no nos creyeron. Igual era una mentira absurda, porque son de una marca nueva que promocionan en todos lados.

Después de cenar y sin muchos prólogos, Regina y Manolo se subieron al cuarto de la tele. Bueno, si cuenta como prólogo, Regina le dijo que quería que le ayudara a conectar el DVD a la tele, por si al rato se nos antojaba ver una película. Pablo y yo nos quedamos con el cachondo escenario y aliento de ajo, porque las pizzas tenían muchísimo. Lo bueno es que en casa de Regina, apenas llega la Navidad, la mamá pone recipientes con chocolates y dulcecitos de menta por todos lados. Le ofrecí uno a Pablo y me comí otro. Él me veía con cara de "¿Y bien?". Y yo le contestaba con una cara parecida. Hablamos de que los dulces estaban buenos, de que la selección musical era poco variada (eso lo dijo él), de que en casa de Regina había demasiados adornos y qué flojera sacudir todo eso, en fin, hablamos de un montón de cosas con la boca llena de caramelo de menta. Es que ni modo de aplicar el primer beso con aliento de ajo —aunque no se iba a notar mucho porque él había comido lo mismo—. Yo estaba absolutamente resuelta a que cuando mi caramelo quedara de tamaño masticable lo masticaría y, acto seguido, le plantaría un beso. No uno muy salvaje. Uno de palómita al principio, y luego pensaba ver cómo iba resultando todo. Porque con tipos como Manolo es muy fácil suponerlo (o sea, que se le van a lanzar a una encima sin ningún recato), pero Pablo es di-

ferente. Así que no quería arriesgarme y recibir el chasco que se llevó Rodrigo González cuando le dio a Regina su primer beso.

El maldito caramelo era muy sólido, y nos dio tiempo de hablar de varias cosas. Le conté sobre mi trabajo de niñera y me dijo que él igual acababa de conseguir uno, nada más por la temporada, porque en su casa tienen broncas económicas y también quiere pagar la graduación.

—Qué caro es graduarse, ¿no? —dije yo.

—Uff —opinó él.

El fin del caramelo coincidió con su *uff*. No era la conversación ideal para interrumpir con un beso, pero fue de esas veces en las que una se dice a sí misma: "Ahora o nunca". Tampoco resultó como había pensado que ocurriría. Fue muy rápido, y él, si bien no se quitó (eso sí hubiera sido muy humillante), tampoco me correspondió mucho que digamos. El silencio que sobrevino después les ganó a todos los silencios anteriores de mi vida como el más incómodo. Pablo se mordió el labio y yo dije:

—Pues sí.

No estoy segura de que él tuviera algo que responder al respecto, pero no hizo falta que pensara en nada, porque en ese instante se oyó una discusión arriba, unos gritos, y un momento después vimos a Manolo bajar las escaleras hecho un demonio. Pablo y yo nos quedamos viéndolo, sin animarnos a preguntar nada. Manolo se puso chamarra, fue a la cocina, agarró lo que sobraba del segundo *six* que había llevado y nos dijo:

—Ahí nos vemos el lunes. A ver si a ustedes sí les aprovecha. Y se salió dando un portazo.

Pablo y yo nos preguntamos primero con la mirada qué había pasado, pero luego él lo dijo en voz alta:

—¿Qué habrá pasado?

Le dije que iba a averiguar, y que si ya se había aburrido de la música buscara algo en el iPod de Regina.

—También tiene jueguitos el iPod —agregué, porque me sonaba a que la bronca había estado cañona y quizá me tomaría un poco de tiempo hablar con mi amiga.

Regina no estaba en su cama llorando como había temido encontrarla: estaba echada en el sillón del cuarto de la tele, no con un gesto furibundo sino más bien de infinita flojera.

—¿Qué pasó?

—Pues nada, nos salió horrible el Plan, ¿no?

—Bueno, a mí todavía no me sale y Pablo ahí está, apenas le había dado un microbeso cuando bajó este güey todo engorilado. ¿Pues qué pasó?

—No sé. No sé —repitió con un gesto de asco—. Olía a ajo, y a cerveza, y se vio súper avorazado, luego, luego se me echó encima, nada romántico. No sé. ¡Yagh! Qué bueno que se fue.

—Güey, pero no fue su culpa lo del ajo, la pizza tenía, y la cerveza, pues bueno, tú no tomaste cerveza, pero cuando una también la toma no huele tan mal...

En ese momento recapitulé mentalmente la cena y supe que Regina no había comido pizza, porque en ese caso el aliento de ajo de Manolo se hubiera perdido en el suyo propio. Pero no era momento de cambiar a ese tema.

—Se me fue encima como salvaje —dijo.

—¡Pues de eso se trataba el Plan, no? ¡Es más, pensábamos que igual nosotras nos les teníamos que ir encima como salvajes a ellos!

—No, pues no. No así.

—¿Entonces cómo? —pregunté, y tal vez no pude ocultar que estaba entre decepcionada y enojada.

—¡Pues no sé! —también ella levantó un poco la voz—. Pero mi cuerpo es mío, ¿ok? Nada más.

Ahí sí ya no hallé qué rebatir. Ella suspiró para calmarse y cambió de tema. Me preguntó que cómo veía a Pablo y le tuve que decir que todo seguía muy al aire y que aún

no sabía si le gustaba o no, que el beso había estado equis, que tocaban el timbre y que lo más seguro era que ya hubieran llegado por él.

Bajé a despedirlo, ya sin una remota esperanza de nada. Él se había puesto el suéter y estaba muy listo para irse.

—¿Qué pasó?

—Ay, pues ya sabes, no se entendieron.

Pablo levantó los hombros con cara de "Qué pena". No sabía que en ese momento, en mi mente, yo hacía justo el mismo ademán para opinar de mis resultados con él. Pero mientras caminábamos por el estacionamiento hacia la puerta me agarró la mano. Fue nada más por espacio de unos doce metros, que me parecieron muy suficientes. Ya en la puerta me abrazó y me dio otro beso en la boca. Cero atascado, igualito al que yo le había dado un rato antes.

Cuando volví al cuarto de Regina, ella ya estaba en pijama y había apagado la lamparita de su lado.

—¿Te besó bien? —me preguntó ya amodorrada.

—Nah, tienes razón, qué fraude el Plan.

A esas alturas yo ya no lo pensaba así pero, como de costumbre, respeto el mandamiento número uno de la mejor amiga: hay que ser solidaria. Si ella no quiso que pasara nada con Manolo, pues muy su cuerpo, y yo tengo la filosofía de que cada quien. Lo que me pareció raro y sí me hizo enojar fue que hubiéramos hecho tanto trámite para que al final se echara para atrás. Pero lo de la mano y el besito me puso de buenas y subí contenta. Me hubiera encantado contarle a Regina no tanto lo que acababa de suceder (a fin de cuentas no era más que un beso simplón), sino cómo me sentía en ese momento. Pensé mucho en su extraña reacción, y no concluí gran cosa. Es cierto que no es agradable besuquearse (o lo que le siga) con un sujeto que apesta a ajo, pero no es como para arruinar un plan tan largamente platicado. Sentí que Regina me estaba ocultando algo. Algo de dentro. Pensé también si esto no sería consecuen-

cia de lo que pasó en Puerto Vallarta. Ella nunca demostró estar muy traumatada, pero quizá es de esas cosas que se entierran muy profundo y explotan años después. Pensé mucho rato y de la decepción-enojo pasé a la preocupación. Pero mientras me lavaba los dientes, sin darme cuenta, mi mente regresó a la felicidad que estaba debajo de todos esos pensamientos. Así que me puse la pijama y me dormí con una sonrisa silenciosa.

Nueve

Mediados de diciembre, 2006

Por fin salimos de vacaciones. Y yo también tomo unas muy merecidas lejos del demonio de Tasmania. La última semana le dio gripa a Joey y se la pasó muy mal. Los dos, en realidad. Cuando se le empezó a quitar, la que se la pasó peor fui yo, porque su entretenimiento favorito consistía en sacarse los mocos —secuelas espantosas de su enfermedad—, y perseguirme para embarrármelos en los pantalones.

Me quejo un buen, pero la verdad es que me he encariñado mucho con él y creo que lo voy a extrañar.

Desde el fallido Plan, Regina y yo prácticamente no nos vimos más que en la escuela. Por un lado era lógico, nos tocaron exámenes semestrales —en los cuales, por primera vez en nuestras vidas, me fue un poco mejor que a ella—, y además yo seguí trabajando en la casa Hamilton hasta que regresaron a Estados Unidos para pasar las fiestas. Regina no me ha invitado a su casa, como ha ocurrido en otros años. El pasado mi mamá se fue a Veracruz con mi hermana, Mauricio y la mamá y la hermana de él (y seguramente el perico) en un viaje estilo familia Burrón, que a mí no se me antojó para nada y me quedé. Evidentemente ya no estoy en edad de que me manden una niñera ni nada, pero más por cuestión de entretenimiento que de seguridad, me

mudé todos esos días a casa de Regina. Y nos la pasamos de lo mejor, como siempre.

Ahora las vacaciones han estado descansadas, pero también algo aburridas. Pablo entró a trabajar en una tienda de juguetes; como necesita ahorrar muchísimo para la graduación, tomó dos turnos, así que no nos hemos visto. Y no sé si Regina se enojó conmigo por algo, pero me contesta muy cortante, no quiere hacer nada. Dice que tiene que estudiar porque salió muy mal en los semestrales. Salió muy mal es un decir, pero es cierto que sus calificaciones suelen ser mejores.

Hasta Ixtapan de la Sal aún parecía que teníamos Regina y yo esa habilidad de pasárnosla superbién juntas sin importar lo que estuviéramos haciendo. Lo peor de todo es que, como no sé qué le picó, no sé qué hacer para que me vuelva a hablar normal de nuevo. Juro que si supiera que la regué en algo le pediría una o miles de disculpas, dependiendo de la gravedad del asunto, pero la verdad es que no tengo idea. A la mañana siguiente del Plan (según yo fue entonces cuando empezó a distanciarse) quise comentar sobre el evento en general y me pidió por favor que no volviéramos a hablar de eso, porque había sido una noche muy desagradable. Lo dijo con una cara de asco que, en serio, por algún tiempo me hizo pensar que Manolo le había hecho algo feo, o le había propuesto una onda perversa, no sé. Le encargué a Pablo que averiguara. Un rato después volvió con el informe.

—No, dice que no le hizo nada feo ni propuestas de sexo salvaje ni nada, que más bien sospecha que está loca, que primero lo invita como para un revolcón y luego no lo deja llegar ni a primera y lo corre con un megadrama. —Lo miré esperando el resto del informe—. Y ya.

—¿Cómo que “y ya”? ¿No te contó detalles? ¿No le preguntaste cómo estuvo?

—Pues no, cómo crees. Digo, si Regina no te contó a ti,

que eres su mejor amiga, Manolo menos me va a contar a mí, si apenas acaba de superar su antipatía conmigo.

Esa respuesta de Pablo me hizo pensar mucho y sentíme muy triste. Es verdad, Regina es mi mejor amiga, pero además con una antigüedad que pocas mejores amigas tienen. Al menos de las que conocemos. Pensé, pues, que no me contaba no porque hubiera sido algo horrible o muy vergonzoso, sino porque ya no me consideraba su mejor amiga, y lo peor: por una razón que yo no conocía. Me apañiqué, la verdad, y por supuesto que fui a su casa para que platicáramos. Fue también muy raro, me juró y recontrajuro que no pasaba nada, sólo que estaba preocupada por la escuela y que se sentía un poco presionada por el examen de admisión a la universidad.

Lo que pasa es que su papá quiere que entre a la universidad luego-luego al terminar la prepa, así que tiene que hacer el examen como por abril, para empezar clases en agosto. A mí me parece una prisa innecesaria, pero también es cierto que ella tiene planes para su futuro que yo aún no he hecho. Y que quizá debería ponerme a hacer en estas vacaciones, porque el futuro se acerca a pasos agigantados.

Aun así, Regina está muy rara. Tanto que me cuesta reconocer en ella a mi amiga de siempre. Por un lado, físicamente está distinta, claro, con sus mil kilos menos. También he llegado a pensar que a lo mejor me desprecia un poco por no haber seguido con la dieta que ella acabó tomando tan en serio. Y que como ahora es flaca se siente, digamos, en un nivel superior al mío. No lo sé. Yo no le he contado mucho de Pablo, porque otra de nuestras consignas de toda la vida ha sido tener novios al mismo tiempo, y si no son amigos de antes, procurar que se hagan. También por eso hemos sido tan poco novieras; de por sí el asunto nunca ha estado simple, con tantas exigencias menos. Pero a lo que voy es que antes la prioridad para las dos —dicha

en una lista o no— era nuestra amistad, por encima de un par de güeyes, por encima de las broncas de la escuela y a fin de cuentas por encima de todo lo demás. Por eso me cuesta trabajo pensar que ahora una tonta dieta y una especie de novio (porque creo que Pablo aún no puede calificar exactamente como eso) nos puedan distanciar. Espero que no. Mejor voy a pensar cómo le hago para resolver esto en las vacaciones. Total, ya tendré tiempo para pensar en el futuro.

Diciembre 2006, antes de las fiestas

Me siento de nuevo como si estuviéramos en primaria. Eso de estar armando estrategias para estar cerca de mi mejor amiga me parece muy raro, es como cuando una trata de ligarse a alguien que no la pela mucho. Y sentir que tienes que pedir disculpas sin saber exactamente por qué resulta muy difícil. La cosa es que aunque ella no parece tener muchas ganas, yo me le he pegado como lapa. Número uno, porque al menos las últimas ocho vacaciones de Navidad las hemos pasado juntas o semijuntas. Y número dos, porque creo que aunque la impresión que da es de rechazo y de que le doy una hueva infinita, Regina en el fondo necesita tenerme cerca. Igual de cerca que como hemos estado toda la vida.

Y justamente estas vacaciones me sirvieron para darme cuenta de que, en efecto, así es. Hay algo que no está bien. No es normal que le llame para ir al cine o salir a cualquier lado en vacaciones y me diga que tiene que estudiar y ponga mil pretextos. Lo más raro es que eso le pasa ahora que tiene un cuerpazo. Es como para que fuera la más feliz del territorio nacional, pero no lo es. Ya cuando logro convencerla y salimos no parece pasársela tan mal, pero sé que algo la tiene descontenta. Y puedo apostar que es la maldita

dieta. A estas alturas hace un buen que debe de haber alcanzado el peso que quería, y el otro día cuando le pregunté me dijo que por supuesto ya no está a dieta. Que lo que pasa es que ahora tiene una forma de vida distinta. Ok, y si no está a dieta, yo me pregunto por qué antes de salir de vacaciones lo único que se comía en los descansos era un chicle sin azúcar, un pepino o una galleta de fibra de las chicas. Rarísimo. Después de haber tenido tan buen diente como yo. Digo, las tardes que nos pasábamos en su casa éramos capaces de comer una cantidad increíble de comida chatarra. Y de comida no chatarra también: comíamos muchos mangos y cereal. Y por supuesto, nuestros platillos favoritos eran las hamburguesas, la pizza, los hot dogs... En fin, lo primero que prohíben cuando uno se pone a dieta. Bueno, eso de los chicles de lonch y los pedazos de galleta parecen de dieta, ¿por qué Regina me dice entonces que ya no la está siguiendo? Misterio. Pero no hay mejor época para darse cuenta de cómo andan los hábitos alimenticios de las personas que las fiestas de diciembre. A mí se me deschonga el hambre y como muchísimo. Engordó, sí, pero en enero como yogurt y ensaladas y en febrero estoy lista de nuevo para pasarme el resto del año con un peso razonable.

El año pasado compramos una lata enorme de palomitas, almendras y nueces acarameladas. Muy navideña la mezcla, y buenísima. En una tarde nos la empacamos completita viendo películas. Acabamos muy empalagadas y ya no compramos otra para ese año, pero ahora volví a ir al mismo súper donde la encontramos y sí había. Compré una exactamente igual a la del año pasado. Hasta con el mismo dibujo de monos de nieve. Después renté dos películas y me fui a casa de Regina.

—¡Tarán! —le enseñé el bote navideño y las películas.

—Órale, conseguiste de esas palomitas —me dijo sonriendo.

Pusimos la primera película y yo empecé con las palomitas. Es que, en verdad, son de esas cosas que puede uno pasarse horas comiendo. Sobre todo si es para acompañar una película interesante. Regina se comió solamente dos o tres puñitos.

—Te veo lenta —le dije—. ¿No que ya no estabas a dieta?

—Ya no estoy. Pero comprenderás que no me puedo atascar de esto como hicimos el año pasado. Me gusta cómo me siento ahora.

—Ah, bueno. Más para mí.

Ésas son las cosas que me confunden. Sí, qué bueno que haya decidido volverse flaca y tener todos los músculos en su lugar. Pero por otro lado, la Regina-flaca resulta mucho menos simpática que la Regina-normal-medio-llenita. No es que yo considere un síntoma de simpatía el atascarse de palomitas acarameladas, pero en general la esbeltez la ha vuelto más seria. Dejamos, por ejemplo, de hablar de sexo. No es que fuéramos expertas, ni que el sexo representara un gran porcentaje de nuestras conversaciones, pero sí pasábamos horas muy divertidas hablando de tipos, haciendo el Plan maquiavélico que al final resultó fallido, o viendo muestras gratis de porno en internet. No tanto a partir de la dieta, sino de su pelea con Manolo, a Regina ya no le gusta hablar de tipos ni de nada que tenga que ver con ellos. De Pablo puedo contarle las cosas que hablamos o si vamos al cine, pero nada más llega el tema del acercamiento físico y me lo cambia por otro. Tampoco es que haya mucho tema por ahí, porque Pablo y yo no hemos avanzado gran cosa.

El otro día Regina y yo tuvimos una discusión. Empezamos a hablar sobre los hijos (un asunto que hace mucho no tocábamos) y ella se puso medio sangrona. Todo empezó porque le dije que extrañaba a Joey. Le conté sus últimos numeritos de los mocos y le dio muchísimo asco. Me dijo que Joey era un niño sucio y fastidioso como todos. Ella

nunca ha sido muy del perfil de futura mamá, pero siempre lo expresaba con más simpatía que ahora. Una vez, cuando estábamos hablando con la maestra de un taller de formación que tuvimos en cuarto de prepa y nos preguntó al respecto, Regina dijo muy tajante que no pensaba tener hijos. La maestra pareció muy sorprendida.

—Es una respuesta extraña para una chica de tu edad —le dijo—. ¿Y por qué no quieres tener hijos?

—Porque en mi vida anterior tuve tres y al de en medio casi lo estrangulo —le contestó con una seriedad que yo no pude menos que soltar la carcajada. La maestra se molestó y nos sugirió que nos cambiáramos de taller.

Bueno, pues ahora estábamos hablando de lo mismo y le pregunté si seguía con su idea de no tener hijos nunca. Fue una pregunta idiota, ya lo sé, era nada más por hacer conversación, pues no existe razón alguna para pensar que ha cambiado de opinión. Claro que me volvió a decir que no.

—¿Has visto cómo les queda la panza a las mujeres después de un embarazo? Si bien te va, nada más te queda gorda y aguada, pero si no, también se te llena de estrías.

—Sí, ya sé —le dije, aunque mi experiencia con panzas de ex embarazadas es más bien poca—. Pero yo sí sigo con la idea de tener uno o dos.

—¿Cómo vas a hacerte cargo de un hijo si no pudiste ni con un cactus?

Golpe bajo lo del cactus. Hace años, con el cuento de nuestra lista de cosas que debíamos hacer antes de morir, un día la mamá de Regina fue a Xochimilco y nos compró a las dos unàs macetitas con plantas. La mía era un cactus y la de ella era una plantita de chiles. Me llevé el cactus a mi casa y lo puse en la cornisa de mi ventana, que es de los pocos lugares en los que pega el sol en el departamento. En las instrucciones decía muy claro que había que ponerlo al sol. Decía también que había que regarlo cada semana, y no es que pasara por alto la instrucción,

sino que ese lugar estaba muy soleado pero no muy a la vista, y no sólo olvidé la instrucción, sino el cactus entero, y al mes, cuando Regina me notificó del nacimiento de un nuevo chilito (con un entusiasmo que parecía que ella misma lo había parido), me asomé y el pobre cactus era ya un cadáver.

Pudo haber sido muy dramática la muerte del cactus, ok, pero ya pasó hace mucho, y que me lo viniera a recordar ahora con esa actitud me molestó un poco, la verdad. Porque a ella le duró un poco más su planta y en efecto tuvo varios descendientes —que como eran de ornato no servían ni para una salsa—, pero se acabó muriendo también. Además me pareció una respuesta sarcástica, y últimamente, no sé por qué, no le sale hacerse la chistosa. Y bueno, ella está rara y yo también tengo derecho a ponerme susceptible, así es que le dije que ahí moría la conversación y me regresé a mi casa.

Un rato después volví a llamarle, porque mi mamá me notificó que la familia de Mauricio, que ha resultado pachanguera e invitadora, nos invitó de nuevo a pasar el Año Nuevo a Veracruz. A mí, para que fuera, tendrían que narcotizarme y tal vez amarrarme al asiento del autobús.

—¿Y vas a ir? —me preguntó Regina.

—Híjole, pues no sé. Muchas ganas no tengo, la verdad.

—No, yo tampoco tendría.

—Pero pues qué quieres que haga.

Silencio de su parte. Yo honestamente estaba empezando a molestarme bastante. Digo, es mi mejor amiga y todo, y le tengo la suficiente confianza para autoinvitarme a su casa y a sus eventos, pero ahora, por como está la situación, esperaba que ella me lo dijera. No me lo decía y el silencio se estaba poniendo insoportable, así que fui yo quien tuvo que decir:

—Me puedo quedar contigo, ¿no? Como el año pasado.

El silencio que siguió me hizo desear tener a Regina ahí

enfrente de mí para golpearle la cabeza con la bocina del teléfono.

—Bueno, va.

“¡Vaya!”, pensé.

Así que me voy tres días a su casa. Normalmente estaría brincando de emoción, pero ahora no. La actitud de Regina me hizo considerar (por una milésima de segundo nada más) el plan familia Burrón de mi propia familia.

Me consuela pensar que es una fase. Somos adolescentes, pasamos por fases exóticas en nuestra vida, y éstas, tarde o temprano, se quitan. Así que yo voy a seguir haciendo como si no pasara nada y que nuestra amistad siga normal, esperando con paciencia a que a mi amiga querida supere ésta, que me ha resultado muy estresante.

Recién empezado el 2007

Un año nuevo debería servir para dejar atrás lo anterior y comenzar de cero. Todos los años Regina y yo hacemos propósitos, los escribimos en un papelito que se queda su-perguardado, y al año siguiente lo sacamos para calificar-nos y hacer unos nuevos.

Nunca ha sido fácil hacer diez propósitos, pero esco-gimos ese número porque es más sencillo calificar sobre diez. Este año Regina no se veía muy entusiasmada; inclu-so dijo que había buscado el papelito del año pasado y no lo encontró. No le creí, ni que viviera en un castillo medie-val con muchos escondites. No sé por qué no quiso hacer-los, pero también me pareció un poco ridículo insistirle o forzarla, porque no se trata de eso.

Desde que llegué a su casa con mi maletita supe que las cosas ya no serían igual que antes. ¡Me preparó el cuarto de la tele para dormir! Dijo que ahora que tenía cama ma-trimonia! no le gustaba dormir con gente porque "hay quienes patean mucho". Como si su repertorio de acom-pañantes para dormir fuera muy amplio. Y, que yo sepa, no pateo para nada. Ni ronco. Sí babeo un poco las almo-hadas, pero eso me ha pasado siempre y, total, se quita la funda y se echa a lavar. Bueno, me indigné un poco pero

traté de disimularlo y también de que genuinamente se me resbalara. Quizá no era para tanto, pero sentí que eso que estaba haciendo Regina era como una forma más de sepa-rarme de su vida.

Además, me recibió como si fuera dueña de hotel y me dejó sola en el cuarto de la tele para que me acomodara. En cuanto me senté en el sofá cama (que, eso sí, estaba arregla-do muy bien, con un edredón de plumas y toda la cosa) me puse a llorar. Al rato regresó Regina, me encontró con ojos de sapo y me dio un montón de explicaciones. Que la que pateaba era ella, que en este momento de su vida prefería las cosas así pero eso no significaba que me quisiera menos o que fuéramos menos amigas, que todo estaría igual que antes en su casa —todo menos la modalidad del hospeda-je— y que nos la pasaríamos tan bien como siempre.

Más o menos. La verdad es que ese ánimo que tuvo las últimas semanas del año se le medio quitó, y sí quiso ir al cine y al centro comercial; además fuimos con su mamá a ver telas para el vestido de graduación. Me daba un poco de flojera ir con ellas, porque ni llevaba dinero ni tengo pensado aún cuál va a ser el modelo de mi vestido, pero igual me pareció que ya era hora de ir dándome una idea.

En el camino Regina venía enseñándole a su mamá una revista donde salían muchas fotos de la chava de la pelícu-la aquella que vimos con el vestido verde.

—Ahora sí —dijo la mamá con mucho entusiasmo—. Y eso porque has sido disciplinada con tu dieta, si no, ima-gínate con el cuerpo que tenías antes cómo se te vería un vestido como éste.

Regina, obviamente, estaba muy contenta. Yo preferí no participar en la conversación, porque hoy en día, si alguien en este mundo se vería muy mal en un vestido como ése soy yo.

Acabaron comprando una tela muy parecida a la del ves-tido verde, y la mamá de Regina, medio en serio y medio

en broma, le dijo que esperaba que no volviera a engordar, porque si no, no le alcanzaría con los metros que habían comprado. Regina le aseguró que eso no sucedería.

La noche de Año Nuevo sí estuvo divertida; al menos al principio. Regina tampoco tiene una familia muy grande, pero tiene tíos y primos que son buena onda, y sus papás son chistosos, sobre todo ya cuando se ponen hasta atrás, cosa que normalmente hacen en todas las fiestas, en especial la de Año Nuevo. La mesa de los chicos acabó en el jardín, porque dos primos de Regina fuman y sus papás lo tienen prohibido dentro de la casa. También medio agarramos la jarra. No mucho, porque está chafa evidenciarse con los padres, y más con los ajenos. Jugamos dominó cubano un rato hasta que nos hartamos y nos pusimos a platicar más bien en grupitos. De pronto sonó el celular de Regina con un mensajito. El tono que trae no es nada discreto, así es que todos los presentes la vimos leerlo y poner cara de "Qué hueva".

—Manolo —me dijo, agitando el celular. Los primos le empezaron a hacer la típica burla, pero yo me acerqué y le pregunté con mucha insistencia—. Me ha mandado un chorro de mensajitos todas las vacaciones.

—¿Yyyyy?

—Y nada. Ya no me interesa, en serio. Desde esa vez.

No era momento para ponernos a discutir la ineficacia del Plan ahí con todos sus parientes, pero eso siempre se me hizo rarísimo. Y ahora resulta que el de la insistencia es él. Esa parte sí me parece más normal; todo el mundo sabe que basta con que a uno lo bateen para que se interese más. Lo sorprendente es que fuera ella quien lo bateara por un tonto aliento de ajo, después de haberle derramado tanta baba durante tanto tiempo.

Ya más hacia la madrugada, de pronto se me acercó Pilar, una prima de Regina que es más grande que nosotras; no es su prima-prima, es más bien de esos parientes

que se adoptan por amistad. La mamá de ella es la supe-ramiga de toda la vida de la mamá de Regina. Me hizo muchas preguntas sobre Regina, y al principio me sacó un poco de onda, pero no tardé en darme cuenta de por dónde iba la cosa.

—Me preocupa —me dijo—, no es normal que haya bajado de peso de esa manera.

—Sí es normal —le dije yo—. Lleva un buen de tiempo con la dieta, y ahora sí se la ha tomado muy en serio, no sólo dejar de comer sino hacer ejercicio. Lo normal es que haya bajado.

Me dijo que quizá como yo la veía diario no notaba el cambio que había tenido, pero la última vez que ella la vio fue el Año Nuevo anterior, y ahora se había impresionado muchísimo. Y eso que Regina llevaba una falda aguada y un suéter de cuello de tortuga muy grueso.

—¿No se te hace que es demasiado? ¿Cuánto pesa ahora?

—No sé —le dije, y era verdad—. Hace tiempo que no le pregunto.

—Una cosa es bajar de peso y otra convertirte en un esqueleto forrado. Además, si nada más te pones a dieta, haces excepciones en fechas como ésta, a poco no. ¿Y no viste lo que hizo Regina con la cena?

—No —le confesé. La verdad es que me estuve concentrando mucho en la mía; las cenas de Año Nuevo en casa de Regina son siempre muy, pero muy buenas.

—Se sirvió una nada de pierna, la hizo cachitos y la escondió debajo de la ensalada. Se comió tres hojas de lechuga y se levantó a dejar el plato a la cocina.

—Pues no sé, a lo mejor comió algo en la tarde —le dije, aunque yo había estado con ella y sabía que no era cierto.

—Yo he visto en la universidad a muchas que hacen esa clase de dietas, y se puede convertir en algo muy peligroso. En serio.

Me empecé a sentir un poco incómoda. Muy incómoda.

—¿Y por qué me dices esto a mí? ¿No deberías hablar más bien con ella?

—Tú eres su mejor amiga; te quiere más que a cualquiera de su familia y lo sabes. Yo la veo nada más dos o tres veces al año, y sí podría decirle, pero no me va a hacer caso. Podría hablar con sus papás, pero a mi tía Rocío ya ves que de pronto se le van las cabras también, y te habrás dado cuenta de lo orgullosa que se siente de que Regina esté flaca.

Eso era cierto. La mamá de Regina, además de la vez que fuimos por la tela, lo mencionó en la cena.

Tan contenta que estaba yo y con esa conversación hasta se me bajó la semijarra que tenía. La verdad es que me hubiera gustado contarle a Pilar muchas de las cosas que venía notando desde hacía tiempo y que no parecían muy normales, pero no lo hice. Sentí que era una especie de traición con Regina. Le prometí que la vigilaría, y que si seguía bajando de peso o se ponía más rara le llamaría.

Regina sí siguió con su jarra estable y divertida, pero yo no la alcancé hasta que se fueron todos, casi a las cuatro de la mañana. Sus papás se subieron a dormir y le dije a Regina que podíamos aprovechar para hacer los nuevos propósitos aunque no encontrara los viejos. Me dijo que no, que mejor había que platicarlos, que no tenía ganas de escribir. Nos servimos otro *drink*, yo una cerveza y ella su clásico whisky de dieta, y nos pusimos a platicar.

No sólo a ella le costó trabajo pensar en un propósito; yo le di vueltas por un ratote a mi año recién comenzado y se me ocurrieron solamente dos cosas: terminar la prepa sin quedar a deber ninguna materia y hacerla bien con Pablo.

—¡Pablo es una botarga! —me dijo Regina en tono de burla-borrachera-divertida.

—Sí, pero sólo por las vacaciones. Y no le pagan mal.

Desde que le dije a Regina que el trabajo de Pablo con-

sistía en ser una botarga de Barney con gorro de Santa Clos en los supermercados de la zona, le pareció un trabajo muy divertido. Pero divertido rasposón, por supuesto. No me lo tomo a mal porque en casa de Regina siempre han sido muy fresas y esa clase de trabajos no son bien vistos. Por sus papás, sobre todo, pero me queda claro que viviendo con dos que tienen esa filosofía, algo acaba pegándose a fuerzas. Y, digo, tampoco es que yo esté orgullosa de que mi presunto novio sea Barney/Santa Clos; de hecho es algo que he manejado con mucha discreción (y él también), pero es un trabajo digno (bueno, más o menos), y sobre todo, el único que encontré.

Regina siguió pensando en sus propósitos, y algo me hizo sospechar que sí los estaba haciendo, pero sólo en su cabeza, y que no estaba segura de querer decírmelos. Aunque a fin de cuentas sí lo hizo. Después de un largo rato, me dijo:

—Lo que me ha hecho más feliz es haber podido adelgazar y estar como estoy ahora. Ése es mi propósito, seguir así.

Pensé en lo raro que sonaba eso. Porque, justo desde que adelgazó, parece menos feliz de lo que ha sido toda la vida.

—¿Y ya? —pregunté, y traté de recordarle los propósitos que había hecho el año pasado—. ¿Y la universidad? ¿Y encontrarte un güey que te guste aunque no sea Manolo? ¿Y aprender italiano?

—Sí, puede ser. Todo eso está bien. Pero es secundario; si estoy delgada, todos mis propósitos se cumplirán. Y, además, ¿tú qué hablas, si apenas se te ocurrieron tristes dos, y uno de ellos es una botarga?

Regina se rió mucho y como de costumbre acabó contagiándome la risa. Nos reímos tanto que casi se me olvidó la preocupación que me había dejado mi corta plática con Pilar. Casi. No pude olvidarla por completo, pues tenía que

ver con el único y más importante propósito que Regina había hecho.

Al día siguiente el papá de Regina se levantó a preparar el desayuno. Yo, a pesar de que había cenado muy bien, me moría de hambre. Eran casi las doce del día. Regina y yo bajamos en bata. El papá estaba muy cantarín y de buenas; había hecho huevos con mole. Típico también de casa de Regina, los huevos con mole del día primero, hechos por el papá. De pronto me dio cierta tristeza por no tener ese tipo de tradiciones en mi casa.

—Yo no quiero huevos, pa, muchas gracias —dijo Regina, y fue al refrigerador a buscar fruta. El papá insistió mucho, dijo que era la tradición, que cómo la iba a romper.

—Mejor que rompa la tradición que la dieta —opinó la mamá.

Desde que Regina está en esas ondas, a mí me hace sentir muy mal. Y no es que ahora coma como cerdo (bueno, salvo en algunas ocasiones excepcionales), pero me daba como penita comer los huevos con mole. No fue tan difícil a fin de cuentas, porque el papá de Regina le dijo que si ella no los quería, la invitada de honor (o sea yo) no podía rechazarlos, así que sin preguntarme me los sirvió y me los comí.

—El mole está buenísimo, señor —le dije, y luego a Regina—: deberías probar uno.

—No, los huevos ya de plano los eliminé de mi dieta —me respondió—, y yo no sé por qué tú no, si tú fuiste la que un día dijo lo asqueroso que resultaba un huevo si te ponías a pensar en lo que era.

Es cierto que dije eso; una tarde de ociosidad me puse a pensar en los huevos y en que todos eran posibles pollitos y me pareció que comérselos era un tanto siniestro. Pero a fin de cuentas, si uno se pusiera a pensar de dónde

viene todo lo que se come, no comería más que manzanas y esas cosas. Así que está bien hacer esas reflexiones, pero luego conviene olvidarlas y seguir comiendo lo que a uno le gusta.

Regina se comió sus tres pedazos de melón (sí, estoy de cuentachiles, ni hablar, culpa de las ideas de Pilar que me echaron a andar) y nos fuimos cada quien a su cuarto. Yo a deshacer el mío, porque esa tarde regresaría mi mamá y habíamos quedado de cenar juntas nada más con Claudia y Mauricio para celebrar el año nuevo en cortito.

Entré en el cuarto de Regina a dejarle un libro que me había prestado y estaba clavada' en su laptop, como casi siempre últimamente. En cuanto entré cerró la computadora. Ésas son las cosas que ahora me molestan y me hacen sentir triste. Nunca, nunca antes, Regina había tenido secretos conmigo. Y esa actitud no podía querer decir otra cosa. Había estado pensando la noche anterior y resolví que lo que nos urgía era tener de nuevo algo en común.

—¿Sabes qué? —le dije—, yo creo que ya es hora de que vuelva a hacer la dieta, porque si no, va a llegar el día de la graduación y no voy a caber en el vestido.

No opinó nada por un momento, pero sí se me quedó viendo directamente a la panza.

—Me puedes pasar tus menús y tips, si tú ya eres experta...

—Si lo haces por mí, no es necesario, ¿eh? —me dijo—. Al principio me hiciste sentir sola en esto, pero ya no importa. Ya conozco a otras personas a quienes sí les interesa.

Otro golpe bajo. Éste sí me dolió, y antes de que se me quebrara la voz alcancé a decirle que no era por eso, que sí creía que yo necesitaba la dieta.

—Hazla, entonces. Pero entiende que lo mío no es dieta. Yo ya vivo distinto.

Terminé de arreglar el cuarto de la tele y no esperé a que mi mamá pasara por mí en la tarde. Me fui caminan-

do a mi casa. Regina no me detuvo, no me pidió que me quedara más tiempo, que hubiera sido lo normal. Lo que siempre fue normal. Pero ella, tal y como lo dijo, ahora vive distinto.

Doce

Mediados de enero, 2007

Hay que decir con toda franqueza que mis propósitos de año nuevo fueron un poco obvios y un poco patito. Y creo que ya estoy en edad de hacerme propósitos más serios.

Así es que el día primero, después de la cena con mi mamá, Claudia y Mauricio (que fue muy aburrida y terminó muy temprano porque, como es natural, el primer día de todos los años la gente está fumigada), me fui a mi recámara y me di un tiempo para reconsiderar un poco lo que había pasado el día anterior. Más bien todo lo que pasó desde que me fui a casa de Regina, y un poco antes, desde que volvimos de Ixtapán de la Sal, y creo que el propósito más importante de este año finalmente me ha quedado claro.

No quiero decir que la escuela no sea importante, sí lo es. Tampoco quiero decir que Pablo y mi extraña relación con él no lo sean. No lo son mucho, eso debió reconocerlo, pero las tres veces que hemos ido al cine y los mails que nos mandamos todos los días creo que me han servido para quererlo. No sé para quererlo como *qué*. De eso no estoy segura.

Pero sé que ahora lo que debe ser más importante para mí es no dejar que la amistad de toda la vida que tengo con

Regina se vaya al diablo por la razón que sea. Por experiencias de otras personas sé que la gente cambia, que pasa el tiempo y los amigos que antes fueron uña y mugre se dejan de ver poco a poco hasta convertirse en extraños. Yo no voy a permitir que eso suceda, porque mucho trabajo me ha costado aguantar a esta babosa por trece años sin interrupción. Me queda claro que nunca, con nadie más, volveré a compartir el asombro por la noticia de la reproducción. Jamás volveré a decirle a nadie (como gran novedad, claro), que no existe Santa Clos. Ya no tendré una primera borrachera, ni un primer beso, ni una primera pelea, ni una mejor amiga que de todos modos no quiero porque tengo a Regina, con la que ya compartí todo eso. Y tampoco es que estos trece años hayan sido pura alegría. ¿Qué tal cuando nos peleamos por Gerardo? Ése era un güerito del salón de algún grado temprano de la primaria. Su cara se ha borrado de mi memoria, pero a las dos nos gustaba y no encontramos mejor modo de dirimir nuestras diferencias que con una pelea a resortazos en el baño. Gerardo no nos pelaba a ninguna de las dos y después de eso nos peló menos.

O qué tal cuando metí una hormiga al horno de microondas y Regina me dejó de hablar hasta que le juré que comprendía el inmenso mal que les había hecho a mi karma y a la hormiga y que no lo volvería a hacer jamás.

Ésas han sido nuestras únicas dos peleas y en realidad no fueron muy graves. Otro punto a mi favor.

No voy a permitir que nada ni nadie venga a arrebatarme eso. Seguramente las que van a su club se han de clavar en esos rollos de las dietas y el ejercicio también. Y ni hablar, el club es un espacio al que no puedo pertenecer. Pero si ahora hay otras fulanas en la vida de Regina que pueden ser sus amigas porque "viven diferente", yo también puedo vivir diferente. Sí, no me gusta ese estilo de vida. No pretendo ser la mejor vestida, ni me importa usar calcetines de Santa Clos en julio o ponerme los mismos

jeans seis días seguidos. Claro que quisiera ser más guapa y estar más buena, pero no me traumo por no serlo; estoy contenta con mis bubis microscópicas y con mi casi-cero espacio para la cintura (porque además ya sé que contra éste no puedo hacer nada). Pero si tengo que ponerme a dieta y a hacer ejercicio para conservar a mi mejor amiga, tampoco me parece algo imposible.

Lo primero que hice fue revisar mis finanzas. No para la dieta, que en todo caso me haría ahorrar, sino para pensar en la posibilidad de entrar en el club. Me di cuenta, por supuesto, de que mi estado financiero es vergonzoso. Digo, no esperaba hacerme millonaria cuidando un chamacito, pero lo que tengo no me alcanza ni para dos mensualidades del club donde está Regina, ya no hablemos de la membresía, que es supercara. Fui a otro, donde no cobran membresía; tampoco hay alberca ni aparatos sofisticados, pero para ése sí que me alcanza con lo que tengo ahorrado. Y hay regaderas y bicicletas estacionarias y clases de aeróbics. Cierto: voy a estar en problemas, porque si dejo el trabajo de niñera para poder ir al gimnasio, no tendré con qué pagarlo. Si no lo dejo, puedo ir al gimnasio de 6 a 7 de la mañana y después irme a la escuela como gente decente (o ir de 6:30 a 7:30 e irme sudada a la escuela); o bien, saliendo de cuidar a Joey, ir al gimnasio de las 7 y media a las 10 de la noche que cierran. Es decir que tengo una amplia gama de opciones que suenan todas difícilísimas de cumplir. Pero se supone que de eso se tratan los propósitos. Y yo fui la primera en criticar que siempre hiciéramos propósitos facilotes. Además, no tengo la menor duda de que este propósito vale el esfuerzo. En un momento de locura pensé en darle otra oportunidad a la venta del brebaje mágico que viene de Hawai, pero creo que tampoco es para tanto.

Porque también está la bronca de la graduación. En cuanto empezaron las clases, el COGE empezó a dar lata con

las malditas cuotas. Se supone que el año pasado teníamos que usarlo para conseguir trabajo, convencer o extorsionar a nuestros padres, vender nuestras colecciones de CD o lo que fuera, y este año empezar a poner el dinero para la graduación. Lo cual me colocó en un gran dilema porque, o aporonto cuotas, o lucho por conservar mi amistad. Pablo me dijo que por la primera no me preocupara, que él como bo-targa había ganado lo suficiente para financiármela. Dijo "financiármela", así que tarde o temprano se la voy a tener que pagar. Es un lindo, de todos modos.

Todas las del salón hablan de sus vestidos menos yo. Por una parte sigo sin tener una idea clara de lo que quiero, y por otra, a estas alturas y como veo la situación, no sé si voy a poder ir. Pero creo que por lo pronto le aceptaré a Pablo que me financie la primera cuota y luego ya veré cómo le hago.

Regina, siguiendo una milenaria tradición, también me dijo que si tengo problemas de dinero ella puede prestarme. Siempre ha sido así, y ahora creo que he acabado por acostumbrarme.

Me acuerdo de un plan muy chistoso que hacíamos cuando éramos muy chicas. No sé si antes o después de establecer nuestras prioridades, pero decíamos que cuando fuéramos viejitas íbamos a ser simpáticas y reventadas. No nos gustaba nada el estereotipo de la abuela que se queda en su casa a tejer y a hacer galletitas. Nosotras íbamos a andar en un coche convertible, jugar póquer, beber cocteles y vestir minifaldas. No hablábamos de las etapas previas a esa divertida vejez, ni sabíamos si tendríamos hijos y nietos que se la pasarían regañándonos por nuestra actitud rebelde. No sabíamos si seríamos viudas o divorciadas o solteras. Lo único seguro era que nos la pasaríamos muy bien y seríamos conocidas por todos como "las viejitas inconvenientes". El tema del dinero no lo incluíamos, pero en mi mente yo tenía clarísimo que quien iba a proveernos

de todo lo que necesitábamos (al menos del convertible, de los cocteles y del dinero para apostar) sería el papá de Regina. No sé si a mis ocho años creía que cuando tuviéramos ochenta el señor iba a andar todavía por el mundo para patrocinar nuestras necedades o si de plano lo había considerado por la vía de la herencia.

Hoy en día creo que en esta vida Regina (bueno, su papá) ya me ha invitado demasiadas cosas. Pero como estoy en una situación emergente —otra milenaria tradición—, si me ofrece pagar una o dos cuotas no voy a tener más remedio que decirle que sí.

Principios de febrero, 2007

Si hubiera un concurso de perseverancia, paciencia y resistencia, en este momento de mi vida tendría muy buenas posibilidades de ganarlo. Me inscribí al mugroso gimnasio, que, en efecto, está muy barato y no cobra membresía, pero está así como digo: mugroso. Sin embargo también ofrece servicio de nutriólogo, muy oportuno para alguien que quiere ponerse a dieta y tiene amenaza de gastritis. La nutrióloga se llama Mary y es una monada, eso sí. No sé exactamente qué facha deba tener un nutriólogo, pero ella se ve muy bien nutrida. Me diseñó un extraño plan semanal, porque en lugar de reducir comidas, las aumentamos; en lugar de tres, hago cinco al día; dos son "colaciones" (lo cual por otra parte tampoco va a ayudar a mis finanzas). Le aclaré que mi intención al ponerme a dieta es bajar de peso. Ella se rió mucho y me dijo que si hacía ejercicio y seguía su plan tal y como me lo había puesto, me iba a sorprender con los resultados.

Decidí que lo mejor para mí sería ir al gimnasio en las noches. Los primeros dos días, por consejo de mi mamá, intenté levantarme a las cinco de la mañana. Al tercer día aventé el despertador por la ventana y comprendí que ese horario no es conveniente para mí.

No le conté a Regina que estaba yendo al gimnasio; mi plan era sorprenderla para cuando fuéramos con su anciano modisto a que nos tomara medidas. Mi hermana, muy buena onda, me regaló la tela del vestido. Iba a ser un poco vergonzoso para mí después de eso tener decirle que no tenía pensado invitarlos a ella y a Mauricio, pero aparentemente la vida en pareja le ha resultado muy iluminadora y ya lo sabía. Me dijo que no me preocupara, y que si tenían ganas de ir, ellos comprarían sus boletos.

Regina me ayudó a escoger el modelo del vestido y me dijo que la operación era al revés, que primero había que hacer eso y después comprar la tela. Pero Claudia quiso darme una sorpresa y ni modo de ir a devolverla. Nos pasamos un sábado viendo revistas hasta que encontramos un modelo padre. También, como el de ella, muy descubierto. Suerte que la graduación va a ser en época de mucho calor.

Le había dicho a Regina que me diera chance un par de semanas para ir con el modisto. Según yo para meditar y estar completamente segura de que ése es el modelo que quiero. Ella pensó que quería tiempo para poder ahorrar un poco más, y me dijo que no me preocupara, que el viejito modisto es amigo de la familia de toda la vida y que les cobra baratísimo, que con lo que se paga un vestido con un modisto cualquiera se pagan dos con él, así que el pago de nuestros vestidos era como una oferta al dos por uno, y ese uno ya lo iba a pagar su papá.

He llegado ya al punto de la resignación, y pienso que si algún día soy rica y exitosa (cuando finalmente decida qué es lo que quiero hacer con mi vida) le voy a hacer un regalo muy bueno al papá de Regina. Un licor de esos carísimos, unos puros o qué se yo. No sé si ese momento de éxito y fortuna llegará a mi vida, pero por lo pronto ese pensamiento me deja muy reconfortada.

Sin embargo, no necesitaba esas semanas para ahorrar (de hecho mi estilo de vida actual no me deja ni medio

margen para eso); las necesitaba para que mi dieta empezara a surtir efecto y demostrarle a mi amiga que yo también puedo vivir distinto.

Ha sido muy difícil, eso sí. Estudio y hago las tareas los días que salimos temprano de clases, y los fines de semana soy una nulidad. No me dan ganas más que de estar echada leyendo o viendo tele, en mi casa o en casa de Regina. No le había dicho nada de mi dieta, pero no podía evitar comparar la mía con la que llevaba ella, de raciones tan pequeñas, de brincar de plano el desayuno y ni hablar de una "colación" que no fuera un chicle. Tampoco había olvidado lo que me dijo Pilar la noche de Año Nuevo. Pero no había estado tan preocupada porque su mamá la apoyaba. Según yo, si su mamá pensara que la dieta podía poner a Regina en peligro, no le permitiría seguirla haciendo.

Eso pensé hasta el día que finalmente fuimos con el modisto. Yo no había bajado tanto como la nutrióloga prometió, aunque sí empecé a notar algunos cambios, sobre todo en la cintura; eso gracias también a las abdominales, que sigo odiando (ahora odio también unos ejercicios para las pantorrillas que duelen como el demonio), pero hay que admitir que si una las hace como se debe, sirven.

Bueno, pues ahí vamos al modisto, yo no muy contenta, porque mis progresos no eran suficientes como para darle a mi amiga una sorpresa.

Pero ella sí que me la dio. Hacía mucho tiempo que no se cambiaba frente a mí; creo que desde el viaje a Ixtapan de la Sal.

El modisto, que tiene como ciento veinte años y un marcado parecido con Gepeto, en verdad parece ser muy amigo de la familia. Saludó a Regina con un gusto como si fuera su nieta o algo así, le dio un beso en cada mejilla y a mí me dio la mano.

Regina le pidió a Gepeto que me midiera primero. Así es que me quitó el suéter y me midió. Opinó que el modelo

de mi vestido era muy bonito y que me quedaría muy bien. Regina se puso a hojear la revista donde vienen las fotos del vestido verde.

—He bajado un poco, ¿ves? —le dije. Ella levantó los ojos de la revista por un segundo y comentó:

—¿Ah, sí? No se te nota mucho.

Gepeto terminó de tomar las medidas que necesitaba y tocó el turno a Regina. Él le dijo que sus pants estaban muy aguados, que se tenía que quitar por lo menos la sudadera para que le tomara las medidas, porque el vestido verde va pegadito de arriba y hasta debajo de las caderas empieza a ampliarse.

Cuando Regina se quedó en corpiño me sorprendí al ver su cuerpo. Parecía el de otra persona.

—Óyeme, muchachita, estás muy flaca, ¿has estado enferma? —le preguntó Gepeto.

—No, sólo he bajado un poco de peso —le dijo ella—. Es que un vestido como éste no puede verse bien en una gorda.

Gepeto la miraba con sorpresa y desaprobación.

—No, niña, tienes que alimentarte —la regañó mientras la medía—, estas medidas no son las de un cuerpo sano.

Yo no opiné nada, no hallé qué decir. No sé cuántos kilos ha bajado, pero apuesto a que son un buen. Está igual de plana que yo. Ella que apreciaba tanto sus bubis y que hasta me sugirió un día que vendiera un riñón para pagarme implantes, ahora está cerca de perderlas.

En ese momento me di cuenta de que Pilar podía tener razón. ¿Qué tal si Regina en serio está metida en un rollo de anorexia y esas cosas? Y si es así, ¿cómo es posible que sus papás no hagan algo? Quizá no la han visto así, en ropa interior; y es cierto también que últimamente a Regina le ha dado por usar pura ropa guanga. En la cara también se le nota la flacura, pero no tanto.

El modisto le dio a Regina sus medidas, y le dijo que

se pusiera a comer porque si no el vestido se le iba a ver muy mal. Y que ponerse tanto a dieta podía hacer mucho daño.

—Estoy bien, Jaime, me siento muy bien, en serio —repetía ella, y Gepeto bufaba y tronaba la boca. Se metió a un cuarto a dejar la cinta de medir. Yo me paré junto a Regina frente al espejo. Parecía del doble de su tamaño, hasta en altura. No es que ella se hubiera achaparrado, pero se ve... no sé, más pequeña. Toda. Ella nada más sonreía.

—¿Ves? No se te nota —me dijo con una risita y se puso la sudadera.

De regreso a su casa ella venía haciendo planes para la graduación; me dijo que ya no le importaba si iba con un niño o no, pero hablaba del vestido con mucho entusiasmo.

—Oye, pero yo creo que el viejito modisto tiene razón —le dije—. Creo que ya deberías pararle con la dieta.

—Mi dieta está bien, y me siento perfecto. Don Jaime es un viejito, como dices; claro que no va a entender, si antes todas las mujeres eran unas gordas; pero yo, por suerte, encontré este camino —Regina sonreía y parecía muy orgullosa—. Y ya estoy muy cerca de lograr el peso que quiero.

—O sea, ¿cómo? ¿Quieres bajar *más*?

—No mucho más, sólo algo —me dijo con una sonrisa muy inquietante.

De ahí Regina cambió el rumbo de la conversación y siguió hablando del vestido, de la película en la que lo habíamos visto y de no sé cuántas cosas que no tenían nada que ver con el tema del que a mí me parecía importante hablar. Y como era muy obvio que a ella no, sólo le dije que me parecía que ya no necesitaba bajar ni un gramo.

—Cuando hicimos el Plan te veías muy bien... deberías subir un poco, hasta como estabas entonces.

—El Plan... Ni me recuerdes.

Y volvió a cambiarme el tema. Así acostumbra hacer

cuando algo que una dice no le parece y no tiene ni media gana de discutir. Yo sí quería discutir, pero me di cuenta de que era inútil, porque cuando Regina hablaba de su cuerpo parecía que estaba hablando de otro; de uno distinto al que acabábamos de ver reflejado en el espejo del modisto.

Catorce

Tercera semana de febrero, 2007

Ya le dije a Nancy que no puedo seguir cuidando a Joey. Obviamente no la boté así nada más, le prometí seguir yendo lo que queda de esta semana y la que sigue para que ella pueda buscar a alguien que me supla. No puedo cuidar a Joey y a Regina al mismo tiempo, porque además estoy de malas a todas horas. A veces llego tan cansada a la casa que no puedo estudiar ni tampoco dormirme. Eso es muy raro. Tenía también la alternativa de dejar el gimnasio, pero es de lo poco que me queda en común con Regina. No puedo perder eso ahora.

Me llamó el lunes al trabajo, cosa que casi nunca pasa porque a esas horas ella está en el club. Me dijo que le superurgía hablar conmigo, que saliendo de la casa Hamilton fuéramos a tomar un café.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—No, por teléfono no, al rato en el café platicamos.

Le rogué que al menos me diera una pista, consciente de que en las dos horas que faltaban para que llegara Nancy y pudiera irme era capaz de comerme todas las uñas y los pellejitos de los dedos. De por sí ya estaba alarmada por muchas razones, y el tono de mi amiga parecía más bien fúnebre. Pero no quiso decirme nada, así es que, en efecto,

en esas dos horas no pude ni pelar al pobre de Joey, que acababa de dibujar lo que según él eran unos patos. Estaba muy nerviosa y le llamé dos veces al celular, pero siguió sin querer decirme nada.

En cuanto escuché la llave de Nancy en la cerradura cogí mis cosas y me fui destapada al café. Regina ya estaba ahí, con su taza de americano y las manos un poco temblorosas. Su aspecto era peor que otros días, porque además de superflaca, se veía preocupada.

—¿Qué pasó, por qué la urgencia?

—¿No vas a pedir algo?

—Sí, ahorita.

Esperé a que me trajeran mi café, mientras le daba vueltas a la azucarera y la miraba fijamente. Al fin llegó la señorita con mi taza y me la llenó.

—Bueno, ahora sí, ¿qué pasó?

—No sé —me dijo—; es que...

Se calló de nuevo. Yo estaba al borde del ataque.

—Güey, porfa, dime qué te pasa, llevo dos horas con los nervios hechos pomada...

—Es que no me ha bajado —me interrumpió.

Mi primera reacción fue, en serio, de indignación. Así que había estado chacoteando por ahí con no sé quién (aunque sospechaba de Manolo, al que se le debía de haber quitado ya el olor a ajo), y yo, su mejor amiga de toda la vida, su casi hermana, no-lo-sa-bí-a. Eso era inaceptable. Me dieron otra vez ganas de llorar.

—¿Con quién lo hiciste o qué? —pregunté con sequedad.

—No, mensa, con nadie —soltó una risa extraña, como rechinido—. Desde el Plan ni siquiera me he besado con alguien. O sea, ¿no crees que te lo hubiera dicho?

Me quedé callada por un rato y cuando volví a hablar ya fue en un tono muy distinto.

—¿Y entonces por qué no te ha bajado? ¿Para cuándo la esperabas?

—No he llevado bien las cuentas, pero el mes pasado me bajó súper raro, un día nada más y poquitito. No sé. Este mes nada. Creo que debería haber sido hace como diez días.

—Órale.

Las dos nos quedamos calladas. Claro que yo no tenía ni idea de qué decir, si la única causa que conozco para la desaparición de la regla es un embarazo. O bueno, la menopausia, pero pensar en eso era absurdo. Otra cosa que también se me ocurrió (y era aún más absurda) fue pensar que algún ser supremo había escogido a Regina para llevar a cabo una inmaculada concepción. Pensé muchas cosas, pero ninguna tenía lógica.

—¿No crees que tendrías que ir con el ginecólogo?

Su mamá ya la había llevado. La llevó desde que le bajó por primera vez. Dice que no la examinó ni nada, sólo le abrió "un expediente". A mí me da horror nada más de oír la palabra, y hasta la fecha cada vez que me enfermo de algo le hablamos a Enrique, el pediatra. No es una situación que pueda durar para siempre, lo sé, pero nunca me he enfermado de algo grave y mi doctor me cae muy bien, además.

—No sé.

—No, güey, yo creo que sí tienes que ir. Digo, no tengo ni idea de por qué puede dejar de bajarte, pero pues un doctor sí te ha de poder decir... Una amiga de Claudia tuvo una vez unos quistes y se los quitaron, y no era mucho más grande que nosotros. No sé tampoco si unos quistes pueden hacer que no te baje, pero ¿qué tal si sí? ¿Ya le dijiste a tu mamá?

—No, ¡y no se te ocurra decirle!

—Claro que no, babosa, ¡cómo se me va a ocurrir a mí decirle! Pero creo que tú deberías. Y también pedirle que te lleve al doctor.

Regina empezó a hacer los ojos para arriba, como diciendo "Ya viene otra vez ésta con sus choros".

—Qué quieres que te diga. Yo no soy doctora, no tengo ni idea de lo que te está pasando, pero sí soy tu mejor amiga y me preocupa mucho. Muchísimo, en serio.

Regina regresó los ojos a la posición normal, me miró sonriendo y me agarró las manos.

—Ya lo sé.

Sentí las suyas resacas y un poco huesudas. De pronto tuve la sensación de que todo tenía que ver. Ella tenía que ir al doctor porque no le bajaba, y porque tenía las manos así y por todo lo demás.

—Prométeme que le vas a decir a tu mamá y que vas a ir al doctor. Prométemelo.

—Ok.

—En serio.

—Sí, en serio.

Regina cambió entonces el tema y hablamos de otras cosas, le conté que estaba pensando en dejar el trabajo y sólo cuidar a Joey cuando sus papás tuvieran algo que hacer en las noches. Le conté de mis progresos con la dieta y con el gimnasio, pero ella no quiso ya hablar de los suyos. Sólo me contó de una clase de yoga nueva que está tomando en el club, que es buenísima porque tonifica muy bien los músculos.

—Para tonificar músculos necesitas *tener* músculos —le dije tocando su antebrazo—. Y tú necesitas recuperarlos un poco.

Se quitó y volvió a hacer los ojos para arriba; esa costumbre suya me hace sentir ajena y fuera. Porque así lo ha hecho toda la vida, pero nunca conmigo, sino con sus papás, con los profesores, en fin, con cualquier autoridad, que siempre han sido, por decirlo así, *los otros*.

El miércoles me tocó al lado de Manolo en la cola de la cafetería. Manolo y yo por supuesto que nunca platicamos, si acaso nos hacemos un ademán de reconocimiento y eso es todo, pero esa vez él me sacó la plática.

—¿Y qué onda con Regina, eh?

—¿Qué onda de qué? —le contesté, volteando a ver si Regina no estaba cerca. En condiciones normales hubiera sido una supernoticia eso de que Manolo me hubiera preguntado por ella en la cola de la cafetería, pero como andaba en un plan muy raro con él y con todo el mundo, quién sabe cuál pudiera ser su reacción.

—Pensé que yo le gustaba —me dijo—. Era como obvio. Y luego me invita a su casa, sin sus papás, y la cena y la chingada, y a la hora que empezamos a besarnos me corre.

—¿Te corrió de plano?

—¿Pues qué no oíste? Ah, no, estabas ocupada con el Cerebelo.

Soltó una carcajada, ahora fui yo la que hizo los ojos para arriba, y avancé en la fila. Él se apresuró a caminar tras de mí.

—No, ya en serio, desde esa vez le he estado hablando, pero está rara, y tampoco me hace caso aquí en la escuela cuando trato de hacerle plática. ¿Está saliendo con alguien o algo?

—Mmm. Pues no sé —tampoco me atreví a decir sí o no, porque no tenía idea de si Regina le había dicho algo—. ¿Por qué no mejor le preguntas a ella?

—No me contesta. No me habla para nada, cómo quieres que le pregunte. Tú eres su mejor amiga, claro que sabes. Además, desde esa vez yo iba en buen plan con ella, eso te lo digo a ti para que lo sepas.

—En buen plan, ¿qué tan buen plan?

—En el de andar bien —me dijo con mucha convicción aparentemente—. Y todavía, ¿eh?, a pesar de su actitud mamoncita. Dile eso cuando puedas.

Le conté a Regina y pareció que le estaba hablando de algo sin la menor importancia. No se rió, no le dio gusto que hubieran cambiado los papeles, y mucho menos pare-

ció darle ni medio gramo de emoción. Por un rato se quedó pensativa; después suspiró y me dijo:

—¿Ves? Es que ya lo sabía, así es.

—Sí, pinches hombres —estuve de acuerdo—. Pero así es todo el mundo, nada más te dejan de pelar y ahí estás...

—No, no eso. Bueno, sí, pero a lo que voy es que Manolo sólo me hizo caso cuando adelgacé. Cuánto tiempo llevaba yo detrás de él, y él lo sabía. ¿Ves? Así son las cosas.

Lo dijo con una tristeza grande detrás. Y no es venganza, como yo al principio pensé (y como seguramente piensa Manolo). Es que, en verdad, él ya no le interesa para nada. Y no nada más él. Al principio, cuando empezó a adelgazar y se veía bien, como que le cayeron más galanes, y la volteaban a ver más en la calle y todo, pero parece también que desde entonces le borraron del disco duro el archivo "Interés por el sexo opuesto". Ahora ya no la voltean a ver tanto porque ese grado de adelgazamiento no está padre, pero igual, Manolo ahí está sobres y ella nomás no quiere saber nada del asunto. Quizá sea en serio que se siente muy presionada por la escuela y el examen de admisión, no lo sé.

Lo que sí sé es que aun cuando estoy con ella tengo la sensación de que la extraño mucho.

Quince

Principios de marzo, 2007.

A pesar de que dejé mi trabajo según yo para poder estar cerca de Regina, ella medio dejó de hablarme durante un par de semanas. Con el pretexto del tal examen de admisión, en los descansos de la escuela, por ejemplo, me decía que estaba muy ocupada y se quedaba en el salón con sus libros. Digo, también admito que yo me puse un poco atsigante, no por querer serlo, sino porque estaba en verdad preocupada. Empecé a preguntarle a todas horas y a darle mucha lata con que si ya le había bajado y si ya había ido al doctor. En una de esas me dijo que no había ido, pero que había averiguado y que estaba bien; que perder la regla era algo normal cuando la gente se ponía a dieta. La verdad no le creí mucho, y como es costumbre últimamente, sentí que me estaba dando por mi lado.

No me queda muy claro qué puedo hacer. Porque sí, la gente tiene derecho a estar estresada y ocupada. Eso no me parece mal, yo de hecho lo estuve hasta que abandoné mi chamba. Por supuesto que también tuve que abandonar el gimnasio, porque ya no tengo sueldo para pagarlo. Y entonces no me ha quedado más remedio que ponerme a pensar en el futuro. ¿Para qué quiero un semestre sabático? La verdad es que no lo sé, la idea era un poco estudiar

inglés, o pensar con tranquilidad en qué quiero ocuparme el resto de mi vida. Ahora que, pensándolo un poco mejor y siendo honesta conmigo misma, me pregunto: ¿no será un pretexto para echar la flojera un semestre? Y no sé si eso es lo que quiero. Estuve viendo en internet opciones de carreras y universidades. También me he dado mis tiempos para ver a Pablo y seguir construyendo nuestra relación. Él me dijo que no era muy proclive a lo tradicional ("proclive", dijo; con un presunto novio así mi vocabulario va a crecer muchísimo) y que no se me iba a declarar, pero que si yo estaba de acuerdo nos podíamos ya ir asumiendo como pareja. Pues le dije que sí.

Soy una inmadura, ya lo sé, pero el plan de tener novio es menos divertido que al principio, cuando pensábamos Regina y yo andar con estos dos, y si Manolo empezaba a llevarse bien con Pablo y dejaba de decirle "el Cerebelo" podíamos ya salir a todos lados los cuatro. Solos no es tan divertido, pero al menos tengo a alguien con quien hablar de mis preocupaciones. Y cada vez que siento que Regina se aleja más y más de mí, me siento muy triste y le cuento a Pablo. Él, igual que Pilar, me dijo que tenía que estar alerta, que muchos de los síntomas de Regina podían indicar que tiene una enfermedad. Nos metimos juntos a internet a averiguar y encontramos toneladas de información. Y, es cierto, Regina tiene muchos comportamientos clásicos de las chavas anoréxicas. Vimos algunas fotos que me dieron escalofríos, y le pedí que mejor apagara la computadora.

Le dije a Pablo que no me sentía capaz de ayudar a Regina si estaba enferma.

—No, pues claro que no puedes hacer nada tú sola —me dijo—. Sus papás necesitan saberlo, tienen que llevarla al médico.

Me preocupé mucho, pero es que también, luego le hablo a Regina y me dice que está de superbuén humor, que cree que le va a ir muy bien en el examen, en fin. No tiene el

tipo de estresada-deprimida que se supone que es el perfil de quienes tienen anorexia.

Pero no puedo saberlo. Y todo el tiempo estoy pensando en eso.

Le dije por lo pronto que tenía que apartarme el día de mi cumpleaños para mí sola, que por suerte toca en viernes.

—Así que si tienes mucho que estudiar para tu examen, estudias antes, porque ese viernes nos vamos a ir de pinta, y luego a comer a Papa's Pizza, luego al cine, y después me prestas tu casa para hacer una microreunión, ¿sí? Yo corapro todo.

A todo me dijo que sí; trató de negociar lo de la pinta, pero la convencí. No es la primera vez que me presta su casa para hacer una reunión de cumpleaños. Solíamos hacerlo antes, sobre todo en secundaria. Como mis últimos cumpleaños empezaron a perder el tinte de "gran acontecimiento", ni siquiera se me antojó hacer reunión. Ahora la verdad tampoco, pero pienso que todas esas cosas pueden servirme para reparar los lazos que siento que se han roto con Regina. A lo mejor soy una cursi.

Pues sí, y qué.

Dieciséis

Tercera semana de marzo, 2007

Llegó el viernes de mi cumpleaños y ya tenía yo todo el itinerario programado, como agente de viajes o algo así. La pinta nos sirvió para irnos a desayunar con mi mamá, con mi tía Celia y con Claudia, que no paró de preguntarme todo el desayuno qué le había pasado a Regina. Claro, ella no la había visto desde hacía como dos años. Y sí, es verdad que parece otra persona. Mi mamá sí la había visto, pero de todos modos comentó también su delgadez y mi tía Celia no opinó nada porque para ella todo el mundo tiene buen cuerpo. Siempre nos decía a mi hermana y a mí que teníamos muy buen cuerpo y un día mi mamá nos dijo que para la tía Celia tener buen cuerpo es tener uno *completo*. Sin jorobas y esas cosas. Hoy mi tía tiene ochenta y nueve años, ya no ve muy bien y es muy complaciente con todo.

Regina pidió fruta sin yogurt, sin miel, sin nada, y ni siquiera se la acabó. Por supuesto que Claudia me estuvo haciendo caras para que me fijara, y cuando Regina se paró al baño, me dijo al oído:

—Te apuesto lo que quieras a que fue a vomitar.

—¿Cómo crees?

—Huy, mamacita, no tienes ni idea.

Mi hermana me cae mal de pronto con sus aires de au-

tosuficiencia, pero obviamente me puso a pensar también en eso. Yo había leído sobre los diferentes tipos de desórdenes y pensé que Claudia a lo mejor tenía razón, pero me dio no sé qué ir al baño a espiarla. No pude. Decidí que me fijaría más en esos detalles, y pensé que quizá esa noche después de la reunión podía sacar el tema de algún modo. Pensaba que en medio de un brindis sería más fácil hablar de eso.

Fuimos a Papa's Pizza y pedí una mediana de peperoni con champiñones. Regina se comió solamente un pedazo chico, pero no fue al baño después. Así es que pensé que Claudia estaba equivocada, que su visita al baño en la mañana había sido una coincidencia nada más, y me tranquilicé un poco. Ya después, cuando fuimos al cine, compré unas palomitas y también se comió algunas. Con algunas me refiero a como tres o cuatro puñitos, y sí se paró al baño una vez. Y yo estaba muy molesta de tener que estar me fijando en eso todo el tiempo. Pensando que la gente va al baño, es normal, ¿por qué tenía que suponer, cada vez que Regina se levantaba, que iba a vomitar las tres palomitas que se acababa de comer? Lo sentía absurdo y al mismo tiempo no podía evitar la preocupación.

Después del cine nos fuimos al súper a comprar las cosas para la reunión. No había invitado a mucha gente, sólo a algunos del salón.

Obviamente yo iba a pagar todo lo que compráramos, si ya bastante hacía Regina con prestarme su casa. Atravesamos el pasillo de las bebidas y yo estaba muy orgullosa porque, por primera vez en mi vida, llegaría a la caja sin la angustia de que me fueran a pedir una identificación. Por primera vez podía comprar cervezas instalada en la legalidad. Así es que puse dos six en el carrito y también unos refrescos. Después un par de bolsas enormes de papas y de bofitas de queso. Era todo lo que pensaba llevar porque era básicamente para todo lo que me alcanzaba. Sin embargo,

Regina empezó a meter un montón de cosas en el carrito: dips, cacahuates, y paquetitos de jamón y de salchichas.

—Ejem —tosí—, creo que esto es mucho; si invitamos a tres gatos y además no traigo mucho dinero.

—No hay bronca, yo lo firmo.

—Oye, no, pero...

—¡Yo lo firmo! —casi me gritó—, ya si algo sobra pues se queda en mi casa, ¿ok?

—Bueno, ok.

En todas las cajas había grandes colas. Nos pusimos en la menos larga que encontramos. Regina se veía un poco nerviosa.

—Van a llegar tus invitados antes que nosotras —me dijo.

—N'hombre, si los cité a las nueve.

Dijo, eso sí con razón, que los del súper eran unos inconscientes, que deberían abrir más cajas cuando las colas estaban así, que qué clase de servicio era ése, en fin. Andaba de un humor muy intolerante en general. Estábamos a dos personas de llegar, cuando de pronto una señora se nos coló. Fue astuta, porque le dijo algo a un muchacho que estaba delante de ella. Una mujer atrás de nosotras nos hizo notar que la señora se había colado, así que yo le piqué el hombro y le dije:

—Oiga, usted se coló.

Me contestó con una retahíla sobre la falta de respeto que tenían los jóvenes de ahora con la gente de la tercera edad. No parecía de la tercera edad para nada, a lo mucho tendría unos cincuenta y cinco años. El muchacho de enfrente dijo que no tenía ni idea de quién era la señora y aunque todos los que íbamos detrás reclamamos mucho, ella no tenía pensado quitarse. Pero entonces Regina, que había permanecido callada hasta ese momento, la tomó del brazo, la volteó y le dijo:

—¡Nada de tercera edad, porque usted no está en la ter-

cera edad y sólo es una persona abusiva, así que si no se quita, yo la voy a quitar en este momento!

Parecía que los ojos se le iban a salir de las órbitas. Le gritó como nunca la había visto gritarle a alguien, y por supuesto la señora, que de por sí era una caradura, no se dejó amedrentar y la empujó. Regina la empujó de vuelta hasta dejarla fuera de la fila, y yo traté de ponerme entre ellas dos; el pleito llamó la atención de todos los que habían ido al súper esa noche, hasta que llegó el gerente a pedir calma, cosa que yo llevaba ya un rato pidiéndole a Regina.

La señora empezó a hacer drama con el gerente, dijo que Regina le había lastimado el brazo y siguió con el asunto de la falta de respeto a las personas de la tercera edad; de no ser porque los demás integrantes de nuestra cola atestiguaron que ella se había metido a la mala, quizá nos hubiéramos metido en una superbronca. De todos modos, como Regina estaba medio trabada, yo ofrecí disculpas al gerente y a los que estaban alrededor; a la señora no, porque me cayó muy mal que se colara y también que inventara que Regina la había lastimado. Apuesto a que ahorita ella no lograría lastimar a nadie, por mucho que le hubiera puesto fuerza al apretón del brazo. Y se armó tal lío que ni chance hubo de que alguien nos pidiera una identificación.

Cuando la cajera terminó de pasar nuestras cosas, a Regina le temblaba tanto la mano que le costó trabajo firmar el *voucher*. Yo soy enemiga de los numeritos y lo único que quería era salir lo más pronto posible del súper. Pero en cuanto salimos, a unos metros de la puerta, Regina se detuvo.

—Qué onda, vámonos, vámonos —la apresuré.

Ella se me quedó viendo y se le llenaron los ojos de lágrimas. Y en ese momento se derrumbó. Dejó en el suelo las dos bolsas que estaba cargando y se cubrió la cara. Empezó a llorar como cuando éramos chiquitas y algo nos pasaba; de la manera en que uno llora al ir a refugiarse con los

papás cuando le hicieron algo feo en la escuela. Me acerqué a ella y la abracé.

—¿Qué pasa, por qué lloras?

La gente que salía del súper nos miraba. Regina, entre sollozos, sólo alcanzó a decirme que tenía hambre. Que estaba muy cansada y que tenía hambre.

—No tenemos que esperarnos a llegar a tu casa —le dije mientras abría una bolsa de papas—, ten, cómete unas y ahorita llegando hacemos unos sándwiches o algo.

No quiso comer papas ni podía dejar de llorar. Nos sentamos en una bardita afuera del súper, porque Regina me dijo que no quería llegar así a su casa.

Entonces le llamé a Pablo y le pedí que les avisara a los demás que la reunión se cancelaba. De por sí no tenía muchas ganas, mucho menos podía hacerla estando mi amiga en esas condiciones.

—Tienes que decirme qué te pasa —le pedí ya que había dejado de llorar un poco—; me dices que tienes hambre y no quieres comerte ni una papa, y qué onda con lo de la señora, tú nunca has sido así de agresiva.

Regina empezó a llorar de nuevo, con más sentimiento.

—Está bien, pues —le dije—, la señora se metió y tenías toda la razón, en serio lo pienso, pero tú no eres así. Y sé que algo te está pasando y no me quieres decir.

—No vas a entender. Nadie puede entender.

—Yo sí, porque yo te conozco mejor que nadie. Vente, vámonos. Llegando nos comemos algo ligerito y nos tomamos unas chelas. ¡Tenemos un buen para nosotras, ahora sí!

No le hizo ninguna gracia mi chiste de las cervezas.

Al llegar a su casa nos topamos en la cocina con su mamá. Estaba preparando unos platos de botana y tenía un par de botellas de vino en una hielera.

—No queremos bajar e interrumpirlas en medio de su reunión, así que me voy a subir estas cosas para tu papi y para mí —le dijo a Regina.

—No hay problema, cancelamos la reunión.

—¡Pero cómo! —preguntó sin dejar de hacer rollitos de salami—. ¿Por qué?

La mirada de Regina me prohibió decir la verdad. Eso estuvo bien, porque ni siquiera estaba segura de cuál era la verdad.

—Es que... había otra fiesta en un antro. Y casi todos iban a ir —expliqué—. Preferimos pasarla para la semana que entra.

—Bueno, no importa, esto seguro no se va a desperdiciar —tomó la charola y la hielera y salió de la cocina.

Regina ya había empezado a desempacar las cosas del súper.

—No, tú siéntate —le dije—. Yo acomodo todo y nos hago de cenar. ¿Qué se te antoja?

—Tú hazte algo. Yo tengo mi gelatina en el refri.

—¿Vas a comer gelatina? ¿No que tenías mucha hambre?

Regina suspiró y se quedó mirando el piso de la cocina. Estaba claro que no quería hablar de eso conmigo. Y la verdad es que yo tampoco sabía qué hacer. Lo único que se me ocurrió fue tratar de convencerla de comer algo más nutritivo que una gelatina.

—No estás bien, Regina, en serio. Necesitas comer algo, la gelatina no te va a quitar el hambre, y lo que me dijiste en el súper...

—Olvida lo que pasó en el súper, ¿ok? ¿Cómo quieres que esté después de que por buena onda te acompañé a todo lo que quisiste hacer en tu cumpleaños? —me dijo, no en un tono muy amigable que digamos—. ¿Te das cuenta de que todo, todo a lo que me llevaste me tuviste que resregar la comida enfrente? En serio parece que no piensas más que en eso.

Ahora la callada fui yo. Pero no me quedé viendo el piso, me le quedé viendo a ella y le dije con la mirada que no estaba entendiendo nada.

—Primero, el desayuno, buffet para acabarla, luego Papas; ¡no podías haber escogido algo con más grasa para comer! Y luego vamos al cine y compras el tamaño más grande de palomitas, y por último el súper.

—Yo sólo agarré las chelas y dos bolsas de papas, tú agarraste todo lo demás.

—Tú me llevaste! No sé que es lo que te pasa pero si quieres qué sigamos saliendo juntas vas a tener que dejar de pensar tanto en la comida. Yo ya no puedo hacer eso, ¿entiendes? Si es lo único que tú buscas, está bien, es tu vida y es tu cuerpo, pero no puedes arrastrarme contigo.

Y era mi cumpleaños, también. Y había cancelado la reunión para poder estar con Regina y que platicáramos, Y ahora me hacía sentir como la presidenta del comité municipal de gordas. Me enojé. Porque además, todas las decisiones que había tomado durante los últimos meses habían sido sólo para estar cerca de ella y seguir conservando cosas en común. No quería que nos peleáramos en ese momento, pero pensé que no era justo todo lo que me estaba diciendo. No sólo ella estaba tensa y de malas, yo también.

—¿Sabes qué? Yo creo que mejor me voy a mi casa —le dije y busqué dinero en mi bolsa—; te voy a pagar lo que traía para el súper y ya que no quieres nada de esto, yo me lo llevo y me lo zampo con mi gorda mamá y puedo también invitar a mi gorda hermana y a mi gordo cuñado.

Puse el dinero en la mesa de la cocina y tomé las bolsas.

—No quise decir eso —su tono de voz cambió por completo—. No te vayas, porfa.

Era otra vez la Regina perdida y triste que acababa de ver afuera del súper. Le dije que me quedaría, pero sólo si me prometía que íbamos a festejar.

—Sigue siendo mi cumpleaños hasta las doce.

Me dijo que sí con la cabeza, sonriendo. Hicimos de cenar, yo un sándwich y ella su gelatina y un poco de en-

salada. Después de lo que me había dicho no quise insistirle en que comiera más, así que cenamos eso frente a la televisión y luego brindamos, yo con cerveza, ella con su whisky; tuvimos que bajar por dos *drinks* más y hasta el tercero me pareció como que ya era hora para las netas y me animé a sacar la plástica. Traté de ser lo más cautelosa posible, porque ya me había dado cuenta de cómo la engorilaba que le mencionara lo que comía o dejaba de comer. Así que empecé por decirle cuánto la quería, y cuánto me importaba. Sí, típica plástica de netas, pero de otra manera creo que iba a ser muy difícil que ella se abriera conmigo.

—Te veías superbién al principio cuando adelgazaste, cuando Manolo empezó a hacerte caso; en serio, qué Paris Hilton ni qué nada, podías haber salido en la portada de una revista. Te lo juro. Pero ya se te pasó la mano cañón, y me preocupa que te vayas a enfermar.

No quise echarle todo el rollo, ella ya lo sabía, porque en la escuela nos habían hablado alguna vez de la anorexia y la bulimia; ella y yo lo habíamos comentado también como un año antes, porque salió en el periódico la noticia de que una modelo brasileña se había muerto por eso. Pensé que, como otras veces, me iba a decir que no tenía nada, que no me preocupara, que se sentía súper y que todo era maravilloso, pero no.

—Mira, sólo me faltan tres, tres kilos y ya, adiós a la dieta; sólo tres, porque eso quiere decir que llegué a mi meta y que pude. Si la rompo ahorita yo no sé qué voy a hacer.

Ya sé que el whisky pega más que la cerveza. Pero yo iba por mi tercera y ella no llevaba ni la mitad de su segundo y parecía mucho más borracha que yo.

—¡Tres kilos más bien te hace falta subir! ¿Cuánto estás pesando?

Me lo dijo con la mirada medio perdida y me señaló con los dedos. Y si no entendí mal, sus dedos indicaron que

pesa cuarenta y dos kilos. Ocho menos que yo, que según yo ahorita estoy bien, normal.

—No, Regina, ya no bajas. Acuérdate de la modelo brasileña, acuérdate de la plástica que nos dieron en la escuela, esto es superpeligroso.

—Claro que no. Ésas se mueren porque llevan años, yo sólo cuando pese cuarenta, ya, voy a dejar la dieta y estaré bien. Y feliz. Voy a ser una princesa.

—¿Cómo una princesa? Desde que teníamos once años nos cagan las princesas, ¿no te acuerdas?

—No de ésas. Yo voy a ser una princesa como las de las pasarelas. Como la actriz del vestido verde de la película, así me voy a ver en la graduación.

—Ésa no se ve como princesa. No es por criticar ahorita, desde que vimos la película te dije que tenía cuerpo de perchero, y te puedo apostar a que ya estás más flaca que ella.

Tuvo sus desventajas empezar la conversación a esas alturas, porque ella estaba muy necia y yo también, y no nos pusimos de acuerdo hablando de princesas, hasta que me dijo que el whisky no le había caído bien y se fue al baño. Desde afuera oí las arcadas. Pensé que seguramente lo poquito que cenó de ensalada había terminado también en el escusado.

Cuidando que sus papás no nos oyeran, la ayudé a llegar a su cuarto. Ella, arrastrando la lengua, me decía que me quería mucho y que era su mejor amiga, y también que era una lástima que no quisiera ser una princesa. La senté en la orilla de la cama y le puse la pijama. Vi sus huesos más marcados aún que la tarde que fuimos con el modisto. Cuando volteó el brazo hacia atrás para que le quitara el suéter, su omóplato se salió completito. Podía ver en verdad sus huesos. Los antebrazos. La columna. Las caderas y las costillas. Se durmió antes de que acabara de ponerle la playera. Fue fácil levantarla para meterla entre las sábanas.

Me quedé ahí mirándola por mucho tiempo; vi que a ratos se estremecía, a pesar del calor y las cobijas.

Llegó un momento en el que fui yo la que se derrumbó al lado de su cama, pensando que no podía con ese paquete; odié a sus papás, que celebraban un coctel privado en su cuarto mientras su hija pesa cuarenta y dos kilos.

Diecisiete

Fines de marzo, 2007

Regina me hizo prometer que no les contaría a sus papás nada de la conversación que tuvimos el día de mi cumpleaños. No sé de qué tanto se acuerda, pero no creo que de mucho. Mil veces le he dicho que puede confiar en mí, y hemos hecho muchos pactos de solidaridad sentimental y de secretos; el más serio fue cuando teníamos catorce años y, según ella, como era un secreto tan secreto, debíamos hacer algo para simbolizarlo adecuadamente. Y como hacía tiempo también que teníamos ganas de agujerearnos un poco más las orejas, el aretito extra en la oreja izquierda fue el símbolo de que, no sólo con ése, sino con todos los secretos que nos contáramos a lo largo de la vida, seríamos unas tumbas. Terminamos de hacernos el *piercing* y con la oreja adolorida nos comimos un helado mientras Regina me contaba que estaba enamorada como bestia de su dentista. Nunca se lo dijo a nadie más y el enamoramiento se le enfrió el día que el tal dentista tuvo que hacerle una endodoncia. Pero ahí sigue el arete recordándonos nuestro compromiso de discreción. Yo he guardado sus secretos y sé que ella los míos. Pero nunca antes alguno de esos secretos había podido ser tan peligroso.

Como no tengo a nadie a la mano que parezca muy experto en esas cosas, a pesar del miedo y los escalofríos que me dieron cuando estuve averiguando cosas con Pablo me metí a internet de nuevo. Todo el tiempo nos dicen que ahí podemos encontrar muchísima información pero no toda acertada. Y ahora comprobé que tienen razón.

Espero que las personas que me dijo Regina, con las que tiene cosas en común, no sean las que yo encontré. Forman una especie de culto raro, como una religión o algo así. Hay muchos blogs de chavas anoréxicas o bulímicas, pero no piden ayuda, ni hablan de las modelos muertas, ni de la cantante de un dueto que se llamaba los Carpenters que también se murió de eso. No, ellas están orgullosas de serlo, y se dan consejos para engañar a los papás y a los amigos. Como un rollo de alcohólicos anónimos, pero en lugar de querer salir, quieren entrar más y más. No sé hasta dónde puedan llegar.

Entendí por qué Regina me dijo el otro día que va a ser una "princesa". Así se hacen llamar, "Las princesas", y a la anorexia y a la bulimia les dicen "Ana" y "Mia" y se refieren a ellas como si fueran sus amigas, sus diosas o algo así. Ninguno es como un club en el que haya que inscribirse, pero en todos se pueden dejar mensajes, así que dejé uno haciendo parecer que quería entrar en su círculo:

Hola a todas las princezaz: kiero ser una de ustedes, ya no kiero ser una cerda como lo he sido hasta ahora, por favor, denme consejos para dejar de ser una vaca horrenda. Muchas gracias y espero ke puedan ayudarme.

Abrí una cuenta de correo nada más para recibir los mensajes que me mandaran. Me contestaron el día siguiente, con un mensaje que incluía una lista de mandamientos que según esto debo seguir para unirme a ellas:

Princesa: Sigue este decálogo. Recuerda siempre estos puntos y conviértelos en tu credo. Ve diario a mi blog, aquí siempre te daremos consejos y apoyo.

1. Si no estás delgada no eres atractiva.
2. Si eres gorda no mereces nada.
3. Compra la ropa talla 0 y no pares hasta caber en ella.
4. Vomita, toma laxantes, muérete de hambre... haz lo que sea para estar mas delgada.
5. No comas comida que engorde y si lo haces, castígate después.
6. Busca a otras amigas Anas y Mias.
7. Lo que diga la báscula es lo más importante.
8. Perder peso es bueno, engordar es malo.
9. Nunca estarás lo suficientemente delgada.
10. Estar delgada y no comer demuestran la auténtica fuerza de voluntad y nivel de éxito que tienes. Si estás delgada todos te admirarán y querrán ser como tú. Si sigues siendo una gorda nadie te querrá y todos se burlarán de ti.

Kris,
una princesa más

Qué espanto. Y no es lo peor. En los blogs hay consejos, por ejemplo, para vomitar fácilmente. Claro, ahí no dice nada de aquellas a las que se les rompen los dientes o se les perfora el esófago por tanto vomitar. No dice que puedes llegar a arruinarte los riñones y el corazón. Pero sí aconsejan que hay que tirar o esconder la comida, decir siempre que estás llena o que ya comiste, y aprender a disfrutar el hambre!

También mencionan que cuando dejas de comer lo suficiente, pierdes la regla. Con razón Regina ya no se preocu-

pó por quistes ni nada; casi a todas les pasa y dicen: "No te preocupes, es mejor, porque la menstruación es símbolo de la suciedad del cuerpo", y otras estupideces. Yo no digo que la regla no sea una monserga, pero es lo normal.

En esos blogs ponen fotos de modelos con cuerpazos, pero no de cómo se ven después, cuando parecen, como dijo Pilar, esqueletos forrados. Cadáveres andando. Y no están en fotos de hospital o de campos de concentración: son fotos de modelos que caminan por una pasarela, o pintadas por una maquillista, o en un anuncio de ropa. Ésas no las ponen en los blogs, las vi en otras páginas en las que advierten sobre el peligro de la enfermedad. Viendo todo eso no me quedó ya ni media duda de que Regina es anoréxica o algo así. Y también sé que yo no puedo ayudarla, porque, por más que vi páginas, testimonios, videos (están para desmayarse de miedo los videos), no lo entiendo. No entiendo cómo alguien puede disfrutar sentir hambre, ni cómo estando en los huesos puede pensar que le hace falta perder más kilos. Así es, y yo no lo entiendo y si no lo entiendo, no puedo ayudarla.

Como no sabía qué hacer, llamé a Pilar. Sí, ya sé que es su prima sólo de nombre, que se ven de vez en nunca, y me dio un poco de culpa, pero le llamé igual. Me dijo que me había tardado y que si quería hablar mejor nos fuéramos a tomar un café. En serio, yo sentía como si le estuviera poniendo los cuernos a un novio o algo así, aunque tenía muy claro por qué lo estaba haciendo. Porque no puedo sola con esto. Además, le había prometido a Regina no decirles nada a sus papás, así es que técnicamente no estaba rompiendo mi promesa.

Le conté a Pilar todo, desde la vez que fuimos a Ixtapa de la Sal. Ella se acuerda bien, porque a esa boda fueron sus papás. Le hablé de los detalles que había ido notando, de lo que pasó con Manolo; cuando le dije que a Regina ya no le bajaba se alarmó mucho.

—Sí, ya sé, tengo que hacer algo para que Regina vuelva a comer —le dije.

Negó con la cabeza y se quedó pensativa un rato.

—Que vuelva a comer es importante, pero que Regina haya caído en esto tiene otras causas, más complicadas. Cuando iba en tercer semestre nos tocó hacer una tarea para radio. Eran unos guiones para un proyecto de programa para jóvenes y a mi equipo le tocó justamente este tema. Investigamos muchísimo, hasta fuimos a una clínica, y por eso sé lo que te digo. Desde que vi a Regina supe que estaba metida en un rollo de ésos. Por lo que me cuenta mi mamá, sé que Regina no la ha tenido fácil. Seguro tú no sabes nada de esto, pero sus papás no querían tener hijos, y cuando mi tía Rocío se embarazó querían un niño, ya sabes, para que heredara la empresa y todo. Les sale una niña, y peor, una que fue gordita desde siempre, acuérdate. Eso fue un trauma para mi tía Rocío, y la fastidiaba todo el tiempo con su sobrepeso y con la comida. Me acuerdo perfecto de cuando fuimos a Disneylandia; por un lado nos compraban pura porquería de comer, y por otro mi tía Rocío se la pasaba diciéndole que "las gordas se ven ordinarias", y comparándola conmigo, que era una flacucha. Hasta la fecha no se me ha olvidado esa frase, y estás de acuerdo en que no es para decírsela a una niñita de diez años.

Ya para este momento se me habían empezado a salir las lágrimas, porque me acordé del viaje (que fue otro de mis traumas, porque claro que, dejando aparte el dinero, yo no tenía ni visa para entrar en Estados Unidos), y con eso se me vino encima una avalancha de recuerdos de cosas que hacía Regina cuando éramos chiquitas, como una carta que le escribió a Santa Clos, en la que le hablaba de usted y le decía "Querido Santa Clos: Por favor tráigame algo que me sirva", y que en aquel entonces me pareció una carta muy boba, pero recuerdo que le pregunté: "¿Algo que te

sirva para qué?”, y me contestó: “Para estar contenta”. Ya que crecimos un poco más me reía cada vez que me acordaba de la cartita. Ahora lo relaciono con todo lo que me dijo Pilar, y me da mucha tristeza. Y sí, hay recuerdos que estaban medio borrosos; ahora fue como estar oyendo a la mamá de Regina todo el tiempo diciéndonos a las dos que metiéramos la panza, que camináramos derechas, que parecíamos dos niñitos salvajes.

—He estado pensando en algo que le pasó a Regina, que fue fuerte —le dije a Pilar—; pero esto también es un secreto. Tienes que jurarme que no se lo vas a decir a nadie.

—No puedo jurarte eso —me dijo muy franca—. Lo que le está pasando a Regina puede ser algo en verdad serio. No te puedo jurar que no le voy a decir a nadie, pero si crees que lo que me vas a contar tiene algo que ver, tendrías que decírmelo igual.

Lo dudé mucho. Pero al final entendí que tenía razón y le conté lo de la muerte de Julio en Puerto Vallarta. Ella ya sabía eso (todo el mundo lo supo), pero no que Regina tenía pensado perder su virginidad con él.

—No sé, pero puede ser. Yo estudio Comunicación, no Psicología ni Medicina. Regina necesita que le ayude alguien que sepa de esto. Un especialista. Y no te preocupes, no voy a contarle a nadie. Si Regina va a una terapia, que es lo que creo que va a pasar, ella tendría que contárselo a su terapeuta. Y él dirá si tiene que ver con todo lo demás o no. El cerebro es muy complicado.

Pilar me hablaba con mucho coraje, sobre todo contra los papás de Regina.

—Yo los quiero mucho, conmigo se han portado muy bien toda la vida, mi tía Rocío siempre me echa muchas porras y le dice a mi mamá que tiene que estar orgullosa de mí, pero ¿por qué no lo hace con su propia hija? No te parece increíble que estando así de flaca ellos no se hayan preocupado? ¿No crees que ya deberían haberla mandado al médico?

—Es que desde que adelgazó se pone casi siempre ropa aguada, y además ha de haber visto en los blogs consejos para engañarlos.

—Si eres un papá que está pendiente, ningún blog de niñitas babosas va a venir a quitarte la atención que debes poner sobre tu hija.

Quise defender a los papás de Regina, que conmigo también se han portado siempre bien, pero en eso Pilar tenía razón. Creo que tenía razón en todo lo que me dijo. En casi todo.

—Si es cierto todo lo que me has dicho, las de los blogs no son niñitas babosas. Están enfermas —estaba pensando en voz alta. Pilar solamente suspiró.

Quise pedirle de nuevo que guardara el secreto, al menos por un tiempo.

—Mira, yo puedo tratar de convencerla de que deje la dieta, dame unos días, y si no puedo ya...

—Perdóname, en serio, pero no puedo. Y sé que sientes que estás traicionando a Regina, sé que le prometiste que no dirías nada, pero si dejas pasar más tiempo puede ser tarde. Y no necesito decírtelo, tú ya lo sabes: la gente se muere por esto.

Para mí ya está perdido de todos modos. En cuanto Regina se entere de que fui a tomar un café con Pilar y de lo que platicamos me dejará de hablar. Ahora, cada vez que suena el teléfono pienso que va a ser ella, que me va a pegar de gritos y a decirme que me retira su amistad para siempre. Y por eso cada vez contesto con un algo de pánico.

Dieciocho

Principios de abril, 2007

Durante todo el fin de semana Regina no me llamó ni me contestó el teléfono. Su celular estuvo apagado todo el tiempo. Las primeras veces que llamé a su casa la muchacha me dijo: "La señorita está ocupada, no puede contestarle".

Marqué como mil veces más, y creo que prefirieron no contestarme. En una de éstas hablé de un teléfono público y me contestó la mamá de Regina, pero no me dijo, como yo esperaba, que era una entrometida y que Regina no quería volver a verme. Sólo me dijo que estaba ocupada estudiando para el examen de admisión de la universidad.

—En cuanto esté lo suficientemente preparada, volverá todo a la normalidad —dijo—. Esto es importante. Lo entiendes, ¿no?

—Sí, lo entiendo.

Y sí, lo entendí, sólo que no le creí mucho.

Llamé a Pilar y me dijo que había hablado con su mamá y que ésta había hablado con la de Regina, y sospeché que se había armado un chisme monumental.

No fue así. El lunes Regina llegó antes que yo a la escuela. Estaba en el salón, con la nariz metida en sus guías de estudio para el examen. No me pegó de gritos, no me dijo que era una traidora mala amiga, no. Simplemente no me

peló para nada. Quizá hubiera preferido lo primero.

—¿Qué onda, cómo te fue el fin de semana?

Regina levantó la mirada de su guía. Se encogió de hombros y se me quedó viendo.

—Casi normal.

—¿Por qué *casi*? ¿Cómo vas con lo del examen? ¿Saliste a algún lado?

—No pude. Mi mamá me dijo que no me dejará salir, ni siquiera ir al club, hasta que suba de peso. Qué estupidez, ¿no?

Seguí esperando la reclamación que me tocaba a mí, pero no llegó. No dijo nada más. Volvió a meterse en su guía.

—¿Y?

—¿Y qué?

—Vas a... ¿subir? ¿Comiste bien? ¿No te llevaron al doctor?

—Sí, bueno, me amenazaron con eso. Como si tuviera seis años, "Te vamos a llevar al doctor y te va a inyectar". Pero claro que no lo harán, me lo dicen por molestar. Como si mi mamá no hubiera querido que fuera flaca desde siempre. Por supuesto, ahora que lo soy, ya no le parece. En fin, tampoco quiero pelearme con ellos. Se sientan enfrente de mí en el desayunador a contemplarme durante toda la comida y no se levantan hasta que me acabo lo que me sirven.

—¿Y?

—Y ya, el resto del día me dejan en paz. Si no, imagínate qué infierno. Pero además ya sé que con ellos todo se puede negociar si les conviene. Y yo les dije que comería, siempre y cuando no prepararan porquerías grasosas o llenas de azúcar y de harina.

—Pues está bien, ¿no?

Regina se encogió de hombros de nuevo y se puso a leer.

—Yo digo que está bien —repetí en un murmullo.

Regina sonrió sin dejar de ver la paleta de su banca, y yo sonreí también.

Pilar me contó después que había tenido cuidado en dejarme fuera del asunto. Con su acostumbrada honestidad me dijo que no tanto por buena onda conmigo, sino porque ella sabe que Regina confía en mí más que en nadie y, suceda lo que suceda, es necesario mantener esa confianza íntegra.

Me dijo también que la mamá de Regina no creía que ella estuviera enferma, sino que estaba haciendo las cosas por capricho, para hacerles pasar un mal rato. Que averiguarían qué era lo que quería en el fondo, se lo darían y todo se iba a solucionar.

—¿Pues qué no la ve? —le dije— ¡Es un palo de escoba!

—No sé si la ve —me contestó—. Lo que sí sé es que aceptar que Regina ha caído en eso significaría aceptar su propia responsabilidad. Y no creo que mi tía Rocío tenga esa costumbre.

No lo sé. No he dejado de pensar. A lo mejor es que Pilar es peor de fatalista que yo; tal vez es cierto que Regina está haciendo esto con una segunda intención, y cuando consiga lo que quiere lo va a dejar. Y si su mamá ya dijo por anticipado que se lo darán, todo tiene que resolverse bien.

Ahora que Pilar lo mencionó, se me ocurrió que podría tener que ver con el famoso examen de admisión. Regina no quiere estudiar Administración, eso lo sabe el mundo entero, incluyendo a sus papás.

¿Qué tal si está haciendo esto como una extraña manera de perseguir su sueño de toda la vida, que es estudiar actuación? ¿Qué tal si es una especie de huelga de hambre para protestar porque no la dejan hacer con su vida lo que quiere?

Pensé todo eso y una mañana llegué tempranísimo a la escuela y la esperé afuera. Me escondí al ver acercarse el coche de su papá para no despertar sospechas, y cuando Regina se bajó quise sonsacarla para que nos fuéramos de pinta, pero no se dejó.

—¡Vaaamos! —traté de convencerla—. No hay ninguna clase importante hoy, y está muy bonito el día, y además hace un buen que no platicamos.

—Híjole, no, ¿eh? —me dijo con esa actitud inflexible que maneja últimamente—; tengo que estudiar para el examen de admisión, voy a hacerlo en los descansos.

—Pues mejor vámonos al café y yo te pregunto la guía enterita. ¡Ándale! —aquí hice mi mejor cara de “Por favor”, aunque ya sabía que era inútil.

—No, además estoy cansada. Pero mira, el examen es a fin de mes. Ya luego nos vamos de pinta todas las veces que quieras de aquí a que termine el año, ¿va?

De todos modos le invité un café en lo que empezaba la primera clase; le conté que había estado viendo programas de estudio en algunas universidades y que tenían carreras muy interesantes relacionadas con las artes, en fin, una especie de prologuitó para que no se sintiera el interrogatorio tan a quemarropa.

—Ya no te da tiempo de hacer examen para el verano —me dijo.

—No, ya lo sé, pero en este semestre igual estudio un poco de inglés, y luego quizá me gustaría entrar a Letras.

Levantó las cejas con sorpresa, pero no dijo nada.

—Es que la neta, la carrera, si lo piensas bien, es para toda la vida, hay que estar muy seguro antes de...

—No es cierto, no es para toda la vida —me interrumpió—; si no te gusta la dejás y te metes a otra cosa.

—Bueno, sí —tuve que admitir—, pero igual, qué pérdida de tiempo. A poco no.

Regina se encogió de hombros.

—¿Estás súper segura de que vas a entrar a Administración? De nuevo me echó su miradita de ceja levantada.

—Pues claro.

—¿Y el teatro? ¿La actuación y todo lo demás? ¿Ya lo descartaste de plano para siempre?

—No sé, hace mucho tiempo que no pienso en eso —meditó—. Pero si hay un momento poco oportuno para que me lo recuerdes, es éste. Mi examen de admisión es en una semana. Ocho días, ¿ok?

Y entonces ya no encontré qué más decir; Regina sacó su guía y me la enseñó, hasta con cierto entusiasmo. Mientras ella veía sus notas, me fijé en que tenía mejor semblante.

Quizá la que está mal soy yo, me estoy imaginando cosas. Tal vez sólo fue que a Regina se le pasó un poco la mano con la dieta. Y ahora que sus papás se dieron cuenta la van a alimentar mejor y ya. Quizá en el fondo sí quiere estudiar Administración y hacerse cargo de la compañía de su papá. Digo, ¿qué más podría querer una persona que tener la mesa puesta para cuando acabe la carrera? ¿Qué futuro podría tener estudiando actuación?

He llegado a pensar también que a lo mejor me malvija; pero por lo pronto voy a dejarla en paz, que estudie con calma y que haga su examen sin tener a la ladilla de su amiga detrás dando lata todo el tiempo. También porque en lo poquito que platicamos me di cuenta de que está diferente: está mejor. No quiero decir que haya subido de peso. Eso es difícil decirlo, porque aunque ya empezó la primavera, ella no ha dejado sus suéteres y sus faldas o pantalones aguados. Pero tiene mejor color y hasta se ve menos chupada de la cara. Además me pareció que está más optimista y de buenas. Hace tiempo que no la veía así, y eso también me deja a mí mucho más tranquila.

Diecinueve

Tercera semana de abril, 2007

Parece que las cosas van tomando su cauce de nuevo. Regina hizo el examen de admisión y aún no le entregan los resultados, pero me dijo que se sintió bien, y lo más probable es que lo pase. Ha estado mucho más optimista que yo estos últimos días.

Los meses anteriores fueron muy raros. En menos de un año conseguí un trabajo, lo abandoné, conseguí un novio —a ése no lo he abandonado hasta el momento—, según yo mi mejor amiga se enfermó y a mí se me trastornó todo por eso. Ahora pienso que quizá fue un poco infantil mi actitud, sobre todo en mis intentos de seguir teniendo cosas en común con Regina. La gente cambia, toma distintos caminos, y eso no quiere decir que uno vaya a perder a los amigos.

Los papás de Regina decidieron que está comiendo mejor y empezaron a dejarla salir, pero ahora la que ha estado más complicada soy yo, porque la graduación se aproxima a velocidad supersónica y tuve que aplicarme como niñera de entrada por salida, no nada más con Joey, sino que me anuncié en una página de internet y prácticamente todos los fines de semana tengo trabajo. Ya pagué las cuotas que les debía a Pablo y a Regina, y además re-

sulta que mi presunto novio... ¡me invitó el boleto! Es un amor, lo que sea de cada quien. Le dije que ese trabajo de botarga debía de estar muy bien pagado y se rió.

—No creas. Pero tengo otro trabajo. Escribo artículos para una revista. Es de las que dan en los aviones; no mucha gente la conoce más allá de los pasajeros, pero no pagan mal.

Así es que el muchacho no sólo quiere escribir, sino que ya le pagan por hacerlo. No debería de sorprenderme, porque desde siempre he sabido que es muy talentoso, pero sí me sorprendí. Y claro que esto me hace admirarlo más. A ver si no acabo un día de estos dándome cuenta de que ya estoy cacheteando el pavimento por él.

Él también ha estado muy ocupado con sus rollos de la universidad. Ha ido a visitar algunas escuelas y se ha entrevistado con personas que estudian diferentes cosas. Aun así, todavía no está seguro de si se va a meter a estudiar Comunicación o Letras o qué. Todas sus pesquisas han sido muy útiles para mí, porque nos la pasamos platicando de eso, y yo también poco a poco me voy haciendo una idea de lo que quiero. Pablo me dijo que mientras entra a la universidad quiere tomar un taller literario, y me está convenciendo para que entre con él. Podría, si quisiera. Es una ventaja que las cosas sean así, que pueda tener la libertad de decidir pensando solamente en lo que a mí me interesa. Mi mamá siempre me ha dicho eso: "Es tu vida. La vas a vivir tú, no yo. De manera que yo no tengo por qué decidir por ti".

Durante todo este proceso he pensado seguido en mi pobre amiga; me acuerdo mucho de sus participaciones en las obras de teatro de la escuela y en el entusiasmo con que estudiaba los papeles, y las respuestas que da ahora sobre todo aquello hacen parecer como si Regina hubiera sido víctima de un exitoso lavado de cerebro.

También me acordé de cuando la acompañé a hacer el

único *casting* al que se animó a ir. Era para un comercial de uno de esos polvitos para preparar aguas de sabores. Fue todavía en secundaria. Regina vio el anuncio en el periódico y le entró inmediatamente una emoción bárbara. Ya sus papás habían mencionado algunas veces lo que opinaban del mundo del espectáculo, así que nos fuimos a escondidas, en metro. Divertidísimo el camino, porque ese tipo de aventuras en la ciudad no era algo que acostumbráramos. Cuando llegamos y vimos la cantidad inmensa de gente que estaba ahí (no haciendo cola, porque más civilizadamente daban un papelito con turno), a mí me entraron ganas de regresarme.

—Nos vamos a estar aquí hasta mañana —le dije.

—Pues sí, pero... ¡ya estamos aquí! Mira, tenemos el turno ciento treinta y tres...

—¡Sesenta y dos! —gritó una señorita con acento foráneo. Hice mentalmente la cuenta y como no soy buena para calcular, sólo le repetí que nos íbamos a estar hasta el día siguiente.

—Sí, pero nunca antes había visto un *casting* donde pidan personas robustas —me dijo suspirando—. ¡Ándale, vamos a quedarnos!

Había de todo. Lo mismo mujeres guapísimas de las típicas grandotas que además se ponen tacones, señoras con cara de mamás, había niños y también una que otra gordita. Luego nos enteramos de que ese lugar era una agencia, y que no sólo estaban reclutando gente para el anuncio del refresco en polvo sino para varios más.

La espera no fue tanta ni se hizo tan pesada porque, como era nuestra sana costumbre, nos pusimos a ver a todos los guapos que había por ahí, que eran un buen. En ver se quedaba todo, por supuesto. Teníamos muy claro que tipos como éstos estaban fuera de nuestras posibilidades. Creo que fue en esa época cuando Regina subió más de peso. Yo no tanto como ella, pero desde entonces, así como

dijeron a principio de año los del COGE, ya estaba pareja. Fue una edad muy rara para nosotras. Creo que para todas las niñas es así. Como que no acabas de salir de los rollos de las muñecas, las guerras de almohadazos y los recaditos en clase (bueno, esos han evolucionado a mensajitos de celular, pero siguen vigentes), cuando ya empiezas a ver de otro modo a los niños, parece más interesante el proceso de maquillaje y la ropa no solamente tiene que ser cómoda, sino también... no sé, coquetona. Bueno, a Regina le pasó más que a mí. También porque su mamá siempre tuvo más maquillajes, vestidos y revistas de moda que la mía.

Regina y yo no hablamos de nuestros pensamientos en lo que esperábamos nuestro turno; más bien admirábamos a los tipos y viboreábamos a las mujeres. Pero en el camino de regreso sí nos confesamos cosas. Le comenté que me había sentido rara entre tanta fulana tan grandota y tan guapa.

—Todas parecen de las que salen en la tele —dije.

—Es que si las escogen, saldrán en la tele —respondió.

—Ah, pues claro.

Ella también confesó que se había sentido rara, sobre todo cuando le tocó hacer el *casting* y tuvo que decir, enfrente de tres personas: "¡Refrescante su sabor, te hará girar de emoción!", mientras daba un giro que terminaba con un trago de la supuesta bebida preparada con el polvito. Que en ese momento no estaba presente; ni siquiera el vaso, se lo tenía que imaginar. Para acabarla, no era cosa de decir la frase nada más: había que cantarla en cierto tono que exigía otro mono que estaba por ahí y que por tanta insistencia supusimos que era el compositor del *jingle*. Uno de los tipos me dijo que no podía pasar más que la persona que iba hacer el *casting*, pero yo no me moví. Y nadie me sacó por la fuerza, así es que presencié cómo mi amiga, después de echarme una mirada de "Qué oso", se sacudió por completo la pena, dijo la frase cantadita y dio el giro.

Para mi gusto le salió espectacular. Parecía que se había dedicado a eso toda la vida.

—¿Quieren que lo haga otra vez? —preguntó Regina ante el silencio de los tres; uno la miraba, el otro veía un monitor que tenían enfrente, y la mujer, después de unos instantes, le sonrió y le dijo que no muchas gracias, que eso era todo, y que ya le llamarían.

Sí, de regreso dijimos que había estado muy raro. Era un ambiente distinto, y yo estaba segura de que no me había gustado. Regina me dijo que a ella tampoco y que estaba segura de otra cosa: de que no le iban a llamar.

—¡Claro que te van a llamar, tu giro fue buenísimo!

—Sí, yo creo que mi giro estuvo bien, pero no vimos otros para comparar. Lo que sí vi fue la cara del tipo de bigote. A él no le gustó. No el giro, no le gusté yo, me di cuenta desde que llegamos.

Seguí tratando de darle ánimos, pero pasó el tiempo y, en efecto, nunca le llamaron.

—Me vale, mejor —me decía Regina—; imagínate que me escogen, en qué lío me metería si me vieran mis papás en la tele. Me matan. Nooo, mil veces mejor así.

Y su discurso hubiera sido muy convincente, pero cada vez que me lo decía se le enrojecían los ojos. Unos meses después vimos el anuncio en la televisión. La niña que salía haciendo el giro no era nada robusta. Era una pelirroja de cola de caballo; mona, la verdad, pero su giro no tenía nada que ver con el de Regina; yo seguí insistiendo en que el suyo había sido buenísimo.

—Sí, pero mírala. De gorda no tiene nada.

Eso era cierto también. Me dio coraje, por un lado, porque ¿para qué pedían personas robustas si no las necesitaban? A partir de eso empecé a fijarme un poco más en los comerciales y en lo absurdo que es que en la enorme mayoría, incluso en los que anuncian comida engordadora, salgan puros flacos. Supongo que también eso la des-

moralizó un poco. Ya muchas veces había empezado dietas que le duraban una semana a lo mucho y luego las rompía. Ahora pienso en esa gordita que fue hace apenas un par de años y me parece increíble su transformación. Y también, en algún momento recordando esto, pensé que quizá ahora que está flaca querría volver a intentar con los *castings* y esos rollos. No lo sé. Ahora que terminemos con la escuela, que pase la graduación y que lleguen de nuevo las vacaciones —que al menos a mí me urgen—, espero que nos podamos sentar a platicar largo y tendido como es nuestra costumbre. O como solía serlo hasta este complicado último año de preparatoria.

Veinte

Tres semanas antes de la graduación

Nos vamos acercando a pasos agigantados al resto de nuestras vidas y a las autoridades de la escuela se les ocurrió la buena idea de invitar a profesionistas a dar pláticas de orientación vocacional. Un poco tarde, hay que decirlo.

Regina preguntó que si quienes ya sabían qué iban a estudiar podían brincárselas, pero la directora le dijo que no, que nos iban a servir a todos.

No sé si nos van a servir mucho o no, pero lo que sí hemos comprobado es que los profesionistas son muy aburridos; el que fue a hablar sobre la carrera de Diseño Industrial estaba muy nervioso y bostezaba a cada momento; a la segunda pregunta se trabó y dijo que tenía que irse. No invitaron a nadie que se dedique a escribir, al cine ni a la música; tampoco a un pintor o artista de ninguna especie. Pablo le preguntó a la directora a qué se debía la discriminación y ella simplemente dijo que no se le había ocurrido. Ha de ser porque ella piensa como los papás de Regina y la gran mayoría de las personas: que si uno se dedica a cualquiera de esas cosas, va a ser un muerto de hambre, un jipi o un drogadicto. Pablo estaba muy indignado; y después de escuchar sendos rollos sobre Administración de Empresas y Derecho, decidió no asistir más

a las pláticas. Él porque ya sabe lo que quiere. Yo no descarto que en una de éstas venga a seducirme un discurso sobre Contaduría o algo de equivalente utilidad. Aunque lo dudo un poco.

En cambio Regina ya no tiene ningún problema, al menos en lo que a su vida profesional respecta. Hace unos días la acompañé a recoger los resultados de su examen de admisión, y aunque no salieron precisamente sobresalientes, ¡sí la aceptaron!

—Psss —bufaba mientras revisaba los papeles—. Estudié como idiota, tú viste. Y ve. Ochenta y ocho sobre cien en Lengua. ¡Setenta y uno sobre cien en Historia! No manches.

—¿Y qué-más-te-da? —le dije yo, mucho más emocionada que ella por su inminente entrada a una universidad tan prestigiosa—. ¡Ya entraste!

—Pues sí, eso sí. Pero para la beca necesitaba un resultado global de por lo menos noventa sobre cien. No lo tengo.

Me parecía un poco ilógico que ese detalle le preocupara tanto, hasta que supe cuánto cuesta el semestre en ese lugar. Es muchísimo. Casi el doble de lo que cuesta el año escolar completo en nuestra preparatoria. Eso quizá sea demasiado hasta para su papá.

—A ver qué dice él —me dijo toda descorazonada.

—Mira, de todos modos para darte una beca te hacen un estudio socioeconómico, y la verdad creo que tu papá no califica como pobretón. Igual no te la hubieran dado, piensa en eso.

Intenté convencerla de que la preocupación económica no debía ser suya, al menos por el momento.

—Hay miles que estudian y trabajan. Ya una vez que le agarres la onda al programa de estudios y eso, y si tu papá te la hace cansada con las colegiaturas, pues te buscas una chambilla como la mía y le echas la mano.

Le dije también que lo sensato y lo correcto en ese momento era irnos a festejar, porque había estado muy encerrada estudiando las últimas semanas y además hacía mucho tiempo que no festejábamos nada.

—Mejor nos esperamos a la graduación —me contestó—. Ya va a ser. Hay que guardar nuestros ánimos para entonces.

Regina tenía mejor aspecto físico, pero el humor no le había cambiado gran cosa. Y peor se le puso unos días después, cuando volvimos a visitar a Gepeto para recoger nuestros vestidos. Por su actitud no parecía que íbamos por los vestidos, sino a un funeral. Yo pensé que estaba nerviosa porque aún no hablaba con su papá, pero le pregunté y me dijo que él ya sabía que no habría beca y que le había parecido muy mal, como es lógico. Pero que no estaba de malas por eso.

—¿Entonces!? —la zarandeeé un poco del hombro—. ¡Vamos por nuestros vestidos, ¿no te da emoción?!

—Ni siquiera me va a quedar —me dijo muy seria, y se deshizo de mi mano en su hombro.

—¿Qué?!

—He engordado muchísimo —me dijo, y yo pensé que estaba bromeando, que estaba siendo medio sarcástica consigo misma, porque yo la veía exactamente igual de flaca que la vez que fuimos a que Gepeto nos tomara las medidas. Y como pensé que estaba bromeando, pues me reí. Y me callé cuando ella me miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Estoy supergorda, sé que el vestido no me va a quedar.

—¡Claro que no! —le dije, ya sin mi tono bromista—. Estás muy bien, y vas a ver que el vestido te va a quedar perfecto, mejor que a la chava de la película, te lo apuesto.

Se tranquilizó un poco, pero su humor no mejoró una micra. Llegamos al tallercito de Gepeto y nos saludó tan

mono como la otra vez; a Regina le dio dos besos de nuevo y nos dijo que los vestidos habían quedado estupendos.

Los había colgado en ganchos forrados, dentro de bolsas de plástico. Hasta a mí, que no me suele dar mucha emoción lo que tenga que ver con un vestido, se me erizaron los pelitos de la nuca.

—¿Eeeh? —dijo Gepeto, tan orgulloso como si nos estuviera mostrando a... Pinocho—. A ver, vamos a verlos puestos.

—Pruébatelo tú —susurró Regina en mi oído, pero el susurro alcanzó los de Gepeto también, y le dijo que ya sabía que tenía dos probadores, que podía usar el segundo.

—No, yo no voy a probármelo —dijo Regina.

Gepeto y yo nos quedamos igual de sorprendidos.

—¡Cómo que no! Hay que ver cómo quedó, ¡ándale! —le dije.

—Me gustaría que te lo probaras por si hay que hacer algún arreglo —dijo él.

Se defendió mucho, le dijo a Gepeto que se lo probaría en su casa y si había que hacer algún arreglo lo llevaría de nuevo, que al cabo faltaban aún tres semanas para la graduación.

—Vamos, pruébatelo —le dijo él con una paciencia franciscana que yo ya había empezado a perder—. Sé que te va a quedar muy bien, ¿no confías en mí?

Regina lo miró con desconfianza, pero le dijo al mismo tiempo que sí. Yo me metí al probador con mi vestido.

Me quedó superbien; en serio que Gepeto es un mago. Ahí frente al espejo del probador de su taller no se notaba gran cosa, porque el vestido es de hombros descubiertos y se me salían los tirantes del brasier, y puesto con tenis viejos difícilmente se puede ver todo lo bien que debería. Pero hice un esfuerzo mental e imaginé mis hombros sin tiras de brasier, mis pies con zapatos descubiertos y mi cabeza con un peinado decoroso, y la verdad es que quedé muy satisfecha.

Salí del probador y Regina aún no salía del suyo. Gepeto verificó el dobladillo, acomodó un poco el talle y no tuvo que decir nada. Su sonrisa decía "¡Perfecto!". Nos quedamos esperando frente al espejo, pero Regina no salía. Gepeto y yo nos miramos.

—Voy a ver qué pasó —dije.

Toqué apenas la puerta del probador. La empecé a abrir poco a poco y como no encontré resistencia, me asomé. Regina estaba sentada en el banquito, con la vista clavada en su imagen en el espejo y la cara mojada de llanto.

—Te lo dije. Soy un cerdo. Cómo voy a salir así.

—A ver, espérate... —la tomé de la mano—. Levántate, déjame ver.

Regina se levantó y me dejó ver un cuerpo muy parecido al que había visto la última vez en el taller de Gepeto. Estaba muy flaca, pero menos que la noche de mi cumpleaños. Aparentemente las negociaciones con su mamá estaban funcionando.

—¡Cerdo de dónde! —le pregunté mirándola en el espejo.

—No me sube el cierre, ¡no me sube! —se echó a llorar de nuevo.

—A ver, yo te lo subo —le dije, y me puse a su espalda. Sus vértebras seguían viéndose a través de la piel, igual que sus omóplatos. Le subí el cierre sin dificultad, aunque el vestido se le ceñía un poco. Pero eso no quería decir que estuviera gorda, sino que el vestido era mini. No tengo idea de la talla que sería, pero podría suponer perfectamente que uno, o incluso cero.

—Listo. Está subido.

—¡Sí, pero ve! —decía sin dejar de llorar y señalando los pliegues en el talle del vestido—; ¡se ve horrible con esta lonja! No debí hacerle caso a mi mamá y a sus estupideces, ¡no debí.

—Regina, te ves bien, en serio, ¡ve! Acuérdate de la película, el vestido quedó idéntico, y te juro que te ves superparecida

a la actriz, ¡mira! —decía yo, también señalándola en el espejo.

—No me veo bien, estoy ancha —gritó tocándose los huesos de la cadera —. ¡Ve, ANCHA!

—Güey, esos son *tus huesos*, de ahí ya no puedes ser más angosta, ¡tendrías que limártelos!

Regina olvidó el pudor que había tenido conmigo a últimas fechas y se quitó el vestido bruscamente; yo no podía dejar de mirarla. Seguía estando flaquísima.

En ese momento odié los vestidos, y también al pobre de Gepeto que no tenía la culpa de nada; hasta ahora creo que todo es culpa del estúpido sexto de prepa y de la graduación, porque todo empezó con esto. Es una suerte que falten sólo tres semanas para que ya sea, para que por fin termine. Porque Regina ya recuperó algo de su peso, pero también le urge recuperar su buen humor.

Veintiuno

Una semana y media antes de la graduación

Estamos en finales. Y si de por sí en cada temporada de exámenes el ambiente en la escuela se pone un poco rarito, ahora peor, pues son los últimos; y muchos dependerán de los resultados para definir sus pasos siguientes. El COGE nos mantiene muy bien informados acerca de los preparativos de la graduación. Ya está todo, en realidad. Como Pablo me invitó, yo invité a mi mamá. Me dijo con una aplastante honestidad que le da un poco de flojera la fiesta, porque nosotros, obviamente, vamos a estar en nuestro propio desmadre, y mi mamá nunca ha sido muy *proclive* a socializar con los papás de mis compañeros. A los de Regina los conoce muy bien por teléfono y se han visto algunas veces, pero de ahí a que se lleve con ellos hay una gran diferencia.

Está muy emocionada de que finalmente haya terminado la preparatoria, y se extraña de que yo no lo esté tanto. No me había dado cuenta, pero no lo estoy. Se supone que esto significa terminar una etapa más, crecer y todos esos rollos que parecen tan provechosos. La verdad es que a mí todo esto me da un poco de miedo. ¿Qué tal si meto la pata con mis decisiones?

Mi miedo aumenta cuando veo a Regina cada vez más en su propio mundo, al que no parece tener la menor inten-

ción de invitarme. Porque, tengo que ser franca, muchas veces en la vida tomé mis decisiones siguiéndola un poco. ¿Por qué? Porque siempre le fue mucho mejor en la escuela, y porque toda la vida las maestras, directores o cualquier figura de autoridad dijeron que ella era muy lista. Así es que casi siempre, cuando tuvimos que elegir algo, elegí lo mismo que Regina, sin preguntarme realmente si era lo que quería o no. Estaba confiada en que era la decisión correcta porque ella la había tomado.

De pronto, este año, Regina elige estudiar algo porque es lo que su papá necesita que estudie. Y luego elige someterse a una dieta matadora que la tiene en los huesos. Y a la que volvió, por cierto. Me di cuenta poco a poco.

Desde que hizo el arreglo con su mamá, empezó a llevar lonch a la escuela, como en aquellos tiempos prehistóricos. Bueno, más o menos, porque no era lonch tipo sándwich, yogurt, dona o esas cosas que solían mandarnos antes, sino fruta picada, sushi o rollitos de jamón. Algunas veces la vi comérselo. Después de que fuimos a recoger los vestidos siguió llevándolo, pero se deshace de él. Y no hay método más simple para deshacerse de un almuerzo que abrirlo enfrente de una bola de tipos que han estado jugando básquet en el descanso. Me estuve fijando. Regina apenas come un bocado (o incluso ninguno), y sus almuerzos terminan en las panzas de los deportistas. Ella se pasa el día comiendo chicles. Pensé en hablarle a Pilar para contarle, pero sentí que se iba a hacer un chisme y preferí hablar directamente con Regina. Eso es algo que ha cambiado mucho también. Nunca, en los mil años que llevamos siendo amigas, me había costado trabajo empezar una conversación. Ahora pensé mucho en cómo decirle lo que pienso, porque me parece que cualquier cosa que diga de más puede provocarle un enojo. Ya no puedo anticipar sus reacciones. Así que terminando el descanso me acerqué y le dije que me moría de hambre, que si no le había quedado algo de comer.

—No, traje ensalada pero ya me la comí.

—¿Ya no tienes el trato con tu mamá? —le pregunté—. El que habías hecho, con respecto a lo de la comida.

—Más o menos. Le dije que no me había cerrado el vestido, obvio.

—¿Ya te cierra?

—Ya casi. ¿Ya sabías que Manolo va a ir con Aline a la graduación?

—¡No manches! —me hice la sorprendida, pero después de tanto desaire pensé que lo raro sería que le hubiera pedido ir con él.

—Tú vas a ir con Pablo —tronó la boca—. Tanto esperarla para que resulte todo así. De pronto ni siquiera me dan ganas de ir.

—No es que yo vaya a ir con Pablo.

—Güey, te compró el boleto. ¿Cómo que no vas a ir con él?

—O sea, sí, pero más bien vamos a ir todos en bola. La mayoría va sin pareja, y ni siquiera va a haber bailes en los que se necesite, valeses y esas jaladas, ya le pregunté a Sandra, que escogió a un DJ que es amigo de su hermano y que pone la música en antros. Va a estar de pelos, vas a ver.

—¿Pone música en antros? ¿Como en qué antros?

Y así, casi sin darme cuenta, de nuevo me cambió el tema de la dieta por el de la música y los bailes en parejas en la graduación. Por un lado me sentí bien, porque creo que llegué a entusiasmarla un poco con lo que le platiqué. Por el otro, mi preocupación ha vuelto; revisé el buzón de la cuenta de correo que abrí cuando me registré en la página aquella de Ana y Mia. Hacía mucho que no entraba y tenía ochenta y nueve mensajes sin leer. No todos eran de la página, como la mitad eran los típicos que llegan a todas las cuentas, que ofrecen unas píldoras que harán enorme un pene que no tengo. Qué estupidez. Ésos, claro, los borré.

Y los otros ni siquiera me animé a leerlos, pero sólo de echarles un ojo a los títulos volví a sentir escalofríos.

Falta sólo semana y media para la graduación. Espero que pase rápido y que entonces todo vuelva a la normalidad.

Veintidós

La noche de la graduación

No fui a casa de Regina para arreglarnos e irnos juntas, como habíamos quedado en un lejano principio. Mi transporte estuvo medio raro, porque Pablo es muy talentoso y le pagan por escribir, pero no tanto como para comprarse un coche. Entonces se le ocurrió que podía pasar por nosotras —o sea, mi mamá y yo— con sus papás. Mi mamá ya me había dicho que no pensaba quedarse toda la fiesta, y los papás de Pablo igual, así que se ofrecieron también para darle un aventón de vuelta. Me parecía un poco raro eso de conocer a los presuntos suegros al mismo tiempo que mi mamá, y arregladas como para una graduación... Algo así como una rara cita de petición de mano. Mi mamá aceptó que el trayecto podía ser un poco incómodo, pero dijo que no me lo tomará tan a la tremenda, que seguramente los papás de Pablo tendrían una buena opinión de mí. Pues claro, qué me iba a decir ella, si es mi madre.

De todos modos desde antes le habíamos encargado al COGE que nos pusieran en la misma mesa a Regina, a Pablo y a mí. Estoy segura de que ella seguía molesta porque Manolo iba a ir con Aline, pero, por supuesto, ese detalle no lo comentó ni conmigo; quizá pensó que le iba a echar un choro regañador al respecto. Pero desde que llegamos

no dejó de verlos con algo de coraje. Con unos ojos extraños. Había adelgazado más, y los tenía como metidos en las cuencas, se le veían incluso medio saltones. Se había maquillado bien y se peinó desgreñada; eso hacía que la cara, en ese marco tan esponjoso, se le viera aún más pequeña. El vestido evidentemente le había cerrado. Nadie pudo verlo, porque Regina no se quitó la pashmina ni por un segundo. Es cierto que el aire acondicionado del salón nos hizo suponer que los dueños creían que los graduados éramos embutidos o lácteos, pero conforme transcurrieron la fiesta, las copas y el baile, llegó a hacer bastante calor. Sin embargo, Regina continuó con su pashmina alrededor de los hombros toda la noche.

Los papás de los tres y el hermano grande de Carlos Román —a los Román los escogieron para nuestra mesa porque había que completar diez lugares— parecieron entenderse muy bien; ellos agarraron su plática, nosotros la nuestra, y la pasamos padre. Primero, Regina y yo evaluando los vestidos y el aspecto general de todas las compañeras. De ellos no. Todos iban de traje y al menos yo no encuentro ninguna diferencia importante entre un traje y otro. Pablo no participó mucho en esta parte de la conversación porque el viboreo no es lo suyo, pero agarró su propia plática con Carlos y su hermano. Es que no nos sentamos juntos al principio; mi mamá sí sabe que medio andamos, pero sus papás no tengo ni idea, y como él es medio nerd, supuse que su familia lo es también. Y aunque hasta ahora Pablo y yo no acostumbamos el besuqueo público ni otro tipo de espectáculos, preferí sentarme al lado de Regina y de mi mamá. Más seguro. Tampoco es que esté esperando que Pablo me dé un anillo para hacer del conocimiento del mundo nuestro asunto, pero a fin de cuentas era la primera vez que yo veía a sus papás.

El DJ resultó tan bueno como había dicho Sandra. Obviamente al principio y durante la cena puso música del tipo que

los papás toleran fácilmente, y eso lo dijo al micrófono, que la selección musical era para que a nadie, y en especial a los papás o abuelitos que fueran, se le indigestara la cena. La cual estaba muy de acuerdo con el presupuesto que le aprobamos al COGE. La sirvieron un poco tarde y un poco fría, pero todos estábamos medio muertos de hambre y nos la comimos con gran deleite. Todos menos Regina, que en lugar de comérsela se puso a jugar con ella. Partió la pechuga en mil pedacitos y masticaba cada uno por horas. Sé que no sólo yo me estuve fijando en eso. Pablo, que es un ser muy poco observador para esas cosas, me la señaló con la mirada. No sé si alguien más que yo pudo oír cuando la mamá de Regina le dijo, casi al oído:

—Tenemos un trato. Si no te comes absolutamente todo lo que te sirvieron, nos vamos en este instante. ¿Entiendes?

La mano de Regina temblaba cada vez que se llevaba el tenedor a los labios. Yo traté de ser discreta, para que ni ella ni nadie más sospechara que estaba tan pendiente. Pero lo estuve. Por eso me di cuenta de que, si no todos, la mayoría de los bocados de Regina terminaron en el suelo del salón. Masticaba por horas, luego se llevaba la servilleta a la boca y la sacudía bajo la mesa. El salón no estaba muy iluminado, y como ya habían corrido los alcoholes y todo el mundo había agarrado su reventón, ella pudo hacer sus movimientos con cierta libertad. De cuando en cuando su mamá le clavaba la mirada, y entonces Regina tomaba con el tenedor una verdura y se la comía.

Todos terminamos y Regina tenía aún el plato medio lleno.

—No hay prisa, ¿eh? —le dijo su mamá con un tono aún más duro—. Pero ya sabes lo que pasa.

—Cómete aunque sea la verdura —le dije yo al oído también, y ella me volteó a ver con una mirada que no le había visto nunca antes. Una mezcla de antipatía y desprecio. No me lo dijo con palabras, pero el discurso era muy

claro: "Ocúpate de lo tuyo". Sentí que se me hacía un nudo en la garganta, me dio mucha tristeza, pero por alguna razón me dio aún más coraje y la mirada que le devolví decía, también muy claramente: "Bueno, pues es tu problema". Y le pedí a Pablo que me acompañara al jardín. Estaba enojada y quería hablar con él de eso, pero afuera ya se habían juntado varios a fumar y no pude. Él nada más me abrazó. El nudo en la garganta permaneció, pero me aguanté sin llorar, y en ese momento mis sentimientos se transformaron. No sé si lo hice a propósito o no, pero eliminé la tristeza y el coraje y en su lugar sentí que quería muchísimo a Pablo. Muy extraño.

Cuando volvimos a la mesa ya habían recogido los platos de la cena y los meseros traían el postre y el café. La pista estaba abierta y Carlos y su hermano se habían ido a bailar. No me senté junto a Regina, sino del otro lado de mi mamá, junto a Pablo. Ya no quería ver cómo iba a deshacerse del postre y se me habían quitado las ganas de comerme el mío.

Como decidí desentenderme del asunto, no supe cómo fue que la negociación de Regina y su mamá funcionó esta vez. Un rato después de que terminó la cena, todos los papás decidieron irse al mismo tiempo, después de dejarnos el teléfono para pedir un taxi a la hora que quisiéramos. Pablo logró convencer a sus papás de que se fueran y se despreocuparan; ellos le dijeron que el "A la hora que quieras" que acababan de decirle valía sólo por esa noche y sólo porque se trataba de nuestra graduación.

En cuanto se fueron pesqué a Pablo de la manga y me lo llevé a bailar. Me di cuenta de que entre las mil cosas que no son su hit, también está el baile. El mío tampoco, a decir verdad, pero me defiende mejor que él. Ahora que el chiste no es ser Justin Timberlake, sino pasársela padre. Y eso estábamos haciendo. Aunque a pesar de que en el jardín había hecho un pacto conmigo misma de tratar de diver-

tirme y dejar de preocuparme, llegó un momento en que no pude. ¿Cómo habría podido, mientras mi mejor amiga, con la que había esperado toda mi vida para graduarme, no se paraba de la mesa y lo único que hacía era ver alrededor con una mirada medio perdida?

Pablo me decía que no teníamos que bailar, que si quería me podía ir a sentar con ella. Entre los dos tratamos de integrarla al baile, pero no hubo manera; después Pablo se cansó y seguí insistiéndole yo sola. Hasta que acabé con su paciencia y me corrió de la mesa.

—¿Qué te importa? Baila tú, déjame en paz, que yo estoy muy a gusto viendo. ¿Ok?

Pues le hice caso y regresé a la pista. Me fui acercando poco a poco a Manolo, y cuando estuve lo suficientemente cerca se lo intercambié a Aline por Pablo para poder hablar con él. Quería pedirle que sacara a bailar a Regina. Pensaba que a lo mejor así ella aceptaría.

—Ya sé que viniste con Aline, pero porfa, intenta aunque sea que baile un poco, cuando pongan una tranquilona.

—¿Quién te dijo que vine con Aline?

—Regina.

—No es cierto, Aline vino con sus papás y yo con los míos, y de todos modos yo puedo bailar con quien quiera —se volvió hacia nuestra mesa—. Pero parece que tu amiga no va a bailar con nadie.

Manolo se estremeció. Regina estaba parada al lado de la mesa, apoyada en el respaldo de su silla. Y así, de lejos y a media luz, parecía en verdad un espectro.

—Porfa, güey, no seas así. Una, al rato, cuando quieras, pero inténtalo. No hace mucho me dijiste que la querías en buena onda, acuérdate.

—Pues sí, pero la neta creo que ya no, ¿eh? —me dijo sin dejar de mirar hacia nuestra mesa.

—¡Pero antes sí! —casi le supliqué—. Anda, hazlo por ese sentimiento que tenías.

—Bueno, va —terminó aceptando medio a fuerzas.

Le dije que fuera al rato, porque el DJ estaba poniendo puras canciones de esas que se bailan en bola con coreografías que casi todo el mundo se sabe. Y no era la idea. Así es que fui a intercambiar unas palabras con él.

—Disculpa, ¿a qué hora vas a poner algo más tranquilo?

—No sé, como en media hora —dijo después de ver su reloj.

—Oye... ¿y de casualidad tendrás por ahí canciones de Queen?

Me vio raro.

—¿De Queen-Queen? ¿Freddie Mercury?

—Ajá.

Dijo que no era lo que se acostumbraba hoy en día en graduaciones de preparatorias, pero que sí, tenía los dos volúmenes de los *greatest hits*.

Le pedí que pusiera alguna canción más bien leve y que cuando ésa terminara siguiera con "You're my best friend".

—Es que es la canción de nuestra generación —mentí descaradamente—. Somos todos muy amigos y nos queremos mucho, ¿sabes?

—Ay, qué bonito —dijo él, me pareció que un poco burlón—. No hay problema, la pongo.

Pablo estaba con Manolo; les pedí que a la primera tranquila se acercaran juntos a la mesa y nos sacaran al mismo tiempo a las dos. Que si Regina no quería, entre todos tendríamos que convencerla.

—Bueno, y a ti finalmente qué más te da. Si no quiere bailar, es su problema, ¿no? —me dijo Manolo. En verdad no tenía ni media gana de bailar con Regina.

—Ahorita ella no está muy bien, como puedes ver. Pero ni modo que recuerde el resto de su vida que en su graduación de prepa no bailó absolutamente nada. No puede ser —lo tomé del brazo—. Además para ti es negocio. Te vas a ir al cielo, vas a ver.

Me fui a la mesa. Regina seguía parada al lado de su silla.

—¿Qué haces ahí? Ven, siéntate.

—Ahorita —contestó—. A veces me canso un poco de estar sentada.

Me quedé a su lado y le conté que había visto a José Ramón sobándole la pompa a Sandra mientras bailaban. No era una gran noticia, ni era muy exacta la información, pero si le decía a Regina que la sobada había sido en la espalda baja, iba ser mucho menos interesante.

—Hace años lo veía venir —me dijo con un hilito de voz.

En eso empezó la canción tranquila. O bueno, lo que el DJ consideraba una canción tranquila, que no lo era tanto. Sin embargo, los que estaban bailando solos se sentaron y en la pista sólo quedaron algunas parejas abrazadas. Estos bárbaros se tardaron casi media canción en venir a sacarnos. Yo tenía que Regina quedara dormida en cualquier momento.

Al fin llegaron. Cada uno traía un clavel y nos pidieron el baile con mucha formalidad. Regina, por supuesto, le dijo a Manolo con una sonrisa forzada que no, gracias.

Él le insistió un buen, como con una actitud de galán de los cincuenta, hasta que logró convencerla. Sentí que lo quería. Caminamos los cuatro a la pista. Yo no dejaba de fijarme en Regina, en lo cansada que se veía, y en las caras de Manolo cuando le apretaba los hombros o le ponía la mano en la espalda. Me miraba como diciendo que algo estaba muy mal con ella.

Terminó la canción y Regina luego-luego se enfiló de nuevo hacia la mesa.

—No, no, no, no, ¿adónde crees que vas? —me puse frente a ella para impedirle el paso.

—Quiero ir a sentarme, quitate, porfa.

Entonces empezó "You're my best friend". Hubo varios silbidos por ahí, pero el DJ tenía sus audífonos puestos y no se

dio cuenta. Empecé a cantar la canción y le pedí a Regina que me siguiera. Ella nada más sonreía y volteaba los ojos para arriba. Pablo y Manolo empezaron a hacer el corito, y otros se nos fueron pegando poco a poco. Y luego más. Y más:

*Ooo, you make me live
whatever this world can give to me
It's you, you're all I see
Ooo, you make me live now honey
Ooo, you make me live*

*You're the best friend
that I ever had
I've been with you such a long time
You're my sunshine
And I want you to know
That my feelings are true
I really love you
You're my best friend*

*Ooo, you make me live
Whenever this world is cruel to me
I got you to help me forgive
Ooo, you make me live, now honey
Ooo, you make me live*

*You're the first one
When things turn out bad
You know I'll never be lonely
You're my only one
And I really love
The things that you do*

*Ooo, you make me live
Ooo, you're my best friend*

Al final todos los del grupo se habían parado a cantar, y yo no pude aguantar y se me empezaron a salir las lágrimas a chorros. A Regina también. Cuando acabó me le fui encima y la abracé; quería hacerlo muy fuerte, pero sentí que podía lastimarla. Ella me respondió también con toda la fuerza que tenía. O sea, no mucha. Sentí que las rodillas se le doblaban. Que su poco peso caía todo en mis brazos.

—¿Estás bien?

—No, creo que no —me contestó con una sonrisa débil—. Vamos mejor a sentarnos, *best friend*.

Manolo se acercó por el otro lado y la sostuvo; caminamos a la mesa y parecía que estábamos ayudando a una anciana. Regina y yo nos sentamos y les pedí a Manolo y a Pablo que se fueran.

—Oye, no te ves nada bien, ¿qué pasó?, ¿por qué estás así?

—Es que como es graduación pobretona no hay whisky. Me tomé un tequila y me cayó muy mal —intentó reírse, pero le salió más bien una especie de lamento.

—¿Quieres que pidamos ya el taxi?

—Sí, pero no quiero ir a mi casa. ¿Me puedo quedar en la tuya? Sólo hoy —me miró—. ¿Qué te pasa?

—No, nada —le dije, pero no podía parar las lágrimas—; sí, claro que puedes quedarte en mi casa.

Manolo insistió en llevarnos; no había tomado mucho, y le agradecemos la buena voluntad, pero pensé que era mejor que pidiéramos el taxi. Pablo quería acompañarnos también, y me costó trabajo convencerlo de que se quedara en la fiesta. Sentí que aceptar su compañía habría sido imponérsela a Regina, que no estaba ni en condiciones ni con ánimos de decidir. Le pedí que fuera discreto, que si alguien preguntaba dijera que se nos había acabado el permiso o inventara algo.

—Todo el mundo sabe, Fer —me dijo, muy serio—. Todos comentan el aspecto de Regina. Hay que hacer algo.

—Ya lo sé. Pero bueno, igual, trata de no decir mucho.

Caminamos hacia la salida. Regina por momentos parecía caerse. Pablo se quedó con nosotras hasta que llegó el taxi.

—Lláname cuando lleguen. Y si necesitas algo, cualquier cosa, también. En serio.

Le prometí que lo haría y le di un beso. Regina le hizo adiós con la mano desde dentro del taxi.

Apenas arrancamos, empecé con mi enorme lista de preguntas, pero cuando hice la primera Regina me calló con un gesto. Se recargó en mi hombro y dormitó todo el camino.

Eran casi las tres de la mañana cuando llegamos a la casa. Ayudé a Regina a subir las escaleras y la llevé hasta mi cuarto lo más silenciosamente posible. Me asomé a la recámara de mi mamá, que también dormitaba con la televisión encendida. Le dije quedito que ya había llegado y apagué la tele. Luego fui a la cocina, preparé unos plátanos con miel y yogurt —una de las colaciones “energéticas” que me había dado la nutrióloga—, y se los llevé a Regina. Ella ya se había dormido en la cama que fue de Claudia, pero la desperté.

—Mira, nos hice un monchis para cenar. No estaba muy buena la cena del menú económico, ¿verdad?

—No, no quiero, gracias —dijo apenas abriendo los ojos.

—Tienes que comer algo, Regina, estás muy débil, no podías ni tenerte en pie. Andale, por favor. ¡Son platanitos, no engordan mucho!

Se me quedó viendo con los ojos abiertos a medias. Vio los plátanos y los retiró con la mano, como si fuera algo horrible lo que le estaba ofreciendo.

—No puedo, Fer. En verdad, no puedo.

—¿Pero por qué?, ¿por qué no? ¡Me quedaron muy buenos!

—No voy a volver a engordar. Nadie entiende eso, ¿viste? Todos quieren obligarme a comer, pero tú eres mi mejor amiga. Tú no puedes ponerte de su lado.

—Soy tu mejor amiga y quiero seguirlo siendo por mucho tiempo. Todavía faltan muchos años para que nos convirtamos en las viejitas inconvenientes que vamos a ser. Y tú tienes que empezar a comer bien de nuevo para poder vivir esos años.

Regina esbozó una sonrisa ligera al oír eso. Sonrió con los ojos también, pero no duró mucho el gesto. Se esfumó en el momento en que volví a acercar los plátanos y le ofrecí uno con la cuchara.

—¿Te acuerdas de la monja? —me preguntó.

—Huy, sí —respondí con un estremecimiento. La monja en realidad no era una monja sino un fantasma que, según uno de los choferes del papá de Regina, vivía en su casa, que antes había sido un convento. El chofer nos contó que a la monja la habían asesinado ahí y que su espíritu vagaba de noche por la casa en busca de venganza. Durante mucho tiempo Regina estuvo aterrorizada por esa historia. Yo también, pero sólo cuando iba a dormir a su casa. Un tiempo después su papá desmintió el cuento y corrió al chofer. Nos enseñó planos de la casa y fotos de la anterior, que no había sido ningún convento sino una pastelería. Aun con tanta explicación, a nosotras nos seguía dando mucho miedo.

—Ya no éramos tan chicas. Ya sabíamos que no habían matado a ninguna monja en la casa. Pero teníamos tanto miedo...

Volví a estremecerme al recordar todas esas noches sin dormir.

—Así me pasa ahora. Tengo mucho miedo de volver a ser como era antes. No es que no quiera ser gorda. Sé que ahora estoy flaca, pero tengo miedo, y no puedo comer. Cuando como siento el miedo en forma de piquetes en los

hombros, y luego tengo tristeza y culpa por mucho tiempo. Por eso estoy mejor sin comer —la voz de Regina bajaba de volumen y sus ojos se iban cerrando poco a poco. Estaba exhausta.

—Necesitas ayuda. No me importa lo que digan tus papás, necesitas ir con un médico que sepa de esto. Y si ellos no quieren, yo voy a llevarte.

No sé si me dijo que sí para que dejara de darle lata o porque en realidad estaba de acuerdo con lo que acababa de decir.

—Bueno, voy a traerte aunque sea un poco de jugo. Hay toronjas.

—Agua sola. Agua está bien.

En la cocina saqué las lágrimas que me sobraban. Un momento después volví con el agua. Le había disuelto dos cucharadas de azúcar y un poco de sal para que le sirviera al menos como un suero.

Volví a mi recámara y traté de despertarla. Apenas abría los ojos. Intenté darle el agua con la cuchara, pero lo único que logré fue empapar la almohada. El corazón me empezó a latir con fuerza, me desesperé un poco y traté de que reaccionara, la zarandeeé, grité su nombre, pero no lo logré. Estaba como inconsciente. Traté de pensar rápido, y lo primero que se me ocurrió fue llamar a Enrique, mi pediatra. Las manos me temblaban cuando busqué su número en mi celular. Me mandó dos veces al buzón, pero a la tercera contestó; obviamente lo había despertado. Llorando le conté lo que pasaba, me hizo algunas preguntas y me dijo que podía ser muy serio, que tenía que llamar a sus papás.

—Y también apunta este número y pide una ambulancia.

—¿Cómo que una ambulancia, para qué una ambulancia? —le grité.

—No puedo darte un diagnóstico preciso por teléfono, pero por lo que me has dicho creo que tu amiga necesi-

ta atención urgente. Haz lo que te digo y yo voy para allá también.

Fui a despertar a mi mamá, y ella llamó a los papás de Regina mientras yo llamaba a la ambulancia.

El resto de la noche lo recuerdo muy borroso; a lo mejor fueron las lágrimas, que no dejaron de salirme hasta que se me secaron los ojos. Todo pasó muy rápido. Llegó la ambulancia, luego los papás de Regina y luego Enrique. Los paramédicos revisaron a Regina y concluyeron que tenía un cuadro crítico de anemia. Le pusieron suero a través de la vena del brazo. La subieron a una camilla y dijeron que tenían que internarla.

Los papás de Regina estaban incrédulos, y Enrique me hizo muchas preguntas. Le conté lo que sabía: que Regina se puso a dieta hacia casi un año, que la había dejado un poco, pero que la había retomado para que le cerrara el vestido. Él suspiró y me preguntó:

—Sabes lo que tiene Regina, ¿no?

Le dije que sí sin dejar de llorar.

Antes de que se la llevaran me acerqué a despedirme, la abracé y le mojé la cara con mis lágrimas. Despertó a medias, desconcertada, y se dio cuenta de que estaban ahí los paramédicos.

—Perdón, amiguita, pero tuve que llamarlos; no estás bien.

Negó apenas con la cabeza y los ojos se le pusieron muy rojos.

—Nada más te pido una cosa —susurró—, no le vayas a decir a mi mamá.

Su mamá estaba justo detrás de ella, y sólo hasta escuchar eso se echó a llorar.

No sólo mi mamá no me dejó ir con Regina al hospital. Los paramédicos dijeron que únicamente podían ir los familiares. En ese momento sentí mucha rabia. No sabían, claro,

que por muy familiares que ellos fueran, yo era más cercana, yo la quería más y ella a mí. No lo dije. La mamá de Regina era un mar de llanto y el papá, casi.

Enrique me prometió que me llamaría para informarme de los resultados de los exámenes y el diagnóstico.

Ya estaba amaneciendo cuando me fui a mi recámara. Me detuve un momento en la puerta y caminé mejor al cuarto de mi mamá.

—¿Puedo dormir contigo?

Ella abrió la cama y me dejó entrar. Tenía miedo de nuevo, después de tanto tiempo. Pero éste no era un miedo como el que le teníamos a la monja. O el que les tenía mi amiga a unos tristes plátanos. El miedo que sentía era de verdad. Ya había visto lo que pasó con casos como el de Regina.

Y me di cuenta de que no sabría qué hacer en un mundo sin ella.

Veintitrés

El día después de la graduación

Los ratitos que pude dormir tuve pesadillas. Fue una noche como las que recuerdo de cuando era chica y me daba fiebre. Soñé a pedazos, confundí el sueño con la realidad, y mi mamá me dijo que estuve gimiendo todo el tiempo. Recién desperté, por un segundo creí que todo lo que había ocurrido después de la graduación era parte de una de esas pesadillas. Pero lo que me despertaba era una llamada de Enrique en mi celular. Había cuatro llamadas perdidas de Pablo, que quizá participaron en mis sueños también. Enrique me dijo que la salud de Regina era frágil, pero por lo pronto la habían estabilizado.

—¿Va a salir hoy? ¿Puedo ir a verla?

—No, no va a salir hoy. Pero sí puedes ir a verla; hazlo más tarde. Fue una noche difícil para ella y para ti también.

Fueron tres horas espantosas. Sentía que no era posible que estuviera ahí en mi casa mientras mi amiga estaba en el hospital. Llamé a Pablo y le conté todo, y luego di vueltas alrededor de la mesa del comedor hasta las once de la mañana. A esa hora ya no pude más y le pedí a mi mamá que me llevara a verla.

Cuando llegamos Regina estaba despierta, sola en el cuarto. Sus papás habían ido a hablar con los médicos. Mi

mamá la saludó, y dijo que me esperaría en el restaurante tomando un café.

—¿No quieres mejor irte a la casa y venir por mí después? Me voy a quedar todo el día.

—No puedes —me dijo Regina—. Hay horas de visita. No son muchas.

Mi mamá se encogió de hombros y me sonrió antes de salir del cuarto. Ni modo. Me senté a la orilla de la cama y abracé a Regina. Quedito. Cuando me separé me di cuenta de que ella estaba evitando mirarme.

—¿Estás enojada conmigo?

No dijo nada. No hizo ningún movimiento con la cabeza. Parecía que no había escuchado mi pregunta.

—Es que si hubieras visto cómo estabas ayer... Me asusté, no supe qué más hacer. No lo hice para traicionarte, sólo quiero que te pongas bien de nuevo.

—¿Sabes qué me dijeron? —seguía viendo la puerta del cuarto en vez de a mí—. Que si no como, me van a alimentar por un tubo que va directo al estómago.

No supe qué decir. Me sentí muy culpable. Pero viéndola como estaba, en verdad no sé qué otra cosa podía haber hecho. No se lo dije, pero la noche anterior llegué a pensar que podía morirse.

—Es que es peligroso. No lo hacen para molestar. Yo tampoco. Me preocupé muchísimo.

Volví a pensar en esa vez que nos enteramos de la noticia de la modelo brasileña. ¡Vimos las fotos juntas, hablamos mucho de eso! Y ahora ella estaba igual o peor que esas fotos. Obviamente no pensaba tocar el tema en ese momento, pero Regina se había visto en el espejo muchas veces. ¿Cómo no pensó en esa modelo que había acabado tan mal?

—Cuando creían que estaba dormida, mis papás y los doctores hablaron de una clínica. Es una clínica especial.

—Sí, a mí me dijo Enrique que hay médicos que se especializan en lo que tú tienes.

—Yo no tengo nada. Estoy bien. Lo único que quiero es estar delgada. Y ni los doctores ni el Papa van a venir a impedírmelo.

Suspiré. Entendí que no podía hablar de eso porque no sabía cómo, y pensé que si seguía insistiendo ahora sí acabaría enojándose conmigo.

—¿Cómo te la pasaste anoche... antes de... bueno, en la fiesta?

—Muy bien.

—Pablo tomó muchas fotos de cuando cantamos, además dice que tomaron video y lo podemos comprar —suspiré y traté de sonreír—. ¡Se acabó la prepa, por fin!

Y yo que había pensado que después de la graduación todo terminaría y volveríamos a la normalidad. Vería en esa cama de hospital me hizo pensar que más bien apenas empezaba.

—Voy a comprar el video y luego lo traigo para que lo veamos, ¿cómo ves?

Regina casi sonrió; luego bostezó y entrecerró los ojos.

—¿Estás cansada? ¿No dormiste bien? Yo para nada, me desperté a las siete y a esa hora quería venir, pero me dijo mi mamá que era una imprudencia.

—Sí lo era —Regina abrió los ojos de nuevo, sonrió más y volvió a cerrarlos.

—Sí, duérmete un rato. Tienes que recuperar las fuerzas, después de semejante graduación...

Me quedé un largo rato al lado de su cama, viéndola dormir. Viendo sus ojeras, y sus clavículas a través de la bata. ¿Cómo no me di cuenta antes? ¿Cómo dejé que Regina llegara a eso?

Entró una enfermera a tomarle la presión y la temperatura. Ella se despertó medio molesta, pero sonrió al ver que yo aún estaba allí.

—¡Buenos días! —le dije.

No había acabado de irse la enfermera cuando llegó la

mamá de Regina; venía con Pilar y su respectiva mamá. Regina me guiñó uno ojo y se hizo la dormida, mientras su mamá me saludaba muy cariñosamente.

—Ya con tanta cosa ni te di ayer las gracias —me dijo mientras me sobaba el pelo—. Pero gracias. No sé qué habría pasado si no llamas a la ambulancia.

—Yo llamé a Enrique, que es mi pediatra. Él me pidió que lo hiciera.

Pilar me preguntó si no quería un café y le dije que podíamos alcanzar a mi mamá en la cafetería. Nos sentamos en la mesa y ella tuvo la delicadeza de no decirme un detestable “Te lo dije”, pero apuesto que al menos lo pensó.

—Yo sabía que iba a acabar en esto, y se lo advertí a mi mamá. Podían haber evitado la crisis, pero ya ves —dijo, negando con la cabeza.

—¿Estuvo a punto de morirse?

—No, no estuvo a punto de morirse, pero sí tuvo una crisis grave. Ahorita la están alimentando con suero, pero ella podía haber seguido sin comer por mucho tiempo. Así pasa. Y, obviamente, sí puede llegar a morirse. Ahora parece ser que ya entendieron que tiene un problema. Finalmente.

—Me dijo que hablaron de una clínica.

—Se supone que es la mejor para estas cosas. No está aquí, está en Cuernavaca. Mi tía Rocío dice que está dispuesta a hacer cualquier cosa para que Regina mejore.

—No, pues sí.

Mi mamá sólo dijo que a ver cuándo me volvía a poner a dieta. Es muy drástica ella.

—Es que eso es lo que no entiendo —dije, más pensando en voz alta—: empezamos la dieta juntas, la seguimos un tiempo, ¿cómo fue que ella acabó en esto y yo no? ¿Por qué?

Mi mamá no dijo “Por suerte”, pero habría sido muy capaz.

—Es una enfermedad complicada —opinó Pilar.

—Creo que ya es hora de que nos vayamos a comer algo —me dijo mi mamá—; si quieres en la tarde regresamos otro rato.

Fui a despedirme y los papás de Regina estaban viendo televisión; ella, o se había dormido de veras, o seguía fingiendo. Les dije a los papás de Regina que ya me iba, pero que volvería en la tarde.

—No dejes de hacerlo —me pidió el papá—; se va a poner de buenas.

Me acerqué a la cama y le di un beso a mi amiga en la frente.

—Vengo al rato —susurré en su oído. Ella asintió apenas, sin abrir los ojos.

Me la seguí pasando fatal en la comida. Apenas comí, cosa que puso a mi mamá un poco nerviosa. Le dije que estaba triste, que por eso no tenía mucha hambre, y la convencí de que no debía preocuparse. Me sugirió que tomara una siesta después de la comida, pero yo regresé a mis vueltas alrededor del comedor. Llegó un momento en que ya no pude estar en la casa y salí a caminar un poco. Fui al centro comercial con la idea de comprar un regalo para Regina, pero nada me parecía lo suficientemente bueno. No es que quisiera comprarle algo muy costoso, pero tampoco encontraba nada que pudiera expresar lo que sentía. Acabé comprando un muñequito de peluche —lindo, eso sí— y una tarjeta. No de las típicas para enfermo que dicen “Mejorate pronto” y esas cosas. No quería que sirviera para recordarle que estaba enferma, sino que su mejor amiga, o sea yo, estaría siempre ahí. Encontré una que tenía dos monitas columpiándose en un cerro al atardecer, y adentro sólo le escribí eso: que no olvidara que estaría con ella siempre.

Compré también un montón de rollos de serpentina y cuatro botes de pegamento.

Claudia y Mauricio llegaron en la tarde. Me llevaron con mi mamá al hospital y luego ella los acompañó a comprar unas cosas que necesitaban para su casa; me dejó más tranquila saber que podía quedarme con Regina sin el pendiente de que mi mamá estuviera como dedo en la cafetería del hospital.

Iba dispuesta a hacer las miles de preguntas que me habían estado dando vueltas en la cabeza todo el día, pero a la mera hora no encontré ni a quién plantearse las. Regina estaba despierta y de mejor humor que en la mañana. Me dijo que la clínica a la que la iban a mandar le iba a costar a su papá más que la universidad. Eso por alguna misteriosa razón le hacía mucha gracia; me pareció percibir que era una especie de gracia vengativa. A mí me hacía sentir muy triste que se la llevaran a Cuernavaca.

—Uf, amiga, pues allá no voy a poder ir a verte diario, pero yo creo que los fines de semana sí.

—No, Fernanda —me dijo su mamá—, Regina no va a poder recibir visitas por un tiempo. Ni siquiera nosotros podremos verla.

—No es cierto —reaccioné, creo que violentamente—. ¿Por qué no?

—Dicen que *tengo que salir del entorno donde empecé mi enfermedad* —dijo Regina imitando a un doctor gangoso.

—Es que así es —dijo su mamá sin imitar a nadie.

No pude imaginar menos que una cárcel. Y me perdí un poco pensando en las posibles maneras de ayudar a Regina a escapar de eso. Como en las películas: los amigos se ayudan a salir cuando están presos. La famosa limita dentro del pastel. Incluso pensé que si me ponía una dieta cañona, quizá podía fingir que también estaba enferma para que me pusieran en la clínica con ella. Esto último era una idiotez, considerando que la tal clínica costaba más que la universidad a la que iba a ir Regina. Bueno, lo de la limita también. Todo era una idiotez. Me sentí perdida por anticipado.

—Güey, vas a tener que curarte pronto, por favor —le pedí.

—Ya te dije que no estoy enferma —dijo como si fuera la centésima vez que lo repetía. En realidad lo era.

—Parece que es un proceso largo —dijo la mamá de Regina, que además de hojear su revista estaba muy pendiente de nuestra conversación.

Regina abrió la tarjeta que le llevé y sonrió con tristeza.

—Ya lo sé —me dijo—. Espero que sea en serio.

En ese momento Claudia me avisó al celular que ya estaban esperándome afuera. Llegó la hora de irme y mis preguntas seguían sin respuesta. Porque ni modo de escoger al azar a uno de los médicos del hospital para interrogarlo.

—Ya me voy, amiguita, ya están Claudia y mi mamá allá afuera, mañana vengo. ¿Quieres algo?

—Sí, quiero irme a mi casa.

La mamá de Regina chasqueó la lengua sin dejar de mirar su revista.

—Unas pelis o un libro... —volvió a sonar un mensajito en mi celular—; bueno, ya están histéricas esperándome, si se te ocurre algo avísame mañana temprano, ¿va?

—Va, gracias.

Salí corriendo del cuarto. Pero no tan rápido como para que la mamá de Regina no me alcanzara.

—¡Fernanda, espera un momentito!

Me detuve y regresé unos pasos.

—Respecto a todo lo que pasó... voy a pedirte que seas discreta cuando hables de ello.

Me encogí de hombros, y repetí casi las mismas palabras de Pablo.

—Todo el mundo sabe —dije—. Basta con ver a Regina para darse cuenta de lo que tiene.

—Aun así —replicó—. No te lo pido por mí, sino por ella. ¿De acuerdo?

Dije que sí con un gesto y seguí corriendo hacia la salida.

No le dije que la enfermedad de Regina no me parecía algo vergonzoso. No tanto por la prisa, sino porque pensé que no tenía caso discutir de eso con ella.

Y como no estaba dispuesta a que el día terminara sin que yo pudiera tener al menos alguna respuesta, llamé a Enrique (también le llamé para ver si no le quedábamos a deber nada, porque a fin de cuentas fui yo quien había solicitado sus servicios). Me dijo que los papás de Regina se habían hecho cargo de todo.

Estuvimos un ratote en el teléfono. Me dijo que no sería él quien atendiera a Regina. Que esa enfermedad es compleja y que no sólo se trata de poner a la gente a comer de nuevo, sino que el tratamiento incluye una terapia psicológica y una física, y que todo se da en el mismo paquete en la clínica a la que la llevarán. Pero que no podía saber cuánto tiempo iba a estar allí, porque la respuesta a los tratamientos es muy variable. Me contó un montón de cosas sobre la enfermedad, pero lo que más me impresionó es que habían llegado a su consultorio niñas anoréxicas hasta de diez años.

—¿Sabes cuánto pesa tu amiga? Treinta y seis kilos. Prácticamente dejó de comer durante dos semanas. No sólo eso, tomó laxantes y un medicamento que suprime el hambre.

—Por el maldito vestido —murmuré. Ya me había ido de espaldas. Treinta y seis kilos.

Enrique, quizá un poco cansado de mi interrogatorio, que llevaba poco más de una hora, me dijo que había muchos libros que podía consultar sobre la anorexia, que sería bueno leerlos y estar preparada, pues seguramente habría alguna manera en la que pudiera apoyar a Regina, y era mejor si sabía de qué se trataba su enfermedad. Aunque, me dijo también, hay muchas cosas que siguen siendo un misterio, incluso para los médicos.

Amo a mi doctor, de eso no me cabe la menor duda. Pero me quedé aún más triste. Desde hace tiempo extraño las llamadas y mensajitos de mi amiga a todas horas. Pero

ahora ese sentimiento me duele un poquito en otra parte. No sé bien en cuál. Creo que es en la parte de sentir que si mandan a mi mejor amiga a una cárcel-clínica en Cuernavaca, puedo pasarme el tiempo imaginando que le llevo limitas en pastel, o que planeamos una fuga, o que finjo enfermarme para poder estar con ella. Pero en la realidad, desde acá, no hay mucho que pueda hacer. Sólo pensar en ella todo el tiempo.

Veinticuatro

Siete semanas después de la graduación

Al día siguiente Regina me dijo que en cuanto la estabilizaran se la llevarían a la clínica. *Estabilizarla* en este caso significaba hacerla ganar suficiente peso; lo necesitaba para los tratamientos que tenía que seguir allá. No supo explicarme en qué consistían esos tratamientos, ni ella misma lo sabía.

No fue mucho peso el que tuvo que ganar. El lunes siguiente la dieron de alta del hospital para llevársela a la clínica en Cuernavaca.

Fui a despedirme de ella al hospital, porque ni siquiera pasaría a su casa a hacer una maleta.

—No puedo llevar mucho —me contó con indiferencia—. Mi mamá fue a empacar mis cosas. Me pidió que hiciera una lista de lo que quería llevar, pero no se me ocurrió nada que fuera importante. Sólo esto —dijo mostrando la tarjeta que le había dado, y lloramos en silencio un momento.

—Bueno, tu compu, ¿no? Para vernos aunque sea por internet —le dije después.

—Ja —fue una risa triste—. No voy a tener internet. Ni teléfono. Sólo puedo hacer una o dos llamadas a la semana. Y sólo a mi casa.

—No es cierto...

Cada vez se ponían peor las cosas. Volvieron a pasar por mi cabeza todas las posibilidades que había pensado antes. Ahora también la de agarrar en ese momento a mi amiga y fugarnos a un lugar lejano.

Mi reacción fue de enojo. Le dije que cómo era posible, que qué se creían esos de la clínica, que ni que fuera un reclusorio, que ni en los internados hacían eso, en fin. Despepité bastante y seguramente con argumentos muy endebles. Pero, al contrario de lo que imaginaba, ella no me siguió la corriente. Estaba callada, pensando.

—Si me pueden quitar el miedo, creo que vale la pena ir —dijo cuando terminé con mi lista de reclamos.

Ahora fui yo sola quien se echó a llorar. Porque Regina tenía toda la razón y yo me estaba comportando como una inútil egoísta.

Y porque la iba a extrañar. Y porque en el fondo, en algún lugar muy adentro, yo también tenía miedo; tenía un sentimiento anticipado de pérdida y no hallaba muy bien qué hacer con él.

—Es un poco como cuando tuve hepatitis, ¿no? —le dije—. No pudimos vernos en más de un mes, y me encerraron en mi casa a comer dulces. Y ya, luego me curé y nada había cambiado. Así va a ser, ¿no?

Ella asintió. Me reí un poco entre tanta lágrima, y nos abrazamos hasta que llegó su mamá con la maleta.

Ahora Regina lleva casi dos meses en la clínica. Tal como dijeron, no puedo hablar con ella, no puedo visitarla, mucho menos chatear o mandarnos mails. Pero eso sí, le hablo a su mamá cada tercer día para que me diga cómo va. Llamaría diario, pero ella no parece ser muy amiga de esa costumbre. La encuentro de buen humor —que inmediatamente se me contagia— cuando recibe buenas noticias sobre los avances de Regina. Pero no siempre pasa.

Hay semanas en las que vuelve a dejar de comer y, aunque no sé muy bien cómo es el proceso, me suena a que entonces hay que volver a empezar desde el principio. Aún no se sabe cuánto tiempo va a estar ahí.

Me siento muy triste y hasta un poco sin rumbo, ésa es la verdad. Dicen que uno no sabe lo que tiene hasta que ya no lo tiene. Bueno, en realidad dicen "Hasta que lo pierde", pero en mi caso no es así. Yo no he perdido a Regina, es sólo que no la tengo ahora. Me la pidió prestada su enfermedad.

Siento que me tomó por sorpresa, a pesar de haber sido un proceso de tantos meses. No pensé que pudiera pasar algo así. Y no es que no supiera que la vida se pone a veces un poco pinche y se dedica a darle reveses a la gente. Eso lo sabemos desde hace mucho; cuando uno deja atrás las fantasías de la primaria, el Santa Clos y los ratones de los dientes, empieza a darse cuenta de que no todo es tan luminoso. Lo supimos cuando ocurrió lo de Julio, que ahora sería mayor de edad y tendría, estoy segura, muchísimos planes. En un segundo puede cambiar todo. Sin embargo, para mí no ha sido así. Esto me separó de mi amiga, pero no será por mucho tiempo. Lo sé. Es sólo una pausa que terminará pronto.

Cada vez que llamo a la mamá de Regina es con la esperanza de que me diga "¡Sí, la tenemos de vuelta!". Mi mamá me pide que no sea tan optimista. Me dice que estas cosas llevan tiempo. Y ya lo sé. Desde que Regina se fue no he parado de leer sobre la anorexia. Y de pronto me arrepiento de no haber entendido antes. De no haber actuado antes. De haber pensado a veces que era solamente un asunto de vanidad, de seguir la moda, o de querer parecerse a la actriz del vestido verde. Yo no podía comprender el laberinto en el que esa enfermedad acorrala a las personas, no podía entender que la imagen que Regina veía en el espejo no era la misma que yo estaba viendo. En sus ojos estaba

distorsionada, estaba gorda. Así es esa enfermedad, y yo no lo sabía. Ahora sí, un poco tarde.

Sólo espero el momento en que Regina regrese totalmente curada. Algo me dice que pronto va a suceder. Y entonces yo me encargaré de que apartemos una semana para regresar a ejercer nuestras prioridades de hace tantos años. Una semana entera para comer, dormir, estar calientitas y ver la tele. Y también ponernos al día en todo lo que nos faltará.

Mientras tanto, junto con los paquetes de serpentinas y el Resistol para nuestras macetas, guardo un folleto que imprimí del hotel de Bora Bora, y ya hasta conseguí un lugar donde, por un nada módico costo, se puede uno tirar en paracaídas. Y, claro, la pista y el CD en el que grabaremos nuestra versión profesional de "You're my best friend".

También tengo ya las barajas, el tequila y las minifaldas para cuando llegue el momento de convertirnos en esas viejitas inconvenientes que siempre hemos querido ser. Me falta el convertible, pero para eso hay tiempo. Cuando regrese Regina ya veremos cómo hacemos para conseguirlo.

Mientras tanto, mi vida está en pausa, al igual que la suya.

Gran parte de este libro está conformada por sucesos que he vivido a lo largo de muchos años con personas distintas. Por eso, muchas gracias a:

Nicolás, cuyas prioridades de cuando era chiquito tomé prestadas para comenzar la historia

Natalia, quien le escribió alguna vez tan utilitaria misiva a Santa Clos

Susana, con quien sólo una vez peleé por un niño (en un pasado muy remoto) y con quien, hasta hoy, hago sin fallar los propósitos de año nuevo

Ana, con quien no fui a Ixtapan de la Sal sino a Vallarta, y no tomamos martinis sino coctelería diversa y que, además, fue la primera lectora de este libro

Lorena, con quien tantas veces (unas fallidas y otras no tanto) hice el Plan para atrapar a algún par de incautos

Cristina, creadora original de "La viejita inconveniente"

Adriana, por la paciencia de aquel telefonazo en el que recibí tantos consejos

Mariana y Luisa, protagonistas de casi todas las anécdotas de niñeras, por el divertido viaje en el que me las contaron

Para ustedes, con todo mi cariño, esta historia que escribí, ante todo, como un tributo a la amistad



M. B. Brozon

A MÓNICA BROZON le gusta leer, ir al cine, estar con sus amigos, hacer de vez en cuando un rompecabezas y jugar con sus sobrinos. Pero no hay nada que le guste más que sentarse a escribir una historia nueva, porque, dice, es como vivirla. Y aunque trata de llenar su vida real de cosas divertidas, hay algunas que nunca podrá hacer, como volar, convivir con fantasmas o viajar en el tiempo. En sus historias puede hacer esto y también quejarse de lo que no le gusta, como los moscos, los comerciales engañosos y los vampiros chafas. De las alcaparras no se ha quejado porque no ha encontrado un contexto para hacerlo, pero tampoco le gustan. Dice que si no fuera escritora le gustaría ser cantante.

Mónica Brozon nació en la ciudad de México. Estudió ciencias de la comunicación en la Universidad Iberoamericana y cursó un diplomado de la Escuela de Escritores de la Sogem, con el que descubrió su vocación. Ha publicado numerosos libros, entre los que destacan Casi medio año (novela con la que se dio a conocer), Godofredo, "Un ángel en la azotea" y otros cuentos de Navidad, Las princesas siempre andan bien peinadas y 36 kilos.

36 kilos
se terminó de imprimir en julio de 2013
en Metrocolor de México, S. A. de C. V., av.
Rafael Sesma Huerta núm. 17, Parque Industrial
FINSA, El Marqués, c. p. 76246, Querétaro.
En su composición se usaron las fuentes
Eureka Mono y Celeste.